

GUSTAVO OTT

SEGUNDA
EDICIÓN

FEROZ AMIGA MÍA



magis
EDICIONES

GUSTAVO OTT

FEROZ AMIGA MÍA

SERIE NOVELA



Maggots Publishers, LLC
Virginia, EE.UU

Feroz amiga mía

© Gustavo Ott, 2020

Primera Edición.

Segunda Edición,

© Gustavo Ott, 2025

SERIE NOVELA

Feroz amiga mía

©Maggots Publishers LLC, 2020

Virginia, EE.UU.

email: maggotsediciones@yahoo.com

*Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo.*

ISBN: 9798635738115

PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Iván González

*«Camille, feroz amiga mía...
Te beso las manos,
Tú, que me das tan profundos y ardientes goces,
a tu lado mi alma existe con fuerza
y en su furor amoroso
no me trates tan despiadadamente,
te pido tan poco»
Carta de Augusto Rodin
a Camille Claudel*

*«El cielo es azul, negro, gris y amarillo.
El cielo no está allí y es rojo.
Todo esto ocurrió ayer,
todo esto ocurrió hace cien años.
El cielo es blanco, huele a tierra y no está allí.
El cielo es blanco como la tierra y huele a ayer.
Todo esto ocurrió mañana,
todo esto ocurrió dentro de cien años.
El cielo es de color limón, rosa y lavanda.
El cielo es la tierra.
El cielo es blanco y no está allí»
Auster, Paul.
La invención de la soledad*

1, *Virginia Milano*

Andrea tiene el encanto natural de las extorsionadoras. Si no fuera tan simpática podría hacer carrera como terrorista.

—Entre faldas me siento mejor —dice, como si yo no existiera.

Es que ella, cuando está viendo faldas y arrimándose las contra el cuerpo para decidir en varios segundos cuál le gusta y en un minuto cuál no, es de lo más distraída. Qué digo distraída, más bien loca. Eso es: Andrea es una loca de las faldas.

—Con esas piernas que te gastas no te crítico, Andrea. Que si yo las tuviera como tú también las estaría mostrando hasta con el frío más intenso —digo para ver si se calma.

Pero no tengo tus piernas.

—¡Nunca las tuviste, Virginia, nunca!

Eso es verdad, no las tengo. Pero tampoco es para que lo diga tan alto y se enteren las demás clientas del establecimiento, como esa familia que nos oyó y que parecía no estar de compras sino en misión de acopio de chismes.

Es lo malo de ir de compras con amigas íntimas.

Si bien con ella no tengo alternativa porque ha dejado claro que no sale de tiendas con nadie más, solo conmigo, y que por eso tengo una obligación social con ella; si no la acompaño llevará siempre puesto lo mismo.

—¿Has visto a una mujer de mi edad que se vista con las mismas prendas y que además consiga novio, no te digo marido?

Andrea, la extorsionadora, palomita en faldas del terror.

—Pero si con esas piernas deberías conseguir lo que quieras, Andrea.

—Si no vienes conmigo, Virginia, no compro ropa nueva. Y pasará el tiempo y este suéter terminará oliendo a caníbales.

Imagina que le haces un favor al mundo, por lo menos a las buenas costumbres y en especial a Santa Rita Airlines.

Insistió en ver las faldas de todas las tallas y hasta intentó colgarse la ropa de las niñas, «hubo un tiempo en que me quedaban», dijo para herirme.

Fue cuando decidí dejarla hablando sola y me alejé. Seguía estando con ella pero con distancia. La música que acompañaba el local se me deslizó en la memoria sin recordar nada en especial, nada que tuviera que ver con la época de la canción ni conmigo, pero ayudó para que me despegara de todo, como si la melodía fuera a la vez manto y muro, y me dejó rodar tranquila por el día que me esperaba.

Cuando termine con esta loca de Andrea tengo que ir a buscar el pastel de cumpleaños para la fiesta de cumpleaños de mi sobrina Lucía. Después debo preparar la casa para la reunión de Pedro. Tarde vendrán sus amigos, algunos del instituto, a pasar la velada. Son buenas personas pero todo lo dejan para última hora, así que nunca sé cuántos vienen. Además, son de los que olvidan los vasos con licor en el piso, nunca sobre la mesa; los aperitivos los escogen con un movimiento circular y a montón como si no pudieran verlos o como si se estuvieran acabando; al hielo le dan vuelta derramando el agua como si mareados y regados enfriarán mejor.

En cuarenta y cinco minutos estará la casa vuelta un desastre y si no la limpio antes será peor. Nada como el sucio sobre el sucio que termina como esas ciudades que mi marido visitó en Europa, una sobre la otra, de la romana a la visigoda y luego a la gótica y así, como me contó con esa voz tan dulce de profesor, como quien se aprendió la lección solo para emocionarme.

Aunque mira que estamos casados desde hace once años y seducirme no es necesario.

—Además, no te seré infiel —interrumpió Andrea mi recolección conyugal mientras se probaba una falda rojiblanca con diseño a rayas que le lucía un poco desencajada, como si

fuera una bandera con piernas— Sólo saldré de compras contigo. ¡Hasta que la muerte nos separe, Virginia!

—Pero, Andrea, puedes salir con otras amigas y hasta conocidas, que yo no me molesto. Más bien creo que debes probar con otras mujeres. Te podría hacer bien. La verdad es que a las dos nos haría provecho. Además, yo sólo vengo a acompañarte y a decirte que esa falda te queda estupenda. Y también que tienes piernas maravillosas para que luego termines comprándote un par de pantalones horribles mientras yo salgo con las manos y la dignidad vacía.

—¿Yo con pantalones? ¿Estás loca? ¡Jamás! Ni con pantalones ni con otras mujeres. Saldré solo contigo y te seré fiel, como Pedro o más que él, porque los hombres son los hombres y de ellos no se sabe nada en esta vida ni en la otra. Créeme. Lo conocí primero y, virtualmente, soy tu rival. Así que tienes que hacerme caso como si yo fuera el manual de instrucciones de tu marido.

Casi por cualquier cosa, Andrea me recuerda aquello de su noviazgo fugaz con Pedro. Fue durante el primer año de la Universidad y ni siquiera duraron un mes porque ella dejó la escuela casi al mismo tiempo de empezarla. Él era nuestro joven profesor de francés y desde la primera clase sintió el arrebato «Andrea ha encontrado el amor de su vida». Se trata de un impulso que luego de dos semanas se convierte en tedio.

De esos le he contado catorce al sol de hoy.

Un día lo hablamos y quedaron las cosas claras: para Andrea, Pedro había sido un amorío temporal-fogoso-latoso más, nada importante. Y si bien ella pensó que podrían haber llegado a algo duradero, no lo llamemos matrimonio, pero por lo menos uno de esos amores que no se olvidan porque los tienes encadenados en la garganta, en el pecho, en los pies, y que no dejan que pases de él, lo cierto es que Andrea nunca vio a Pedro con posibilidades.

—Salimos y me entusiasmé con él como cuando una tiene veinte años, pero te confieso que me pareció inestable. No era un amor atado, conmigo nunca supo hacer nudos.

Al año de acabar su pasión eterna de quince días, Pedro y yo estábamos comprometidos y mi familia lo trataba como novio formal, más bien como el invitado oficial que siempre estaba en los momentos tradicionales: navidad, cumpleaños, graduaciones. *Virginia Milano y su novio*, éramos una frase hecha. A veces lo nombraban pero sin abandonar el artículo «El Pedro», con esa familiaridad displicente que tanto apesta.

Y aunque la relación entre Andrea y Pedro quedó cordial, ellos han hecho un pacto tácito para no hablar demasiado sobre el pasado ni de mí. Si bien es cierto que en ocasiones, cuando estamos los tres, se crea un poco de tensión y entonces Pedro se queda sin palabras y ella finge prestar interés a otra cosa.

La verdad es que no tienen que sentirse así. Aquello sucedió hace años y hay que recordar que a los dos meses de su rompimiento, Andrea salía con otro chico, «con el que me casaré y tendré cinco hijos». Más tarde lo hizo con un hombre mayor, «el amor de toda mi vida, ya lo verás».

Luego tuvo noviazgos seguidos con dos hermanos, «han llegado para nunca más separarse de mí», uno primero y el otro después, claro. Y también su hombre de la aerolínea, «este sí es mi puerto de llegada, con él quiero envejecer», el mismo que la convenció de probar suerte como sobrecargo en Santa Rita Airlines.

Eso hizo y en la misma empresa comenzó a hacer sus cursos para aeromoza. Y le gustó. De repente se enamoró de la idea y con las mejores notas y recomendaciones, terminó graduándose de azafata.

Desde ese momento podemos decir que Andrea cambió. Ya no era la misma, no sé si antes de su transformación ella no era quien nosotros creíamos o fue el curso de aeromoza que la modificó, pero lo cierto es que Andrea era otra.

De pronto iba siempre sonriendo y buscando conversación sobre temas actuales, olvidando que era conocida como la reina de los chismes y de la mala leche. Luego, físicamente, parecía más alta, desarrollada, con dos grandes pechos que llegué a pensar que debían ser operados porque no había razón

para que le hubieran crecido tanto. Al tiempo me aclaró que eran los suyos, los de verdad, nada de operación, y comentó su teoría sobre el crecimiento interno y su relación con el externo. Exageraba, sin duda, porque por mucho que te sientas bien contigo misma no explica que las dos tetas se te pongan como globos de la noche a la mañana.

No sé, algo raro había ahí.

Con su *metamorfosis pechuga* dejó al novio de la aerolínea y comenzaron sus vuelos en rutas nacionales y luego los internacionales. Estaba feliz con eso y se catequizó como *Andrea en el cielo* o *Andrea que vuela*.

—¿Cómo estás tan segura de que Pedro no te engaña? —de repente me preguntó frente a la estantería de faldas de marca.

—¿Pero si la que sacó el tema de la infidelidad fuiste tú!

—Por eso. ¿Cómo sabes?

—Una está segura, Andrea. Una sabe. Tienes percepciones muy claras sobre tu marido, lo que desea y sobre lo que es capaz de hacer. No pienso en Pedro como un hombre que podría querer estar envuelto en una situación de engaños.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú no lo engañas?

—¿Yo? ¿Estás loca? ¿Has visto mis piernas? —dije rápido, buscando una salida cómoda.

No era una respuesta sino más bien una aproximación.

A mí, la verdad, pensar en ser infiel me daba asco.

Andrea pagó las faldas tomándose todo el tiempo del mundo. Primero, discutiendo los precios y luego conversando más de la cuenta con la empleada. A la dependienta le encantó su disposición y por su parte se lanzó una letanía de casi quince minutos. Luego, Andrea refirió sus historias sobre vuelos, su pasaporte lleno de sellos, su trabajo por las capitales del mundo. Todas inventadas porque ella apenas iba y venía a Miami. Pero la verdad es que ambas parecían hechizadas calentándose la boca de la manera más entretenida; las dos

zarpando solas como dos veleros llevados por el mismo viento; dos aburridas con ganas de hablarse y lamerse mientras a mí me echaron a un lado.

¿Lo hizo a propósito?

¿Quería Andrea que yo me quedara sola reflexionando sobre lo último que hablamos, como si esa frase sobre la fidelidad requería de un cálculo especial, de un aislamiento forzoso, como si el tema de la infamia me volvía, de pronto, una extraña?

Pero se me estaba haciendo tarde, no había almorzado, y debía pasar por el mercado. Encima, la ruta desde Las Mercedes hasta mi casa en Vista Alegre podía hacerse fatal, le recordé. No estamos nada cerca, claro que no.

Pensé entonces en la idea del almuerzo. Hice la cuenta de lo que llevaría comer con Andrea, una hora quizás. Me convencí de que podía salir de eso de una vez y luego pasaría por el supermercado.

Por fin Andrea tomó sus bolsas y con la mirada y su sonrisa de niña malvada me pidió que la siguiera. Las dos dejamos la tienda, le comenté la necesidad de almorzar lo más pronto posible y ambas tomamos las escaleras eléctricas hacia nuestro restaurante favorito medio francés, especialista en ensaladas, quesos y vinos, con mesas rodeadas de plantas y cuadros abstractos. Siempre con música relajante, luces opacas y servicio rápido, lo ideal para mi día de amigas y complicaciones.

¿Acaso no serán la misma cosa?

Elegimos una mesa cerca de las ensaladas y cada una buscó lo de siempre en el buffet. Yo lo hice más rápido y la esperé sentada, tomando un poco de jugo y jugueteando con la lechuga, que parecía cortada con una oxidada máquina de arar tierra.

Andrea llegó a la mesa con dos platos en las manos y con los dedos apenas sujetaba un jugo de manzana. Mirándome fijo a los ojos, como quien esperaba ese momento para poder soltar

una idea que llevaba entre ceja y ceja desde que comenzó el día, y sentándose al mismo tiempo, declaró:

—Virginia, tengo que comentarte algo muy serio.

Su tono era delicado. ¿Será algo de Pedro? ¿Por eso hizo aquellas observaciones sobre la infidelidad?

¿Es esta la conversación que cambiará mi vida?

Desde adolescente he tenido la idea de que un día hablaré con alguien sobre un tema que será tan trascendental que modificará todo mi universo. No solo mi vida, sino también la realidad, mi mundo, lo que soy. Unas palabras que me convertirán en otra.

Quiero decir que algún día me hablarán sobre algo que será como un disparo. Y la *conversación disparo* parecía que estaba por comenzar, ahí mismo, en pleno bistró francés del Tolón Fashion Mall, segundos antes de almorzar.

—Virginia, —comenzó pronunciando mi nombre como si yo tuviera doce años— que te guste la música de otro tiempo ya es extraño. Lo mismo se podría decir del estilo de tus zapatos en una mañana de centro comercial y de reencuentro con una ex rival, porque yo soy tu rival, tu primera rival. ¿No? ¿No me ves así a veces? ¿Cómo la competencia?

Le iba a responder que no, que yo la veía como mi amiga, nunca como rival, pero no me dejó. El ambiente era de monólogo, el tiempo había sido reservado para el discurso *Andrea de los Aires toma jugo de manzana*, así que lo mejor que podía hacer era oírla.

—No solo decides vestirme así para verme a mí, sino que me parece que ahora hablas un español con palabras que yo desconozco, como si tuvieras acento extranjero. Los tonos de tu blusa y tu falda son opacos. Bellos, pero opacos. Y aunque todavía hay una cierta belleza en ti, creo que tienes también algo de ilusión, como si no estuvieras aquí, como destañada, sin bordes, invisible. Ya no eres la misma de antes. Te miro y te ves perdida. ¿Qué te sucede, amiga?

Mientras ella señalaba todo aquello yo la miraba primero con gracia y luego con inquietud. ¿Es esto en serio o está

repetiendo lo que leyó anoche en su libro auto ayuda de turno? ¿Lo dice por mí o por la mujer que ella vio en el último programa del *reality* que está de moda?

La vi entonces con más precisión, con su talle firme, sus pechos inmensos y rígidos, su gesto imperturbable, como si fuera una estatua acusatoria, y me di cuenta de que Andrea venía con todo. No era juego.

—He notado que ahora tus ojos rehúyen la luz, Virginia. Y eso es tal vez lo que más me altera, amiga. Tú, que siempre fuiste más *safrisca* que una mona, que liderabas el grupo de las más payasas y bellas del bachillerato, la primera en acostarse con un hombre y hasta con dos, la que se casó con el profesor Pedro, nada menos. Virginia Milano, nuestra luz que iluminaba a todas las de la promoción, ahora andas por ahí como desvanecida. ¿Qué te sucede?

Sin querer le respondí con esa expresión de perdona vidas que tanto la molesta. No lo soportó y explotó.

—¡Y no me mires como si estuvieras por encima de mí, Virginia! No lo estás. La del problema eres tú y aquí estoy yo para ayudarte. A ver, ¡cuéntamelo todo! —me ordenó fulminante, terminando de colocar los cubiertos en el plato, la cabeza sobre sus manos, y sus dos fenomenales pechos, que eran tan voluminosos que parecían tres, echados hacia adelante como si fueran cañones de caricatura apuntados contra mí.

No dije nada y se hizo un silencio pesado.

Para romperlo, porque me estaba poniendo muy nerviosa, busqué algo con la mirada. Vi a la camarera y le pedí dos vinos *Sauvignon* fríos. Le pregunté también a Andrea si quería algo para ella, dejándole claro que los dos vinos eran para mí, y la frase quedó como un teorema de física religiosa, de matemática filosófica, de biología marciana.

Como era previsible, Andrea reventó, ahora sí, molesta.

—¿Alcohol? ¡Es eso lo que necesitas para hablar! ¿Alcohol? ¿Conmigo, que soy tu mejor amiga? ¡Virginia, no tienes sentido! ¡Eres absurda! ¡No te entiendo! ¿Es miedo? ¿A qué le tienes miedo? ¿Qué es lo que escondes? ¡Pero mira

cómo te cubres la cara frente a cualquier reflejo de luz! ¡Hasta la empleada de la tienda me preguntó si yo venía sola! ¡No se dio cuenta de que tú estabas ahí, a mi lado! Cuando te señalé puso cara de sorpresa. «¡No la había visto! ¿Y esa mujer desde cuándo está ahí?» Y agregó: «¡Apareció como un fantasma!» En ese momento lo juzgué gracioso pero ahora no me río, porque ese comentario me hizo pensar: ¿Virginia pasando desapercibida? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

No sé por qué pero sonreí de nuevo, como si ella hablara en un idioma que yo no captaba pero que, por pura cordialidad, le hacía pensar que entendía. Y que por eso le regalaba una sonrisa que, en su actual estado, parecía un cariño.

En ese instante regresó la camarera con los dos vinos y colocó en medio de la mesa una pequeña lámpara en forma de vela.

—El día está muy nublado y por este lado del restaurante se pone oscuro. Esta velita le da un toque romántico —mencionó la mesera.

Y sin pensarlo, me puse la mano enfrente y rehuí la luz.

Entonces Andrea, con sorna, lo dijo:

—Yo creo que te estás entrenando para ser fantasma, Virginia.

Ese fue el único momento en que la miré a los ojos por más de un minuto. Me lo había dicho en broma pero en serio. Le iba a responder pero Andrea me tomó del brazo, como aconsejándome que me tomara mi tiempo. Le devolví el gesto y con mi voz capital, le ordené:

—Déjame hablar, Andrea.

Ella me miró con una fijeza inusual, como si de repente en mi cara hubiera aparecido una marca extraña, un lunar calcinado, como si yo y ella y todos no hubiéramos hecho otra cosa sino fingir que estábamos ahí y que, en realidad, lo más importante era lo que yo le iba a decir a continuación.

—¿Cómo te diste cuenta?

—¿Cómo me di cuenta de qué?

—¿Cómo sabes que me entreno para ser un fantasma?

Andrea se sonrió un poco, giró la cabeza, miró a los lados, volteó la cara para ver si había alguien más oyendo la conversación y luego me volvió a ver. Esta vez era yo la que tenía su atención completa. Aún me tomaba de la mano, que se había enfriado de repente. No dije nada más y esperé su respuesta.

—¿Estás hablando en serio, Virginia? —balbuceó, aterrada.

—Claro que es en serio. De hecho, ya tengo varias semanas sin reflejarme completa en el espejo.

Lo que pudo ser una frase que buscaba una salida fácil terminó siendo una revelación. Porque se lo dije con absoluta normalidad, estaba hablando en serio. Y la primera sorprendida fui yo, como si de pronto me hubiera descubierto cuatro pechos de silicona, como si entre nosotras hubiera una confesión sexual, un pasado escondido y un secreto mortal que finalmente ha sido revelado para que ahora, de una vez por todas, desaparezca la vida tal y como la conocemos sobre la faz de la tierra.

—Tengo varios meses entrenándome para ser fantasma. Así es. Para convertirme en un espíritu completo y a todo dar.

2, *Lucía Milano*

El día en que cumplí dieciocho años, comenzó el primer ataque de La Rara.

No pudo ser más puntual. Se anunció en la fiesta de celebración de mi aniversario, segundos después de apagar las dieciocho velas y de ser celebrada por amigos y familiares.

Corté la torta de fresas con una paleta Limoges y advertí a todos en voz alta que, estrenando mis dieciocho años, una mujer mayor de edad como yo prefiere no un pastel de fruta, sino más bien de ron, ginebra y whisky tres leches, por favor.

Los amigos me ovacionaron y mis familiares aplaudieron fingiendo desaprobación con uno que otro chiste. Tomé la fresa que hacía de acento a mi nombre y la probé con cierto morbo, viendo a mi palomo ladrón *«El que no puedo nombrar»* para que entendiera que mis señales de seducción no terminaban con los encuentros intermitentes en los pasillos de la Universidad.

Entonces reí falsa, se me cayó un poco de crema al suelo, y fui hacia el balcón con la esperanza de que él me alcanzara. Porque ahí, entre plantas, columnas y persianas, es donde he armado mi guarida para los besos con todos mis novios hasta la fecha. Besos exaltados y a veces enloquecidos, besos con los ojos abiertos, pendientes de que nadie nos vea pero con la emoción de la que será sorprendida en cualquier momento.

Fue en ese momento preciso, entrando a mi altar de los besos, al lado de las azaleas y las begonias de mamá, cuando tuve el primer ataque de La Rara.

Comenzó con un pequeño mareo seguido por un ruido en la cabeza, como si dos trozos de hierro se estuvieran raspando uno contra el otro; un estruendo con eco como si en vez de estar a punto de caer desmayada en el balcón, estuviera descendiendo desde el techo del cielo abrazada a una turbina de avión.

Detrás de mí no vino «*El que no puedo nombrar*», ni siquiera mi mejor amiga, la traidora de Natalie, que nunca se enteró de nada que no tenga que ver con ella y por eso la llamo mi *bestie*, no por *best*, sino por *bestia*. Fue René, siempre tan guapo, quien me siguió en modo de emergencia y con ternura preguntó, en susurro:

—¿Qué te pasa cariño? ¿Lucía? ¿Estás bien?

Aparte de René, pocos se dieron cuenta de mi situación y los que la notaron pensaron que se trataba de un momento privado entre nosotros. Los más incautos especularon que ese René Lozada Ramírez y esta Lucía Milano Sucre, habituales vecinos y amigos desde niños, habían encontrado al fin el amor que todos predicen desde aquel primer beso intenso en la mejilla que nos dimos frente a todos cuando yo tenía doce años.

—Si es que parecen hermanos —decían reivindicando ese aliento perversito que alguna vez todos hemos conocido, no sin vergüenza curiosa.

A decir verdad, algo de parecido teníamos: yo rubia, él castaño claro, ambos con la piel blanquísima bombardeada con pequeños lunares claros. Sus ojos despejados, que también se parecen tanto a los míos, y quizás hasta cierta forma de hablar también. En fin, era normal que todos pensarán que, de grandes, nos haríamos novios, matrimonio y demás. Lo llamo mi René porque es así; él es mío, como lo es mi madre, mis amigos, mi balcón favorito, todos de mi propiedad privada, intransferibles.

Quiero decir que hago con ellos lo que me venga en gana.

René me tomó por la cintura y evitó que me cayera.

—No le digas nada a nadie —pedí mientras me apoyaba tomando su mano y haciendo fuerza para no desplomarme.

Con mi casi desmayo, sus manos en mi cintura, y la gente que comenzaba a vernos, no podía dejar de pensar en el titular de las redes que rodean mi vida, un titular instantáneo, frecuente y *live*:

La Lucía Milano celebró su mayoría de edad con mareos.

¡Vaya historia para las lenguas siniestras del vecindario de Vista Alegre y adyacencias, para las retorcidas en la familia Milano, y para las infames en la Universidad!

Mejor que nadie se entere porque, ¿quién aguanta el chisme entre tías, primos, vecinas y compañeros de clase?

No way!

Sucede que los Milanos somos presa fácil de los comadreo más insalubres. Tal vez se deba a que vivimos en esta Calle 5 de Vista Alegre desde siempre. Por lo menos yo, que me trajeron directo de la clínica a mi cuarto, el más grande de todos los espacios en la casa. Para el momento en que nací, mis padres sabían que no tendrían más descendencia. La hija única había llegado y la casa debía adaptarse a ella. Si con el tiempo aparecía otra sorpresa, que igual nunca sucedió, imagino que habríamos tenido que mudarnos. Menos mal y no fue necesario porque yo adoro ser indivisible en todo y colonizar los espacios de mi familia, uno a uno, como si yo fuera un imperio declarado con destino manifiesto y lógica expansionista inherente. En fin, que somos de las familias históricas de la calle y yo una de las caras más conocidas, historiadas y habladas de la urbanización.

—Llevas varios desmayos, Lucía. Quizás mañana dabas ir al médico, ¿te parece? —dijo René muy serio y escondiéndose en el balcón como si el del mareo hubiera sido él y no yo.

—Sí, claro que me parece. Aunque los otros ataques fueron más cortos y normales y de esos me recuperé con un poco de agua.

Pero ese desfallecimiento durante mi decimoctavo cumpleaños era raro y llegó con síntomas nuevos: el ruido en la cabeza, las náuseas, las palpitaciones y la respiración arrítmica, más bien agónica, como si el aire del balcón ardiera.

No, el del cumpleaños no fue como los mareos anteriores.

René me abrazó escondiendo mi cara para desanimar al resto de los invitados que comenzaron a mirar hacia el balcón.

—No me aprietes tan fuerte, mira que no hay tanto oxígeno.

—¿En el balcón? ¿Estás segura?

Por alguna razón era como si el aire de la sala y el del balconcillo no fueran el mismo, como si en un espacio hubiera más y en el otro menos.

Para ese momento llevaba dos meses fatales sintiéndome mal en los sitios más cotidianos y en los lugares donde siempre había sido feliz: en el sofá grande de mi casa, en la acera izquierda de la Calle 5, en los pasillos de la universidad cuando *El que no puedo nombrar* me hablaba y yo como una tarada me quedaba muda. O en la parte de atrás del KIA de René o en el Honda de Daniel, cuando comenzaban con sus cochinadas emocionantes y habituales, con sus deseos furiosos que a veces correspondo y a veces no.

Así que no voy a decir que no lo pensé, que era imposible, pero claro que se me vino a la mente, muchas veces antes del primer desmayo en serio de *La Rara*.

¿Y si estoy embarazada? *Oh. My. God!*

Porque mi situación es, como se dice, *complicada*.

Tengo un novio formal, Daniel, mi chico aceptado si bien poco apreciado en la familia. La verdad, no muy querido, más bien reconocido a regañadientes y hasta vilipendiado cada vez que se da la ocasión. Lo mantengo porque es bello, me saca a pasear todos los fines de semana y hace lo que yo le pida. Con su Honda Accord, Daniel es un enamorado trofeo mostrable, de esos que se tienen como si fuera un pantalón ajustado que solo te pones en fiestas para que las demás te vean el cuerpo firme y dibujado, mejor que el de ellas. Mucho.

Mamá lo detesta, claro que sí, pero ella aborrece a todos los amigos con los que he salido, incluyendo a René.

—No es tiempo para *enamorisquarse* —dice— es tiempo para estudiar. Los novios llegarán por sí mismos cuando te vean segura de lo que eres, en control de tu destino, con tus días trazados, con tus cosas por hacer, sin que necesites a nadie. Eso es lo que vuelve locos a los hombres: que no los tomen en cuenta.

Por supuesto, las palabras de mamá eran muy traídas por los pelos, tratando de hacerme creer que ella tenía un Post Grado en Ciencias de los Hombres o Arquitectura Masculina; como si aparte de mi padre ella había tenido tantos hombres como fines de semana en toda su vida.

No era así, claro que no: mamá conoció a papá, fue su primer amor, con él se casó, se separaron y hasta el día de hoy.

Pero la verdad es que su discurso de madre divorciada pregonaba más bien lo que ella quería que yo hiciera, como si se tratara de una proyección iluminada desde la oscuridad de las angustias sobre su hija única.

Aun así no dejaba de intrigarme la idea: mujeres que tienen muchas cosas que hacer enfrentadas a hombres a los que no se les presta atención. *Cool*. Bonito concepto para hacérselo entender a Daniel, René y en especial a *El que no puedo nombrar*.

Para ser franca, ya que de eso se trata todo esto, hay que decir que antes mamá no pesaba así.

Al principio ella vivía fascinada por los acontecimientos de mi removida vida amorosa, tal vez con cierta envidia. Estaba bajo el embrujo de su hija única, su indivisible belleza, «mi ricitos de oro», como me llamaba. Tan bella, que yo no podía ser hija de ella, frase que siempre me pareció odiosa, aunque entendía la buena intención.

¿Si no soy hija tuya, entonces de quién? ¿Acaso de la tía Virginia, la anómala? ¿La más insípida y extraña de la familia?

Luego quedó claro que el peso de tener muchos novios era más bien algo desaconsejado en el núcleo familiar.

—Fíjate en tu tía Virginia y su matrimonio con El Pedro. Perfecto o casi. ¿Ves lo que te puede ayudar la familia?

—A ver, mamá. ¿Cómo es que me ayuda la tía Virgi-Loca?

—Con el ejemplo, hija, con el ejemplo.

Amén. Santa Tía Virginia y El Pedro, inventores de «El Ejemplo», matrimonio eterno de autoayuda que quizás es lo que me tiene enferma o por lo menos rara.

En fin, que renovara las conquistas era mal visto. Que hiciera amigos si quería, pero que no los trajera a casa y en especial que no les diera el carácter de formal.

La familia, se sabe, es implacable con las frecuencias.

Por eso pedí a René que lo nuestro tenía que ser por fuera, mientras encontraba una buena situación para despedir a Daniel. A él no le gustó la idea, claro que no, pero no le di otra alternativa. Sabe cómo soy y me gusta definirme: enfática e implacable. Siempre me he imaginado bendecida por una especie de aerosol capaz de hacer desaparecer a cualquier persona que rociara, como de esos que utilizamos contra los asaltantes.

O como un insecticida contra los bichos roñosos.

Así, mi René se conformó con ser el *number two*. No obstante, si contamos *El que no puedo nombrar*, sería más bien el número tres, pero eso él no lo sabía. Ni él ni Daniel se enteraron jamás de sus verdaderos lugares en mi lista de amores tormentosos.

René, eso sí, pidió una sola condición: que no le hablara de Daniel, ni del tiempo que pasábamos juntos ni de nuestras intimidades. Exigió además que se lo nombrara solo en situaciones negativas, pero nunca sexuales.

—Háblame mal de él pero sin que yo pueda adivinar que han estado juntos, que han hecho cosas, que te tuvo en sus brazos —suplicaba.

—No te preocupes, mi René. Apenas tenemos intimidad. Este noviazgo entre Daniel y yo es de vitrina, como un matrimonio de destrucción mutua —le mentía contenta, moviéndole el pelo de un lado a otro, como a él le gustaba, con una alegría que luego desaparecía, sin más.

¿La verdad? Pues eso. Que mi novio formal no era, para nada, de conveniencia. A sus veinte y un años, Daniel llamaba la atención y tenía un cuerpo atlético elaborado que le gustaba mostrar con sus franelas pegadas, sus pantalones ceñidos y sus músculos formados. Y lo que más llamaba la atención eran sus

cejas, grandes, pobladas, como si se las dibujara, como si sirvieran de sombra de telescopio a sus ojos negros recónditos.

Tenía mirada *weird*, de loco, decía mamá, y ahora entiendo lo que quería decir. Daniel veía fijo como si estuviera detallando los bordes y texturas de un objeto que estaba a punto de dibujar. Y en eso quedábamos todos los que lo mirábamos, como sus objetos. Yo, la más dibujada y más desnuda y seguro que también la más utilizada porque a esos ojos yo nunca les dije que no. Daniel y sus ojos, como si se trataran de dos centros brillantes de un artefacto explosivo, como si fueran el mecanismo de destrucción de todos los que lo mirábamos.

Pero el día de mi cumpleaños dieciocho y primer ataque de La Rara, Daniel llegó tarde a la fiesta. Y para sorpresa de todos, se interesó más por mi *bestie* Natalie que por mí. Así que yo tampoco le presté mucha atención a él. Y aunque admito que me afectó la humillación de sentirme echada a un lado por mi novio oficial, nada menos que con mi mejor amiga, en plena fiesta y a la vista de todos, también reconozco que en el momento en que vi a Daniel coqueteando sin vergüenza con la Natalie, la muy mosquita muerta que también le daba riendas —eso de los mosquitos fallecidos dando riendas me produce una inquietud, también muy rara— me permitió convertirlo en la excusa perfecta para que, sin culpa y con la solidaridad del colectivo de amigas, dejar de una buena vez a Daniel, su Honda Accord, y sus caricias arrolladoras.

Así que con mis historias formales con Daniel, mis informales con René, y mi enamoramiento por *El que no puedo nombrar*, por supuesto que pensé que los mareos podían ser embarazo.

Si bien yo me cuidaba, estuve involucrada en algunas situaciones que podrían traer complicaciones.

Por ejemplo, mi primera vez con *El que no puedo nombrar*, que fue rápido y con la excusa de estar en un espacio público. Eso fue dos meses antes de los mareos, tal vez tres, no lo recuerdo bien, porque decidimos no hablar del tema por

aquello de que ambos teníamos una relación estable con otra persona, y lo de esa tarde loca en el pasillo con piano de la Universidad fue como una ilusión, un reflejo, un deseo esporádico que luego para mí se convirtió en obsesión.

Otro ejemplo fue con Daniel, más bien varios ejemplos con él, y muchos de esos ejemplos sin protección.

—No me gustan, siento que es como si se tratara de la mitad de la coca cola —justificaba él.

De todas maneras yo tomaba mis pastillas casi siempre, pero quiero aclarar que eso de que te llamen «coca cola» así, sin más, y ni siquiera una completa sino por la mitad, no deja de tener un efecto de encrucijada que te hace recapacitar, y mucho, sobre lo que de verdad significas para tu novio formal.

Con todo, esa noche de cumpleaños y primer ataque de La Rara en el balcón de los besos, la pasé de apocalipsis. Respirando fuerte bajaron las náuseas pero el malestar continuaba como si mi cabeza fuera a detonar, aunque acurrucada en el pecho de René podía oler las maravillas que te arropan y te devuelven a la niñez risueña y desprendida.

Mamá, comentando mi indisposición, apagó la música y con el apoyo de mi tía Virginia, La Santa Ejemplo, despidieron a los invitados. Al rato nos quedamos solos René y yo mientras mamá arreglaba la cocina. Salimos del balcón, nos sentamos en el sofá y de repente me sentí mejor, mucho mejor.

Como si nada, todos los síntomas desaparecieron con despedir a los invitados y sentarme en la sala.

Weird.

René me ofreció agua, acepté, y fue a buscarla. Cuando regresó, mamá venía con él y los dos se sentaron a mi lado. Si me quería escapar, ya no sería posible, repuso ella con gracia, tal vez pensando que mi malestar se debió a la escenita de Daniel, ahora muy ex novio, con Natalie, ahora muy ex amiga, dos marranitos que se lamían el ombligo revolcándose en casa ajena.

¿Tienen ombligo los puercos?

Imagino que sí. Todos tenemos uno o dos.

Mamá, agitada, insistió en el asunto pero yo le juré que no me importaba tanto. Me preguntó tres veces si me sentía bien, miró a René y con un gesto le dio a entender que mejor nos dejaba a las dos solas. Fue entonces cuando mamá, como si yo fuera de nuevo su chiquilla de siete años, inició el ritual de madre que adora a su niña mientras me daba el agua poco a poco, como si estuviera caliente.

—¿Comiste algo que te cayó mal? ¿Bebiste algo?

Y yo, sin saber qué decirle, negaba con la cabeza.

En la puerta vi al pobre René, expulsado de mi lado, sin prerrogativa de novio pero con el cariño de mi madre.

Lo vi con ternura mientras él no le quitaba la mirada de encima a mamá como diciendo: que esté claro que cuando Lucía estaba con ese mareo que por poco la tira al suelo, yo estaba con ella, le traje agua, le eché aire, y la dejé descansar en mi pecho mientras su novio estaba seduciendo a su mejor amiga, Natalie, esa traidora. No sé, imagino que estas cosas hay que tenerlas en cuenta porque si hay un heredero de la familia Milano en el vientre de esta Lucía que tanto quiero, esta Lucía que me mueve el pelo y los labios y el piso cada vez que la veo, esta Lucía Milano que me mata desde que yo era niño y la veía salir con su uniforme para la escuela, digo, lo mejor para todos es que ese niño o niña, mejor niña, para que se parezca a ella, ese embarazo posible y quién quita, hasta suspirado, sea mío. Miren que por lo demás he estado sacando cuentas y... ¡Puede ser, puede ser!

René se despidió, cerró la puerta con un cuidado sublime, como si la cerradura tuviera una fractura de huesos, y mi cumpleaños terminó con pocas glorias, pero con abundantes comentarios de mamá sobre mi salud.

—Será que bebí mucho. No te preocupes, mamá, que duermo hoy y mañana se me quita.

Me acosté esa noche recapitulando en la lista de todos los besos dados, recibidos e intentados en ese balcón, como un ejercicio para quedarme dormida. Mejores besos que ovejas,

que por lo demás me dan hambre. Cuando iba por el quinto beso, el primero con René, me entró una excitación feroz pero nada rara. Más bien se trataba de la vieja conocida:

—Anda, Lucía, amor mío —me dije— que esto no tiene que ver con ninguno de tus tres amores, así que háztelo tú misma y duerme tu primera noche con dieciocho años en paz. Mañana verás.

Así lo hice y caí satisfecha, soñando con los ángeles raros y desnudos del cielo.

3, *José Antonio*

José Antonio camina por la avenida principal San Martín desde su casa hasta la iglesia. Es un trayecto que realiza a diario y lo hace como si él no estuviera ahí, como un José Antonio robot que él puede ver de reojo mientras se concentra en lo que más le afecta: encontrar tiempo para pensar.

Un tiempo que a veces pilla en barata en los autobuses, en los vagones del metro y en las estaciones de espera, pero que para nada está disponible en su hogar y mucho menos en el Centro Médico La Trinidad donde trabaja.

Si bien a veces, cuando está cerrando el laboratorio y arrojando equipos, siente que el tiempo se agranda como si los minutos finales del día de trabajo han sido escaneados y fotografiados por esas máquinas que pueden mirar todo lo que tienes dentro.

O por lo menos aquello que se supone no debes ver.

Pasando por la avenida San Martín en dirección norte lleva con él una bolsa grande, pesada. Algunos niños se le quedan viendo, intrigados. Otros transeúntes, amigos de toda su vida, de esos que han vivido siempre por las mismas calles, esquinas y edificios rancios, le hacen bromas:

—¿Pesa?

—¿Qué llevas ahí? ¿A la novia?

—¿Vas a vivir en esa piedra?

José Antonio se ríe y por pura piedad no les recuerda que esos fueron los mismos comentarios que también hicieron ayer, y el día anterior, y todo el año en curso, para ser sinceros.

A lo mejor ni siquiera se lo dicen de verdad sino que se trata de una forma de saludarlo sin que tengan que hacerlo. Después de todo, en ese vecindario lo tienen como chico raro desde que era un niño.

Él, El Raro, vaya fortuna.

José Antonio carga la bolsa con cuidado, como si contuviera cristal. Pasando la esquina y llegando a su destino, un par de estudiantes que juegan al fútbol casi se estrellan con él. José Antonio los esquiva, protegiendo la bolsa antes que nada. Pasa a un lado de la estación de metro Maternidad y por unos instantes se detiene frente al centro asistencial observándolo con detenimiento. Ve a la gente entrar, las mujeres salir con bebés, los vendedores de comida que gritan y entre ellos oye lo que es un llanto. O varios. Imagina que son de niños.

Le gusta pensar que como él trabaja con Rayos X, Tomógrafos, Flouros copios, y demás, ha desarrollado la capacidad para ver entre paredes y gentes. Tal vez podría ser un tipo de superhéroe, algo así como «Súper Hospital», un hombre que a pesar de sus orígenes humildes, poco a poco va adquiriendo los atributos de los equipos que manipula en los centros de salud.

Ríe cuando descubre que ha confundido el llanto de los niños con los de varios gatos abandonados en una caja forrada con periódicos. Gatitos que además podrían ser familiares de otro conocido, porque se parecen, en raza y color, a un gato amigo, «el gato parlanchín del teatro», así lo llama.

¿Estará ese se gato melodramático, bandolero y malasangre, dejando sus hijos tirados por ahí?

Recoge la caja con los gatitos, mira su reloj, comprueba que le quedan unos minutos y lleva los felinos al mercado. La tarea no es fácil porque los animalitos tratan de salirse mientras él hace un gran esfuerzo para evitarlo.

En el mercado le da los gatos a una señora vecina suya que se encarga de hacer tintes en el pelo y que es la única que lo ayuda con su madre. La visita durante el día, le lleva algo de comer, la atiende cuando él no está disponible.

A ella también se le conoce como «La señora de los gatos» porque ha declarado su casa, con cartel y dibujo, como santuario para felinos abandonados. Les cuida un par de meses mientras alguien los adopta. Da publicidad en las redes y los

coloca en una caja en el mercado, como si fueran aguacates, para ver si alguien se los lleva.

A veces vende, a veces regala.

Y siempre, dice, se los quitan todos.

—Es que en esta ciudad de ratas, los gatos son muy solicitados. Pero hay que ponerlos bonitos, gorditos y juguetones, para que el cliente los vea no como mendigos, sino como mascotas.

—Si tan solo pudiéramos hacer lo mismo con las personas que viven en la calle.

—No, Joseíto, a esos los odian como estén. Humano, no lo olvidas, detesta al humano.

José Antonio, luego de ese intercambio tan resplandeciente sobre la especie gatuna, que no la humana, continúa su camino por la misma acera hasta la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, a unos pocos metros del mercado.

En las oficinas se encuentra con una monja que lo saluda con cariño y familiaridad. La religiosa le pregunta por su madre y de nuevo se pone a su disposición:

—Ya sabes que cuando quieras, José Antonio, la puedes traer, nosotros te la cuidaremos.

De alguna manera, el ofrecimiento le recuerda a su amiga del mercado y la caja con los gatitos: ellos sabrán qué hacer con su madre y con los gatos. Siempre saben.

José Antonio es, después de todo, un ángel, le dice la monja, no como un cumplido sino como si estuviera recitando la palabra de Dios.

—Eres de los nuestros, Joseíto —afirma la devota, con la simpatía de la que espera ser utilizada para deberes prácticos.

—Pero yo no creo —responde José Antonio.

—A los ángeles no se les pide creer —remata la monja, segura.

Ella recibe la bolsa y se lo agradece.

Contiene las medicinas que dejan los visitantes médicos en el Centro Médico La Trinidad. Él las recoge y aunque deja algunas en el dispensario de caridad, se lleva la mayoría. Nadie

se da cuenta y la verdad es que a nadie le importa. El CM La Trinidad tiene su negocio con la venta del producto, no de la muestra; sus transacciones las hace con las firmas importadoras o con el fabricante. Y los pacientes, que son casi todos de clase alta, parece que lo prefieren así.

Por lo demás, de las medicinas que trae José Antonio vive la comunidad que asiste a Nuestra Señora de Lourdes. No es que haya mucha piedad por estos días de crisis y mucho menos por esa geografía despiadada del oeste de Caracas Sin Alma.

Antes de irse, la monja le incita de nuevo a trasladar a su madre a uno de los hospicios regentados por ellos.

—Aquí tendrá otras personas como ella. Nosotras le preparamos actividades. Estará mejor con las hermanas. Además, tú no puedes estar con ella todo el día. La verdad es que la cuidas bien, hijo, pero sin estar en casa.

José Antonio coincide con la monja pero le explica que la prefiere tener cerca, por lo menos en las noches están juntos, aparte de que todavía no está preparado para separarse de su madre. Le asegura que todo lo tiene bajo control: él la baña a diario, la alimenta bien, y la acuesta a dormir, tal y como ella hacía con él cuando era un niño. Entiende que es una carrera contra el tiempo y que dentro de poco él no podrá seguir haciéndolo, pero si ahora la mete en el asilo, con su trabajo y las distancias que tiene que viajar desde Maternidad a La Trinidad, apenas podrá verla. El trabajo no sólo le roba el tiempo sino también energía; la distancia entre su vida, los suyos y el trabajo, es de mito.

La monja le da panecillos dulces y un paquete de café para su madre. Y antes de que se vaya le ofrece un libro editado por la iglesia de Lourdes titulado, más o menos en lugar común religioso, piensa José Antonio, «La Verdad».

—Hermana, yo realmente no quiero saber nada sobre la verdad. Cada vez que alguien me dice «La verdad» sobre las cosas, termino triste, adolorido. «La verdad», dicen, hay que saberla pero, la verdad, últimamente no oigo una sola verdad que no me atormente.

—Sí, muchas veces señalar la verdad a otro tiene un solo objetivo: darle placer al que la dice.

—Y lastimar al que la oye. Así, prefiero que no me digan nada. O que me mientan, hermana. Porque si la verdad duele es mejor no oírla.

—Pero este libro es sobre la verdad verdadera.

—Eso es siempre así: todas las verdades son verdaderas. Hasta las mentiras son verdaderas. Y es lo que me molesta, que la verdad no deja escapatoria.

—Pero la verdad no es un plural, cariño.

—¿La muerte? Imagino que la muerte también duele, hermana. Y la verdad es que mi madre se está muriendo.

—«La verdad, sin amor, es insoportable».¹

—¡Y sin compasión!

—Para nosotras una incluye a la otra.

—Esa es la verdad.

—¿Lo ves? El libro cuenta una parábola religiosa un tanto esotérica que termina con una pregunta que es un misterio: «¿Qué estás haciendo, José Antonio? ¿Qué estás haciendo?»

Él se despide de ella sin responder y camina de vuelta hacia su casa.

Frente al Teatro y esperando el cambio del semáforo, busca a su amigo el gato, pero no lo encuentra. Lo que sí ve es lo que serían otros tres gatitos abandonados, de nuevo en otra caja, como si hubieran sido echados ahí para interrumpir su camino. La imagen lo conmueve pero también desagrada. Se ve además que los animalitos están muy pequeños y sucios, como si hubieran nacido debajo de un carro o en un taller mecánico. ¿Dejarlos así, para que se mueran?, piensa.

Lo más probable es que lo hicieron a propósito.

¹ *Papa Benedicto XVI, Cartas in Veritate, 2009*

Los recoge y regresa a su contacto en el mercado. La mujer los recibe pero le advierte que ya no puede más. Que por ese día basta.

—Si ves más gato, Joseíto, déjalos que otra persona los recogerá.

¿Y yo cómo hago eso?, le gustaría responder, pero él tiene su tiempo contado y debe dejar la conversación. De nuevo, inicia el regreso a casa.

Más allá encuentra otros dos gatitos sobre un cartón. Por lo menos a estos alguien les ha puesto comida, se dice, algo de carne molida. Los gatos lucen mal, eso sí, pero no están a la intemperie como los otros. Hace un esfuerzo para resistir y no recogerlos y continua su camino.

Un poco más adelante también dos grupos de gatitos maúllan desesperados, quizás unos seis en dos cajas que encima están rotas. También las cajas están forradas con papel periódico, pero en una de ellas logra identificar las páginas del Papel Literario del diario El Nacional.

Entre el sucio, excremento de gato y partes rotas, lee un poema o eso cree, porque lo olvida de inmediato.

Poemas para protegerte de la intemperie, vaya tontería, piensa.

Hacia la izquierda de la calzada aparecen tres gatos más y un poco más a la derecha, otros dos. Y siguen apareciendo, entre la acera y el asfalto, no menos de doce, algunos arrimados, como si estuvieran amarrados, otros sueltos, sucios y mojados.

Para José Antonio se trata de una tortura insoportable.

Si mi madre no dependiera de mí, dice, creo que me desaparecería en este mismo instante.

De pronto, a su lado, el gato del teatro lo saluda pegando su cabeza contra las piernas de José Antonio.

—A mí no me mires que yo no he sido. Seré actor pero no soy malo —asegura el felino.

José Antonio lo observa con detenimiento y le dice, como si la decisión no tuviera vuelta atrás:

—Quizás tengo que dejar la clínica
El gato del teatro aprueba y agrega:
—Sin duda. Y entonces me llevas a vivir contigo y tu mamá.
Miau.

4, *Virginia, Camille*

Terminamos el almuerzo en silencio y con malestar. Ambas queríamos estar solas lo más pronto posible. Decidí que lo mejor era despedirnos como si nada hubiera sucedido. Andrea se quedó en la mesa, no había dicho palabra luego de mi confesión fantasma, le di un beso y dije que la llamaría.

Para que se quedara tranquila le aseguré que lo tenía todo bajo control.

Bajé sola al estacionamiento del centro comercial, tomé mi Honda Civic, que parecía agotado de tanto esperar, más por los años que lleva encima que por mí. Automática, le eché un vistazo por debajo, siempre lo hago desde que vi una película donde mataban a la esposa con una bomba en su automóvil. No había bomba, pero de nuevo confirmé que el Honda sigue botando agua. Y con el agua hay algo negro, imagino que es aceite aunque podría ser su Alma.

Sospecho que este Honda, con lo viejo que es, algo defectuoso y terrible, más bien terminal, debe tener. Lo ideal para un fantasma, me dije, tratando de hacerme reír.

El Civic, eso sí, siempre enciende. Y cuando lo hace, me recupero de todas mis malas impresiones y prejuicios Honda.

Mientras salgo del estacionamiento del centro comercial volví a pensar en que, si bien este carrito es viejo, qué suerte tengo de que está siempre ahí, esperándome. Además, es leal a todos: a mí, como si fuera la dueña de la mascota, siempre atento y moviendo la cola, pero también a Pedro, que lo utiliza para sus salidas con sus amigos del instituto.

Tanto trabajo y el Honda no deja de andar ni dice nada.

En fin, que este Civic es como un marido de sueño.

La fidelidad, otra vez.

La fidelidad y los fantasmas: los temas del día.

No sé si fueron esas reflexiones de comercial para la firma Honda o el impulso de ir lo más pronto posible por el mercado

y comprar lo necesario para la fiesta con los amigos, que ocurrió *el evento*.

Porque al tiempo que pensaba en la vida fantasma y sus atributos y esperaba mi turno frente a la casilla automática de pago y salida del estacionamiento del Tolón, ya casi en plena avenida Principal de Las Mercedes, dirigí sin razón alguna la vista hacia la parada de autobús que estaba a un lado.

Y me fijé en ella.

No esperaba transporte sino cruzar la avenida.

No, no era Andrea.

Se trataba más bien de una joven bella, como de veinte y dos años, no muy alta, con el cuerpo de la que ha bailado mucho en su vida. Un pelo hermosísimo que le rozaba los hombros, negro duro y peinado como si fuera una muñequita de los años cincuenta. La boca amplia, labios incandescentes y ojos negros iluminados como si pudieran ver el futuro. Iba bien vestida, como la que va para su primer día de trabajo, con su teléfono pegado en la oreja y un papel en la mano, quizás un mapa o el boceto de algo, de una obra de arte tal vez.

Pero también vi el bus de la ruta Las Mercedes-Cumbres que se le acercaba y en un instante puse los dos juntos: la bella mujer que busca trabajo y el autobús que se le aproxima. Y en ese momento, antes de que ocurriera, ya tenía las manos en mi cara de espanto, asombro y rabia. Todo ese instante era predecible, aunque sucedió en un segundo o menos. La chica fue golpeada por el enorme espejo retrovisor del colectivo y al suelo fue a dar con un movimiento de cabeza anormal, como si debajo de su cuello hubiera explotado una pequeña bomba casera.

En el momento del accidente, más bien asesinato, la mujer atropellada, que por alguna razón en ese momento decidí llamarla Camille, como mi abuela, también desnucada pero por caballo, no pudo ver cuando la muerte se le vino encima.

Camille interrumpió mis pensamientos fantasmas y yacía ahí, quebrada a un lado de la rueda del bus cuando de repente

la vi también por el retrovisor en la parte de atrás de mi Honda Civic.

La podía ver en los dos sitios al mismo tiempo: arrojada en la calle, sangrando y también conmigo, temblando y con la cabeza rota, moviéndose en los asientos de mi vehículo como si se tratara de alguien que me esperaba; como si con un cuchillo me marcara el cuello luego de gritarme que me mataría, a pesar de ser ella la muerta; como si me tomara por el pelo hasta rasgarme la mitad de la espalda.

Así fue como me llegó, por primera vez, aquella idea:

¿Y si Pedro me es infiel?

No era posible, claro que no, pero lo que me embistió no fue la posibilidad sino la situación:

¿Qué haría yo en ese caso?

Sorprendida, detuve el Honda de un frenazo como si la idea fuera un muro de granito colocado por las fuerzas del orden. No pase, deténgase aquí, hay una emergencia, algo serio ha sucedido: han decapitado a una mujer bonita, y para colmo la *Andrea Que Vuela* quiere dejar de ser tu mejor amiga después de tu rarísima confesión fantasma. ¡Ah! Y además sepa de una vez que su marido, Pedro el Francés, la engaña. Y mucho.

Sí, algo muy serio ha ocurrido porque la consecuencia de la idea era sobrecogedora, inaudita, hasta majestuosa.

Si Andrea no me llama más, me da igual.

Y si Pedro me engaña, si tiene una aventura, si elige estar con otra persona, tampoco me afectaría.

Porque lo trascendental aquí no son Pedro ni Andrea sino la mujer bonita decapitada en plena vía pública que va de pasajera en mi Honda.

Ante a esta imagen, de repente el Civic podría partirse en pedazos frente al muro de protección y no me tocaría.

Como con Pedro.

Causaría dificultades, pensé. Imaginé un divorcio difícil, papeles, rencores, llamadas de familiares intentando interceder pero sin mucha insistencia, que igual cada uno tiene su vida y

en esto de las separaciones de los demás reaccionamos con mucho interés fingido.

Más tarde la presión bajaría, se iría por el bajante, como si fuera agua derramada para limpiar el piso: se recoge y desaparece, se empuja por el desagüe, lo turbio no se queda en el piso del hogar, no vive con nosotros. La casa será reluciente luego de este baño con agua sucia. En realidad, un divorcio no es tan definitivo como una decapitación por autobús en plena calle de Caracas, creo yo. No tanto como ese accidente del que, eso sí, soy testigo. Lo he visto, me ha afectado, tanto o más que el amor, mira qué cosas.

Con el añadido de que yo no soy tan bonita como lo era Camille.

El caso es que si Pedro se va con otra o con muchas, no me importaría, eso es todo.

Así que tranquila y campante, y con la muerta de pasajero en el asiento de atrás, atravesé la ciudad de regreso a casa.

La tarde cayó como un piano lanzado desde una ventana sobre la Calle Loira de Vista Alegre. El ruido arañaba, el tiempo se despeñaba, la noche saltaba en pedazos, algo formidable había sucedido con el ocaso. De repente, el poniente se arrimó y traía la sensación, más bien la seguridad, de que ya era hora de comenzar a vivir sin electricidad.

Sí, se trataba de una idea grave.

¿Será que la llegada de la luz artificial me ha estado robando la imagen? ¿Que las ráfagas de focos falsificados no permiten reconocermme cuando me veo en el espejo? ¿Será por eso que desaparezcó? ¿Por la monstruosidad de la luz?

Y otra pregunta, también grave:

¿Por qué Camille se quedó dentro del Honda cuando llegamos a casa?

Y otra, menos alarmante:

¿Tiene todo esto que ver con Pedro?

Me imaginé asomada por la ventana de mi casa de la Calle Loira pero en otra época, viendo los carruajes pasar, sintiendo las miradas de las señoronas que tienen esposos que llegan temprano y de los amantes que no te dejan desvanecer, y hasta de los niños correlones de unos y otros. Me veía entre gente de gesto sutil que encienden velas y no añoran el día. Yo, la mujer desde la ventana, que cuando los niños voltean para verla, se borra. Yo, dama clásica que oye música en el clavicordio y que hoy, para sorpresa de sus amigas mantuanas inconformes, se ha declarado monárquica, aunque detesta a Fernando VII. Contradicciones provincianas en esta noche arrojada sobre la mujer anacrónica que pasa sus días cortando flores, suspirando el calor y viendo cómo los velones se preparan rendidos a recibir, en pocos minutos, el escueto golpe del matacandelas.

Me sentía fantasma, eso es, como si fuera una escultura que está realizando Camille.

No, no Camille la de Pedro, su compañera de trabajo que así se llama.

Me refiero a Claudel, la de 1888, quien por estos días está durmiendo en mi Honda Civic. Una escultura y una escultora, y yo la fantasma ocre que la acompaña, filtrada. Una *fantasma serial* y tallada que llega a la edad de la madurez; una aparición de mujer mayor que, en la escultura, se convierte de repente en una vieja opaca que lleva de la mano a un hombre que se debate entre ella y la joven que dejan detrás; una joven de luz que luce lánguida y que trata de detenerlos, sin mucha convicción.

Con estas imágenes y el derrumbe final de la tarde, me acosó un ritmo cardíaco intolerable y la sensación de que, si yo pasara unos minutos más con esto, quizás cuando se enciendan las luces creadas por la electricidad, algo también grave me sucederá.

Papá murió del corazón y mamá siempre habla de lo mal que tiene la presión. Y yo, que me dicen y sé que todavía soy muy joven para preocuparme por esas cosas, en realidad me preocupo, claro que sí, porque los pensamientos se alojan en

los distintos compartimientos del cerebro y salen a discreción como gavetas espectros que se abren por sí solas, como si una energía que no proviene de ti es la encargada de franquear las cajas y mostrarte cosas que no están en su lugar.

Dos golpes empujados por siete ecos turbaron mi hipnosis duende. Alguien golpeaba la aldaba de grifos y serpientes sobre el portón familiar.

¿Quién me visita a estas horas? ¿Mi cuñada divorciada bien vista o mi sobrina La Rara, esa que para sus cálices cada día que pasa se parece más a mí?

Miré las velas y suspiré resignada, regresando más o menos a mi cuerpo de viva normal. Aún me queda luz para invitados, me dije. Ojalá que no se queden por mucho tiempo. Mi noche acecha.

Cuando abrí la puerta era ella, la inesperada. Andrea, todavía aturdida por la conversación en el bistró del Tolón, se acercó con la idea de que la acompañara a ir de compras. No lo hacíamos desde aquella vez.

¿Entiendes que ha pasado el tiempo, verdad? Aunque son lapsos de espanto, igual transcurren, si bien un poco desordenados, maniáticos.

Ella había intentado llamarme varias veces pero en todas la dejé tallada en la contestadora telefónica. Pedro me preguntó:

—¿No piensas responderle a la Andrea? ¿Qué te hizo?

—Nada —respondí.

Porque pensé que todo debía quedar en manos de las fuerzas del desvanecimiento. Poco a poco mi amiga se olvidaría de mí, dejaría de tenerme en sus pensamientos, y si me veía por la calle terminaría por no reconocerme.

Pero no fue así.

Se apareció en la puerta de la casa y podría decir que, más que Andrea, se trataba de una hojarasca: ya no volaba, ni siquiera daba saltitos.

No la dejé pasar. En la entrada nos quedamos, viéndonos sin decir nada por un rato. Ella, deshilachada, muda y

moderna. Yo, la amiga feroz, sosteniendo la puerta con una mano y con la otra arrugándome el vestido siglo diecinueve.

Me vio y estaba claro que no me podía creer. Puso su mano sobre la mía en la puerta y aunque la podía ver, parecía que no había nada sobre ella. Entonces, habló.

—¿Qué te pasa, Virginia? Todos comentan sobre ti. ¿Tienes algún problema?

—Andrea, ya hablamos sobre eso.

—No, no hablamos. No dijiste nada. Balbuceaste cosas, pero no dijiste nada.

—Te dije que me entrenaba para ser fantasma.

—Virginia, ¿me quieres asustar? Porque tú no puedes ser fantasma, no estás muerta. ¿Acaso te quieres matar?

Entonces salieron las palabras que yo no sabía pero que eran como si las hubiera estudiado, como si hablara sobre un tema que había investigado por mucho tiempo y en el que era una experta.

—Te puedes entrenar para ser fantasma estando viva, Andrea. Se llaman *espíritus vivos*. Se trata de hacer un esfuerzo para agregar las cualidades de lo que no es físico, en el campo de lo real. Sin morirte, puedes entrenarte para vivir a tu disposición, como viven los espíritus de los que están muertos. Ir de un tiempo a otro, atravesar paredes, levitar, hacer que un día suceda en un instante y se alargue por horas, pasar desapercibida como si fueras invisible viendo a los demás que no te pueden ver a ti, como en otra realidad.

—No entiendo, Virginia, no entiendo —suplicó, derrotada, sin alas, viendo al cielo como si fuera un extraño— ¿Por qué quieres ser fantasma?

Y cerrándole la puerta, con cuidado pero con decisión, le respondí con la verdad.

—Todavía no lo sé.

Aunque tal vez debí decirle que eso es lo que descubres luego de ir de compras con una mejor amiga a la que nunca has soportado. Y después ves cómo le cortan la cabeza a una mujer deseable a la que hubieras querido conocer.

O ser.

Porque así, de repente, te encuentras con que tienes una vocación nueva, inédita, colosal, magnífica, secreta y aterradoradora: que me entreno para ser fantasma, un espíritu vivo y raro que va de aquí para allá y de allá para acá.

El segundo ataque de La Rara ocurrió a lo cristiano: tres días después de la última resurrección.

Me sorprendió en el mejor momento, de lo más relajada con mi nueva situación marital, soltera otra vez o con un compromiso vacilante que era, según decían mis amigas, *frágil tirando a destruido*.

Además, el resultado de la prueba de embarazo había dado negativo, *todas las veces*, catorce veces negativo.

Lo que había sucedido en la fiesta fue, según mamá, algo pasajero, quizás falta de azúcar. Y desistió de la idea de llevarme al médico cuando se enteró de que andaba por esos días detrás de otra dieta.

—Si dejas de comer, ¿qué esperas?

Pero el segundo ataque ocurrió cuando hablaba por teléfono con la Natalie *The Traitor*, mientras ella me pasaba noticias calentitas sobre Daniel, y en especial sobre *El que no puedo nombrar*.

—Daniel está desaparecido —explicó la *exbestie* Natalie, pidiendo clemencia— Dice que fue por la bebida. «Bebí mucho y tal». Que necesitaba desahogarse. Y puede ser verdad porque mientras me acechaba el muy puerco no hacía sino hablar de ti.

—Un puerco con una puerquita, si es que están para comercial de tocineta.

—Yo no lo besé, Lucía, para que te enteres.

—Eso no fue lo que me dijeron.

—Más o menos, quiero decir.

—¡Natalie! ¿Te besaste con mi novio formal o no?

—Está bien. Sí nos besamos. ¡Pero sin lengua!

—Claro que fue con lengua. ¡Con lengua retorcida!

—¡No, retorcida no! ¡Nunca!

—¡Con lengua de tornillo! ¡Si hasta se les hizo un nudo que hubo que suavizar con aceite!

—¡Muy bien! ¡Confieso! Sí, hubo lengua. Sí, hubo contorciones. Sí, las lenguas quedaron rojas y moradas de tanto golpe y mordisco. ¡Pero nada más!

—Los dos son un par de marranitos deliciosos. ¿Me invitas al matrimonio y al sepelio? En los dos quiero ser la madrina de hadas.

—¡Pero si estabas loca por deshacerte de él! Más bien te hice un favor. Deja de fingir y confiesa. ¿Cómo te sientes en tu nueva situación matrimonial?

—Soltera, saludable y disponible.

Y ahí fue cuando comenzó a darme noticias de *El que no puedo nombrar*.

Al parecer, él se alejaba de mí porque me veía con Daniel. Pero ahora, y según se leía entre líneas y lenguas y tonos y nervios en *comentarios inocentes pero ardientes*, emitidos frente a mis compañeros, estaba pensando dar un paso en la dirección correcta, es decir, hacia el arrebatador universo en expansión de Lucía Milano.

O eso creía la *bestie*, advirtiéndome que sus informaciones certificadas casi siempre comenzaban como inventos de buena voluntad.

Con ella todo era bromas y gritos dramatizados. Pero en casa apenas se oía nada aunque entraba furtivo ese sonido seco de la ciudad como si fuera una batalla entre fieras a lo lejos, como un ronquido de gigante perdido detrás de la montaña.

Hablando y riéndome con Natalie caminé hasta el balcón para escuchar el rumor huraño de Caracas que me atrae como un imán, como si yo fuera una mosquita de metal.

Y fue cuando de nuevo volvió a aparecer.

Primero el ruido de hierros que se frotan con fuerza, como el frenazo de un tren, y luego los vómitos, pero ahora con la sensación de perder el control de mis piernas. Pegué un grito de fiera lacerada, corté la comunicación con Natalie, y corrí impotente hacia el sofá.

De repente todo acabó, como si el sofá fuera un interruptor.

Eso sí, este ataque había sido más fuerte que el anterior, pero era una copia de aquel, de eso no había dudas.

Me quedé sentada por un rato, me sentí mejor casi de inmediato. Decidí ir de nuevo hacia el balcón a tomar aire y escuchar el murmullo de la ciudad, pero al aproximarme noté que la enfermedad regresaba. Esta vez me detuve antes de entrar y los síntomas cesaron también. Intenté una segunda vez acercándome al balcón y de nuevo comenzaron las señales de dolor.

Entonces, volví al sofá, derrotada.

Como sea, estaba claro que la enfermedad tiene que ver con el balcón.

Pero ¿qué es? ¿Serán las plantas? ¿Hay algo allí que me produce este efecto? ¿Quizás sea psicológico? ¿Tendrá que ver con las horas que he pasado en ese pequeño balcón decorado con begonias y azaleas, hablando por teléfono y viendo la montaña? ¿Con los instantes de soledad que a veces me invaden ahí, como si hubiera un cuadro pintado conmigo sentada en ese mirador, rodeada de flores y calvarios? ¿Tendrán que ver, tal vez, con los besos que me han dado ahí?

Esta última idea me hizo reír.

Vaya si me han besado, pensé. Si me muriera hoy, si estos desmayos se antojan terminales, si a mis dieciocho años dejó de existir, entonces puedo resumir mi vida diciendo que nací para besar.

Para terminar la noche de mi segunda embestida de La Rara, empecé a recordar otra vez todos los besos que me han dado, los que he dado yo y hasta los que me he imaginado. Así, quedé dormida con dos decisiones tomadas: la primera, que al día siguiente haría todo lo posible por besar otra vez a *El que no puedo nombrar*, sea como sea.

Y dos: que no volveré a entrar jamás al balcón de mi casa.

Nunca más.

El tercer ataque de *La Rara* me dio al día siguiente.

Y esta vez no fue en el balcón, que de todos modos evitaba, sino que sucedió sentada en el sofá de la sala, mientras veía la tele o más bien pasaba de un canal a otro, en ese estado letárgico que nos produce ver, en segundos, tantas cosas distintas y sientes que la vida se ha acabado y no eres más que una figura que se cambia y repite.

Me detuve en un programa de cocina. Alguien preparaba pescado con queso roquefort. *Disgusting*. Me pareció una exageración y ahí me quedé, con la boca abierta, pensando que eso debía saber a zapato de goma, ¿a quién se le puede ocurrir preparar una cosa así? Y mientras pensaba en un pescado con suela que olía a pie, me vino el tercer asalto de La Rara.

Fue más fuerte que las dos anteriores. El dolor de cabeza se presentó como si alguien me hubiera golpeado por detrás con un bate de béisbol. Sentí un mareo inmediato que en segundos me llevó al desmayo. Hice todo lo posible para no desplomarme pero empezaron los ruidos de hierros, esta vez más metálico, como varias láminas de acero haciendo un crujido sostenido, inaguantable.

Me eché a un lado y grité.

Mamá vino de inmediato. Caí al suelo y vomité en la alfombra. Luego traté de levantarme pero volví a vomitar, esta vez sobre el sofá. Mi madre, agitadísima, fue hacia la cocina a buscar agua mientras yo seguía en el suelo arrastrándome, como si el dolor me pateara, como si el tormento fuera un monstruo que a puntapiés me echaba de un lado a otro por la sala de mi casa. Podía sentir sus golpes, dolían como un desgarró.

De nuevo estuve lista a perder el conocimiento, extraviarme en un desmayo, entrar en coma, desvanecerme de esta realidad, cuando mamá llegó con el agua que no pude beber. Arrastrándome seguí por el comedor hasta la cocina, pensando quizás que ahí podría morirme con más tranquilidad y no dañar la alfombra, mira lo que luego cuesta limpiarla.

Y entonces, entrando a rastras a la cocina, volvió a ocurrir. Todo pasó.

El mareo cedió, los golpes en mi cerebro se detuvieron y respiraba de manera normal. Al minuto estaba como si no me hubiera sucedido nada, como si La Rara se apagara.

Tomé agua. Mamá ayudo a levantarme:

—¿No estás embarazada, verdad, Lucía? —preguntó esta vez con esperanza y como quien lanza el primer chorro de agua bendita a aquel que vive con la angustia de limpiar su alma.

—Si fuera así, será de un engendro de belcebú porque esto duele como el infierno.

—¿Entonces? ¿Embarazo de Satanás o de Daniel?

—Son lo mismo, mamá. Y no, ya hice las pruebas. No hay embarazo, lo sabes y lo sé. Esto es otra cosa: se trata de una cosa rara.

Ella me miró con gravedad y en adagio Milano sentenció:

—De mañana no pasas, Lucía. A levantarse a primera hora porque te llevo al médico.

—Sí, pero ahora estoy cansada —le respondí como una súplica desde el miedo que me hacía temblar.

No saber qué era lo que me estaba pasando y qué significaban esos ataques de La Rara, me agotaba.

—¿Quieres acostarte en el sofá y ver la tele? —sugirió.

La idea me pareció estupenda.

—Pero sin la tele encendida, solo acostada, quizás con música o mejor sin sonido. Solo yo, la ciudad, y nada más. Luego del tormento ensordecedor en mi cabeza, el silencio es encanto.

Cuando salí de la cocina hacia el sofá se reanudaron los síntomas. Entonces hice la misma prueba del balcón y retrocedí. De nuevo, todo volvió a estar normal. Traté una última vez, apenas tocando la sala con el dedo. Mamá sonrió hasta que, al contacto, regresaron los mareos.

Me miró incrédula. Se atrevió a sugerir, tal vez desde alguna parte de su aterrorizado ser, que yo podía estar inventando todo esto.

—Ojalá, ojalá sea ficción, madre.

—¿Entonces qué? Yo nunca he oído de una enfermedad limitada por espacios.

—Yo tampoco. Pero está claro que no puedo tocar la sala de la casa de la misma manera que ya no podía entrar al balcón.

Sea lo que sea este padecimiento raro se ha expandido: ahora mi enfermedad habita en esos dos espacios. No puedo pasar por ahí, mamá; mejor me voy a mi cuarto, mamá; desde hoy comeré en la cocina, mamá; quizás me puedas poner el televisor en el pasillo, mamá; saldré de la casa por la cocina sin tocar la sala.

Mamá, ¿qué es lo que me está sucediendo?

A la mañana siguiente conseguimos una cita con un médico que nos recomendaron, el Dr. Daniel Urbina —Daniel, mal presagio—, pero dejando claro que no me podía recibir sino hasta una semana después. Urbina le explicó a mamá que, aunque curiosa, mi enfermedad no se consideraba una emergencia.

—¿Qué no le sucede nada a la niña si no pasa por la sala o el balcón? Entonces que no lo haga mientras tanto y que venga el próximo lunes —observó el doctor, obvio y con desinterés.

Para una consulta como esa me hubiera quedado en casa viendo un maratón de Dr. House.

Lindo ese viejo, *by the way*.

Mamá, para no esperar tanto sin hacer nada, limpió con tenacidad la alfombra y el balcón. Luego llevó muestras de las plantas, del polvo en el piso, de la pintura y hasta del aire a un laboratorio para hacerles análisis, no sea que hubiese algo a lo que yo era alérgica, quizás un pesticida. Para el viernes tenía los resultados y los metió en una carpeta amarilla muy formal que bautizó, con letras negras y rojas escritas en esténcil, «Caso Lucía Milano/Dr. Daniel Urbina, Centro Médico de San Bernardino, Caracas».

Por mi parte, y antes de la consulta con el médico, me hice de nuevo la prueba de embarazo para estar súper seguros y que luego no me toque hacer el ridículo. El resultado fue el mismo

de antes, negativo. Sabía que tenía que ser así pero me asqueaba la idea de que en plena consulta salieran con esa noticia y que yo quedara como una imbécil.

Rara sí, ridícula, *never*.

El lunes de la cita me levanté temprano y busqué el pantalón que utilizo para los momentos importantes, el único que nunca he llevado para lugares íntimos, el indicado para cenas familiares y visitas al médico. Un pantalón pegado pero sin historia oculta, sin secretos del corazón regados en la tela o manchado en los bolsillos. En fin, un jean beato.

De los míos, el único que irá al cielo.

Me peiné con esfuerzo, me pinté los labios tenaces, me colgué una blusa blanca con puntos azules piadosos, de esas que te hacen ver como si fueras adolescente de escuela. Mamá abrió la puerta de mi cuarto y me advirtió que estaba bellísima, demasiado para una consulta con el médico. Yo no respondí, pero estaba claro que si me iban a decir que tenía mis días contados, pues la vida y la muerte me verían en mis mejores colores.

Me ajusté los tacones *Flame*, tomé mi bolso *Kipling* y me lancé un beso al espejo. Fui hacia la cocina, pasé corriendo por el borde de la sala y tomé a mamá del brazo con la seguridad de que lo que yo tenía no era grave ni mucho menos raro.

Ya en la consulta médica, el doctor Urbina comenzó a descargar con las preguntas de rigor y luego, con mamá al lado, me hizo el examen físico.

—Nada, la niña está bien. ¿Le hacemos un LP? Mejor agotar todas las posibilidades. Yo la verdad nunca he oído hablar de una sintomatología como esa —reconoció el doctor.

Pasamos el día completo en el hospital: muestras de sangre, orina, prueba respiratoria. Los resultados los sabremos en unos días, no te preocupes, todo saldrá bien, luces magníficas, Lucía.

—¡Ah! Por cierto, no es embarazo —agregó Urbina, con un poco de sorna.

—Claro que no —dije asombrada y medio ofendida, con un suspiro alto, como una virgen que de repente ve las nalgas de un hombre por primera vez.

Mamá, por su parte, cumplió con su guion pre establecido e hizo una mueca, como si esa idea jamás se nos había pasado por la mente a estas Milanos que por lo demás somos decentísimas. Era evidente que se sentía muy complacida por mi reacción.

—¡Por favor, doctor, que las Milanos somos castísimas, ya lo sabe!

—Por supuesto, pido disculpas —respondió el Dr. Urbina, arrepentido y mirando hacia la ventana, tal vez pensando que si saltaba desde ese piso nueve podría salvarse de la indignación Milano— Pero es parte de los exámenes que tenemos que hacer. Especialmente con las adolescentes...

—Le informo, doctor, que mi Lucía aún no sabe nada de esas cosas.

—¿De qué, mamá? —pregunté, cándida.

—¿Ve? —inquirió mamá al Dr. Urbina, muy orgullosa de su hija, como si toda la escena hubiera sido verdad.

Pero a pesar de esa pequeña victoria teatral, las dos regresamos a Vista Alegre con cara de derrota: mamá por la falta de respuesta, y yo por los exámenes. Al abrir la puerta de la casa pasé corriendo hasta mi cuarto sin pisar la sala ni ver el balcón. Mamá, desde su teléfono, pidió un par de pizzas que me encantan, tal vez como recompensa por lucir tan fuera de combate.

—¿Y si tu enfermedad es contagiosa, Lucía? —refirió como quien lo ha estado pensando todo el día y en algún momento tenía que sacárselo de su alma— ¿Y si me llega a pasar lo mismo que a ti, hija, en tu cuarto o en la cocina?

—Pues venderemos la casa —le dije, y la idea sonó como si se hubiera caído al suelo la vajilla de lujo.

—Ni en broma —respondió mamá con esa mirada de la que ha visto al demonio o por lo menos lo oyó nombrar.

Arregló la mesa para cuando llegaran las pizzas y al terminar, llegó el cuarto ataque de La Rara.

El más infame de todos hasta ese momento y que anunciaba, sin rubor, otros tan execrables por venir.

Prepárate, Lucía, que esto apenas comienza.

Quizás debería tomarme la mañana y comprarte un regalo, un pastel de cumpleaños, flores o algo que puedas llevar puesto todos los días en el instituto; que sea bello pero que no llame la atención, como si fuera una clave secreta diseñada para salvar al mundo.

No es para menos, Camille de mi vida, porque este jueves vamos a cumplir un año desde aquella definitiva tarde cuando, luego de clases, bajamos a tomarnos una cervecita en el bar de la esquina. No de la esquina de la escuela, porque ahí nos podían ver los alumnos, eso dijiste, y que por cierto fue la primera pista, de las tantas de ese día, que me parecieron temerarias pero sugerentes.

Caminamos hasta que encontramos otro bar, también en una esquina, rechazando alegres los botiquines que estaban a media cuadra o subiendo escaleras.

No teníamos nada planificado.

La idea de ir de copas apareció cuando nos dimos cuenta de que estábamos hablando muy mal del director de la escuela. Y que, si por alguna desgracia de esas que abundan en las oficinas antiguallas de escuela pública, alguien nos oye o el mismo jefe nos escucha, tendríamos problemas mayores ya no en nuestros hogares, como ambos hemos reconocido que tenemos, sino en el lugar de trabajo, que es, para nosotros, la intemperie conveniente, la calle hogareña, el exilio tónico y la guarida útil donde nos escondemos en este escape de la pareja que no odiamos, pero que no queremos.

¿Qué no queremos?

¿Así es?

¿Tan sencillo todo?

¿Ya no amas a tu señor, Augusto Rodríguez, y yo tampoco quiero a mi mujer, Virginia Milano?

Entre nosotros, profesor y profesora del instituto, decir sus nombres da miedo, como si se tratara del apellido del arma asesina, el epígrafe de los motivos, el alias de las circunstancias que nos apuntan.

Porque si en la escuela nos encuentran hablando de más, quedándonos luego del cierre, abstraídos en nosotros, sin hacerle caso a los alumnos y mucho menos a los otros profesores, comenzarán los rumores y las bestias, las habladurías y las cochinadas, las traiciones y los celos sobre el profesor de francés bien casado y engreído, y la profesora de literatura con mal humor pero también parte de un matrimonio perfecto.

Y luego nos harán llegar el papelito amarillo de urgente, con la gota de tinta ensuciando el cuaderno, ejerciendo esa recelosa presión de escuelita en la que trabajamos; un centro educativo tan inanimado y lleno de tiempo perdido, que parece que no es real.

Mejor hablamos en otro sitio, susurraste, mi Camille de Rodríguez, tomándome del brazo para comunicarme la precaución, como quién ha visto un pistolero detrás de la columna o un cuchillero a la cola de la puerta del Salón de Profesores que no solo nos oye, sino que está preparando su arma para silenciarnos de una vez y para siempre.

Lo que tú no sabías era que ese gesto, tanto como el susurro, de por sí excitante, tenían para mí una sensualidad de beso que se da sin que se exprese, como un beso a tientas, como un beso de labios en hilo musical, un beso en cuchicheo lleno de explicaciones gritadas, histéricas, galopantes. Fue un gesto con una voz interior que en la realidad no podemos oír pero que nos aturde en sueños. Un beso en frecuencia baja capaz de electrizar el cuerpo como si se tratara del primer beso de todos los besos de nunca jamás, como ese primer roce que no llega a beso y que termina siendo un triple latido constante en tu corazón.

Así te sentí esa tarde, Camille.

No, no fue el susurro y ni siquiera creo que tuviera que ver. Fue tu contacto sin querer, como si fuera un reflejo, como quien toma del brazo a alguien que está a punto de ser arrollado y decapitado por el autobús de lo habitual, y lo salva, así, porque para eso está ella ahí, para rescatarnos de ese accidente incesante del ácido de lo acostumbrado.

Tocarnos ya había sucedido pero nunca con tantas consecuencias. Dos colegas que se pasan un papel, que se quedan un tiempo extra para terminar una evaluación, intercambiar impresiones sobre alumnos, hablar de política y arreglar con retórica no solo la escuela sino el sistema de educación nacional. Dos compañeros que se ofrecían un café, que se tocaban unas cuatro o cinco veces a la semana o quizás menos, unas cinco veces al mes, sin significado alguno.

Por lo menos nada que tuviera que ver con la razón suave pero salvaje; nada que ponga en peligro aquello que nos refuerza una vida dentro de las cuatro paredes de mi esposa y de tu esposo, lo que ella me hizo para la cena, el resumen del día de tu marido, la tele que vemos los cuatro al mismo tiempo y en el mismo canal, la hora de irse a dormir y hasta los comentarios sobre los acontecimientos del día: los alumnos, las familias, las cosas raras.

¿Eso lo notaste desde la primera vez?

¿En serio?

Recuerdo que no nos saludamos, ni siquiera por educación. Yo venía bajando adormecido por las escaleras del instituto y tú entraste con prisa. Creo que no nos vimos porque además no éramos vecinos académicos: yo enseñé francés en las cielos del segundo piso de la escuela, aislado y sin posibilidad alguna de tener contacto contigo que vives tan lejos y tan escondida en el área de salones de la planta baja; una distancia apenas insalvable, un trayecto que los antiguos no habrían podido desafiar, un viaje de dos plantas que dan una idea de lo enorme e imperecedero que es, desde el *Big Bang*, este universo Pedro/Camille que se expande y se achica y no sabemos por qué ni hasta cuándo.

Tu mano me había tocado el hombro como una advertencia, como para que tuviera mucho cuidado con ese contacto enérgico y seguro de quien ya no tiene dudas sobre lo que va a suceder y lo refleja con gestos que no dejan espacio para preguntas. Tu roce fue duro pero al tiempo rítmico, como si lo hubieras ensayado cientos de veces en una compañía de ballet rusa, como si estuviera siendo filmado para la posteridad, como si el gesto fuera secreto.

Fue cuando me vino la idea:

¿Será que la profesora Camille de Rodríguez quiere irse conmigo hoy a un hotel cercano, quizás al de la avenida La Paz, que aunque cerca de la escuela, ahí se puede entrar desde el estacionamiento sin ser vistos, que para eso lo han hecho así, para que los que se quieren amar no anden mirando por todas partes, temerosos de que el pecado llegue a ojos y oídos de las víctimas reales, que nunca somos los amantes, claro que no, sino los otros, esos a los que queremos menos?

Así decidimos engañar a nuestros conyugues, aunque esa no fue la razón establecida en la huida, sino más bien la huida ocurrió inspirada por sí misma, en esa idea de que si escapamos esa tarde, y más o menos dos tardes por semana, aunque sea por unas horas, fugados de lo que hacemos en las tardes, tal vez entonces el regreso a casa sería más seguro, la cotidianidad más adorable y la tele casi admirable.

Esa primera tarde me contaste la revista de tu vida.

Y no, no me la esperaba tan llena de despeñaderos, decisiones ásperas, entregas infelices, muertes y resurrecciones verosímiles, aunque obscenas.

Tu vida, Camille de Nadie, ni siquiera una Camilla tuya, y tus muchas muertes, me hicieron pensar que yo era así como tú: un profesor de la secundaria cansado de morir ya no de manera natural, sino asesinado, si es que hay alguna otra forma de perecer que no sea esa.

Que aunque habías estudiado para ser profesora de literatura, mi Camille, cuando joven habías sido primero actriz.

Que saltaste de una a otra obra de teatro y hasta bien te iba. Que tenías muchas aspiraciones y sueños, quizás más bien proyecciones de ti misma como si de alguna manera este país pudiera darse el lujo de tener una Meryl Streep.

—Si sucede, esa seré yo —decías.

A los veinte y dos años comenzaste a salir con un hombre de negocios, un tal Rodríguez, que odiaba tu pasión por las tablas malolientes y empobrecidas del teatro público caraqueño. Y fue él quien poco a poco te alejó de tus escenarios evocados y de tu sueño Meryl. Al negociante le gustaba la envidia, sentirla él y apreciarla en los demás; los del teatro no la producían. Así que lo mejor para ti era ir dejando a esos que, aunque parecen adorar lo que hacen, no hay razón real para querer ser como ellos: su entusiasmo y en especial su juventud la percibimos como veneno.

No sabes por qué pero la verdad es que recuerdas al teatro con mucha humanidad. Además, ¿has notado que cada día que pasa estos del teatro son más niños, y que aunque lo hagan con mucha profesionalidad y se les note la experiencia, todos lucen como eternos aprendices, como si estuvieran empezando las clases, con su borra y sacapuntas nuevos, sus caras impúberes, su juventud firme y tenaz?

Sin embargo, decidiste seguir los consejos del que ya era tu pareja, dejaste el teatro y te dedicaste a estudiar en el pedagógico. Una cosa vino con la otra, decías, que si él lo que quería era que dejaras los escenarios, algo tenía que darte a cambio: una seguridad, una moneda de trueque, algo que valiera todas las penas.

Y eso fue el matrimonio.

Un matrimonio, ahora lo sabes, que con el tiempo no tiene tanto valor, no más que el teatro, el ardor, el público y la juventud que no se acaba nunca y que puede ser tan tangible y acariciada.

Mientras me contabas tus recuerdos alegres y esperanzas tristes, bajamos por la calle y cruzamos por la avenida La Paz.

Luego, la conversación giró y se alejó molesta de nuestra juventud y se fue alegre buscando cualquier otra cosa.

Hablamos del amargo director de la escuela, de nuestros iracundos alumnos, de los infelices compañeros de trabajo. Se puede decir que para ese momento ya los dos habíamos decidido que, si uno lo intentaba, el otro cedería y si es posible, si esto no se detiene por nada, y si hay algún detonante, tal vez un poco de exceso fingido de licor que justifique el error de un día, una cosa de la que no hablaremos más, unos tragos que nos cubran con su manto bendito e histórico de impunidad, entonces, quizás, casi que cierto, esta tarde me voy con ella, esta tarde me acuesto con él, que un día no será la infidelidad de verdad ni completa de Camille y Pedro contra tu esposo el negociante Augusto Rodríguez y Virginia Milano la rara, sino algo que, recordado mañana, podría pasar por sueño.

No estuvimos ni media hora en un bar y ya nos habíamos puesto de acuerdo, sin hablarlo, en irnos de ahí.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer, así de repente? —preguntaste inspirada, como si hubieras reencontrado la posibilidad del teatro, como si se tratara del código secreto de una entrada inocente a un palacio de juguetes para niñas, como empujada por la lluvia que nunca se apareció pero que igual nos mojaba—. Se me ocurre que no debemos dejar que se nos acabe la tarde tan pronto y que me encantaría que me llevaras a un hotel y pasar lo que me queda de día contigo.

¿Lo recuerdas?

¿He dejado alguna palabra huérfana o todas están en casa?

Así fue como comenzó esta historia de dos tardes por semana que se repitió durante todo el año, si no había de por medio esposo con urgencia, ni esposa enferma, ni familiares con fiestas, ni marido que ha inventado una salida sorpresa, ni Virginia que necesita que le lleve al médico, ni hoy quiero ver un programa de la tele contigo, ni me pasé todo el día haciéndote una comida especial, ni esta noche me creo muy sola, no me dejes que me siento rara.

Y en todos estos meses, cuando suspendíamos una tarde, entonces era la del día siguiente cuando se repetía la historia de la traición.

Por alguna razón, los días imprevistos daban más culpa.

Tanto, que hacíamos todo lo posible para no suspender nuestras tardes acordadas.

Porque el sexo que tocaba recuperar por cancelación involuntaria llegaba con nuevas formas y maneras para expresar la pasión y el arrepentimiento, con instrumentos de placer, improvisaciones extravagantes y fantasías descarriadas seguidas por una larga y peligrosísima cadena de mensajes telefónicos, correos electrónicos, sugerencias rápidas y en susurro por los pasillos de la escuela que presagiaban otra tarde de extremos con heridas, rasguños, mordidas, y hasta un pie fracturado, como me llegó a suceder.

No te rías Camille, porque sí, fue tu culpa.

Es que pierdes el control, ya lo sé.

¿No eres tú la que lo pierde?

¿Soy yo? ¿O alguna otra que eres tú?

¿La teatrera Meryl Sin Rodríguez, que pudo haber sido y no fue?

No pongas esa cara que en francés no suena tan mal.

l'artiste qui a pu avoir été et n'a pas été

Yo, que poco veo los calendarios, recuerdo que lo pensé mirando el del baño: esto no pasa de diciembre.

Por lo de las fiestas y las culpas, que para eso son.

Sin embargo, un año cumplimos con estas noches de hotel escondido que por lo demás parece que llegan envueltas de una fina capa de papel celofán que permite ver las formas del desfallecimiento sin dejar traspasar los destellos de la culpa de este acto sexual que a veces llamamos *amor*, pero que es impúdicamente físico y que ni siquiera tiene que ver con el placer sino con la seguridad de hacernos ver que, con el fin de los jadeos y el comienzo de las poses, con los abrazos agobiantes y los gritos feroces, de alguna forma estamos viviendo.

Y con la pasión, ahí está el comentario cotidiano de nuestros matrimonios: que si tu marido esto, que si Virginia aquello, las amigas, los amigos, las aberraciones que hacen nuestros alumnos, para llegar al tema judas y oscuro de la infidelidad: denigrar sin límites de nuestros conyugues.

Tú más que yo, Camille, la verdad mucho más que yo, porque a Virginia he tenido que inventarle historias mordaces para poder compararlas con las de tu hombre de negocios, más o menos hijo de puta, según aseguras.

No, si yo de la verdad no me quiero enterar, Camille.

De eso se trata todo esto. ¿No?

Ahora que te lo digo, lo entiendo.

Que es en esos momentos en que tú me sacas los trapos más mugrientos de tu marido que a mí me asaltan los recuerdos también más roñosos.

—Anda, Pedro, cuéntame lo asqueroso. Algo de tu vida antes de Virginia. Cuando eras joven, cuando andabas de niño. Anda Pedro, tu vida cuando había tantas esperanzas.

Y así fue como comencé, cariño mío, a contarte mi historia de Sótanos y Sotanas.

Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Virginia, jamás a Virginia, quizás porque no sabía cómo reaccionaría ella a la naturaleza criminal de lo que sucedió.

Ni a mi mejor amigo se lo conté en la peor de las borracheras. Y ni siquiera tuve el valor de confesármelo a mí mismo luego de sufrir ataques de llanto por horas sin saber por qué.

Pero fíjate que a ti te lo conté rápido y sin mucho de rogar en nuestro Hotel La Paz, antro de caricias que por lo demás se parece mucho a una mazmorra y en el que, creo, hemos estado en todos los cuartos. Por lo menos en los de una sola cama y con jacuzzi incorporado. Un sitio en el que hemos quedado tantas veces en un año y que esa tarde, sin que lo sepas y sin que yo te lo diga, sería la última vez.

Una última vez con la piel untada y con las gargantas secas,
porque pensaba dejarlo todo por ti. Irme contigo. Vivir tu vida
y no la de Virginia, que tanto me agota.

—Déjate de excusas y cuéntame ya.

—¿Mi historia secreta?

—Tu crimen secreto.

—Muy bien. Aquí va.

El ataque más amargo de La Rara fue en mi dormitorio, en mi cama, abrazada a mi almohada, es decir, en pleno centro de mi universo.

Entrenada por el dolor, y antes de que empeoraran los síntomas, con la primera punzada en la cabeza y previo al vómito, salté rápido y corrí fuera del cuarto.

Como esperaba, La Rara se detuvo.

Sin decir nada fui hasta el cuarto de mamá.

Ella, llorosa, tampoco quiso pronunciar palabra. Automática sacó su teléfono y llamó al Dr. Urbina, pero era tarde y no lo encontró en su consultorio. Volvió a su cuarto y me miró. Yo quería llorar, pero estaba muy agotada. Nos vimos por un rato largo, con mucha compasión: yo triste por ella, por lo que tenía que soportar; y ella conmovida por mí, porque quedaba claro que estaba sufriendo sin resistencia. Mamá sabía que su hija única, si bien altanera, no tenía la personalidad para entablar lucha alguna contra una enfermedad rara que, a todas luces, era muchísimo más fuerte que yo, que ella, y quizás que todo Vista Alegre, el Centro Médico San Bernardino y la ciudad de Caracas entera.

Finalmente, mamá suspiró, me regaló una sonrisa y rompió el silencio acogedor.

—¿Te llevo a emergencia?

—No, ya me siento mejor.

—¿Qué hacemos hija?

—Nada —le dije con tranquilidad, como una profesional que todo lo sabe—. Agregamos mi cuarto a la lista y ya: no puedo estar ni en el balcón, ni en la sala, ni en mi cuarto. Por ahora dormiré en tu cama, ¿te molesta?

—Para nada.

—¿Y si luego me sucede aquí también? —pregunté, aterrada.

—¿O en los dos baños? —agregó mamá, casi en broma.

Y nos reímos pensando en las ridiculísimas posibilidades que se presentaban si tenía que utilizar otro espacio de la casa para poder hacer mis necesidades.

—¿La cocina?

—Para aliñar la comida.

—¿Las escaleras?

—Podrías hacerlo en cada uno de los escalones.

—¿La puerta principal?

—Como para mantener la casa perfumada.

Nos burlamos un rato pero luego confesé que no tener el baño disponible era uno de mis grandes terrores. Ahí paso horas: es mi trono, mi sitio privado conmigo misma, donde me encanta revisar mis redes sociales, hablar por teléfono, mirarme por horas en el espejo. Se puede decir que el baño es mi recinto privado.

Mamá, las poquísimas veces que entra ahí, lo hace para asegurarse de que todavía el lugar existe. O que yo no me he muerto sin bajar el váter.

Lo primero que se me ocurrió fue que el baño más cercano estaba a tres calles de la nuestra, en la casa de mi tía Virginia *El Ejemplo*, esa otra rara Milano. Pero ahí nunca hay nadie o todos están durmiendo y seguro que en plena urgencia me quedaría en la puerta haciendo las inmundicias.

—¿No tendrá que ver? —dije como quien encuentra la respuesta a todas las angustias de la civilización occidental.

—¿Qué?

—Que mi tía Virginia también es rara.

—No digas eso que ella no es rara. Un poco desconectada, es todo.

—Quizás se trata del gen raro de la familia Milano. Porque aunque papá es bastante normal, también tiene sus cosas extrañas. Tú misma, mamá, lo has dicho varias veces. Lo raro, rarísimo que él era cuando vivíamos todos juntos antes de su fuga francesa; que si su fijación por ver la tele de noche; que si roncaba como si llorara; que si la forma como se le caían los

pantalones; que si sus chistes sin gracia de los que él se reía solo. Eso es raro también, ¿no? ¿Y el abuelo Milano? ¿No era también extraño? ¿De qué murió? ¿Del corazón? ¿Pero era un corazón raro o qué?

Mamá y yo suspiramos entre riéndonos y complacidas con mi enumeración caótica y anormal. Al instante se me fue toda la gracia y, para evitar llorar, hablé en serio.

—¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué tengo una enfermedad rara?

—No lo sé, cariño, pero genético no creo que sea. Aunque para raros y fantásticos, tienes a los Milanos. Vamos a ver:

La familia de tu padre, aunque Milanos, no son de Lombardía sino que vienen de un pueblo del Umbria italiana que se llama Todi. O eso me contó tu abuelo, que para inventar sí que era un artista. Lo busqué una vez en un mapa y aparece. Dicen que ahí viven mujeres muy bellas y aguerridas que saben montar muy bien a caballo. De los Milano de Todi, hasta donde me he enterado, solo tu bisabuela, Camille Milano, era rara. Pero eso lo sé de oídas porque yo nunca la conocí. Parece que murió en un accidente equino. Cuentan que buscaba huir montada sobre un caballo que, sin que ella lo supiera, había sido entrenado para detenerse, a la velocidad que fuera, en la frontera del pueblo, en plena *Via della Victoria*.

La Camila, hastiada de su vida de mujer casada de Todi y muy enamorada de un músico de Perugia, decidió desertar a su marido, tu bisabuelo Augusto, y sus siete familias Milano, y se arrancó una tarde de domingo desaforada, galopando como si volara. Pero antes de pisar la *Via della Victoria*, el caballo se detuvo y la abuela fue a parar contra un par de árboles que la desnucaron.

Fíjate que ahí tienes una referencia genética para tu estado actual raro: huir.

Tu bisabuelo luego se volvió a casar dos veces, y tengo entendido que fue abandonado tres veces más, siempre a caballo, mira tú qué terquedad la de las mujeres de Todi.

Pero a tu abuelo, Luigi, sí lo conocí.

Fue el segundo de los hijos de Augusto El Desertado y la desnucada Camila. Se vino para Venezuela de paseo y aquí se quedó viviendo. En la isla de Margarita primero, donde hizo fortuna con una tienda y luego en Caracas. Aquí conoció a tu abuela Luisa, Luigi y Luisa, hay quien dice que se quisieron solo porque sus nombres eran parecidos. Tuvieron dos hijos: tu tía Virginia y tu padre, Alexander. De los dos, extraña o inexplicable, es solo la tía Virginia, aunque tu papá tenía unas manías que le hacen competencia, si lo sabré yo.

Y ahora que hago esta revisión mental de los Milanos, tu abuela Luisa es también más o menos rara, ¿no crees?

Sí, pasa por una persona correcta, es verdad, pero inventa cada historia de una vida que no vivió: que si pasó décadas en Washington, que si tiene otra familia en Alexandria, que si hizo un post grado en Georgetown. Cuando le hacemos caer en cuenta que nada de eso sucedió, no parece ver problema alguno. Ni siquiera intenta convencernos de sus mentiras.

Los Milanos viven mucho, eso sí, como tu abuela Luisa. Y que yo sepa no tienen enfermedades mortales que se repitan: tu bisabuelo murió de viejo, tu bisabuela de caballo, y tu abuelo del corazón.

—De pronto lo raro viene por ti, mamá.

—De los míos no hay mucho qué contar: los Sucre somos todos de Caracas. Mamá decía que venimos de una familia antigua, de las conocidas, mantuanas parece, quizás parientes del prócer. Pero eso lo dicen todos los que tienen dos generaciones viviendo en esta ciudad. Como nadie es de aquí, me refiero, caraqueños de verdad, pues nos da por creer que tenemos abolengo solo porque no venimos de otro lado. Al respecto siempre le preguntaba a mamá:

—¿Es que acaso en aquella época no había pobres en Caracas? ¿No podríamos ser también de los Sucre pobres, medio mestizos, pintados, manchados o lo que sea?

Ella, claro, rechazaba la idea.

—La piel de leche nos delata. ¡Somos de casta, niña!

Yo no me siento así, claro que no, que eso de *castas* suena a enfermedad contagiosa: si tienes casta, báñate con lechugas y verás cómo se te quita.

Con respecto a las muertes en la familia Sucre, nada qué decir que sea relevante: papá sigue vivo, mi madre murió en un accidente automovilístico. Y mis abuelos por distintas causas: enfermedad respiratoria, corazón, ninguno por nada raro.

Por si acaso, te recuerdo que el prócer murió de disparo en la montaña de Berruecos, en Colombia, y tampoco cuenta.

—¿Entonces? ¿Por qué soy rara? —pregunté, ya a punto de llorar pero no por mi situación, sino por la historia familiar que, intentando aclarar, enturbiaba mucho más.

Mamá saco su portátil y se sentó a mi lado.

Sabía lo que iba a hacer: investigar en internet.

«Enfermedades raras», colocó en el buscador y de inmediato hizo lo de siempre: Dr. Wikipedia.

Me leyó en voz alta:

—Se consideran «enfermedades raras» aquellas que aquejan a un limitado número de personas con respecto a la población general. Se estima que hoy existen entre cien y doscientas enfermedades raras diferentes que atacan entre el 0.1% y 0.3% de la población total. ¡Eres de la élite, mi amor!

Mamá me vio asombrada, se diría que estaba orgullosa.

—Claro que sí, mami. Vivimos en esta parte de la ciudad. ¡Siempre hemos sido élite!

—Deberías estar orgullosa, hija.

Le hice una mueca y le di un golpe para que continuara leyendo.

—Las cuatro enfermedades raras más importantes son... Te las leo de menos rara a rarísima...

Antes de decir cada una, hizo una fanfarria graciosa, tipo concurso de belleza.

—¡Cuarta finalista!: La *Analgesia Congénita*, que es la insensibilidad al dolor. Se trata de una enfermedad en la que el individuo nace normal pero con la incapacidad de sentir dolor.

—Esta analgesia no es lo que tengo yo porque a mí me duele hasta el alma. Continúa.

—¡Tercera Finalista!: La *Apotemnofilia*, un desorden de identidad de la integridad corporal. Se trata de un trastorno siquiátrico muy particular en el que las personas sufren la necesidad de ser amputadas y remover una o más extremidades de su cuerpo o varias partes que están sanas. Hay individuos que también buscan la paraplejia: la voluntad de ser discapacitado.

Mamá hizo un comentario melancólico sobre esta enfermedad; la había visto en una obra en el Teatro San Martín o algo así.

—La apotemnofilia, el deseo de ser amputada. No sé, pero me suena a una enfermedad femenina. —dije.

—Además, inventada por nosotras.

—¡Continúa! ¡Doctor Wikipedia!

Volvió a internet y siguió leyendo.

—¡Segunda Finalista!: *El Trastorno de Morgellon*, enfermedad en la que el paciente siente que tiene parásitos, insectos y otros organismos viviendo, moviéndose, alimentándose y desarrollándose bajo su piel. Como resultado, los enfermos se friccionan todo el tiempo provocándose heridas, sufren de insomnio, paranoia y varios trastornos más a distintos niveles. Aún no se sabe qué es lo que alimenta esta paranoia.

Mamá hizo un gesto de desagrado. Entonces alzó la vista y dijo encantada, como si anunciara el final de un certamen de belleza:

— Y finalmente, la más rara de todas las enfermedades del mundo mundial, es...

—¿La mía? —pregunté ilusionada, pero ella lo negó, con cierto placer morboso— ¡No me digas que no he quedado en el cuadro de finalistas a Miss Rara Internacional!

—Te faltó operarte la nariz y los senos...

—¡Dime! Porque aunque tenga que renunciar a la corona de las exóticas, por lo menos quiero saber cuál es el nombre de mi peor rival.

—¡La Primera Finalista es...! ¡Es! ¡*La Ilusión de Cotard*!

—Suenan horrible la Cotard esa. Seguro que es francesa. ¡Cuéntame! —exigí, renunciando para siempre a la corona de las raras.

—*La Ilusión de Cotard* es una condición que ocurre en pacientes sanos a nivel físico y mental que, de un día para otro, se despiertan creyendo que están muertos.

Nos miramos a los ojos. Sin dudas, no tenía que ver con lo que a mí me sucedía pero quizás esta Cotard era peor. ¿Seguro que es una enfermedad? ¿No será una metáfora? ¿No lo son acaso todas las enfermedades?

—Bueno —terminó diciendo mamá— esta Cotard no es nada rara de verdad. Yo misma la sufrí cuando tu padre llegaba entusiasmado a la cama luego de un par de días sin bañarse.

—Y por eso el divorcio, ya lo sabemos desde hace diez años los miembros sordos de tu audiencia.

—Por eso y porque me dejó por la Cotard, que además de ilusión, era más joven y bonita.

—¡Y francesa, la muy perra!

—Eres un encanto.

Al terminar de reírnos, pregunté en serio.

—¿Y si es la casa? ¿Y si la casa me enferma?

—En unos días sabremos lo que tienes y si hay que salir de esta casa, pues de aquí nos iremos. Mientras tanto, duérmete, que luces fatal —terminó diciendo ella con un cariño extraordinario y valiente.

Nos abrazamos y cuando salió del cuarto me quedé viendo al ventilador en el techo. Pensé en las vueltas que habría dado desde que lo compramos y en que si habría alguna forma de saber cuántas ha hecho desde que comenzó a funcionar, como con las impresoras o los vehículos que llevan un medidor interno de copias y kilómetros.

Y antes de quedarme dormida, adivinando la cifra astronómica de vueltas del ventilador, pensé en que todo esto tendrá que ver con el universo y conmigo; un infinito incontable, una inmensidad que no podemos medir.

El mapa de lo inacabable.

La guía de lo que no tiene fin.

La más rara de las raras.

José Antonio llega otra vez tarde al Centro Médico. Quizás este no sea el momento de poner sobre la mesa de la directora de Recursos Humanos la idea de que se tiene que ir de ahí, que renuncia, aunque no de inmediato, pero pronto.

¿Qué se dice en esos momentos? ¿Debería dar una explicación amplia, contarle toda la historia? De pronto, con simpatía y drama podría sacar algún beneficio. No sabe cuál, pero por las buenas siempre le ha ido bien.

Seguro que tendrá que escribir una carta de renuncia. Y eso, ¿cómo se hace? Y ¿Podrán reemplazarlo? ¿Y eso cuándo será?

No, no sabe cuándo. Pero debe ir tomando precauciones. Después de todo, su trabajo en el Laboratorio es vital, vaya si hay vidas que dependen de él.

Pero ese día, llegando tarde, no podrá dar la noticia de su partida. Tendrá que hacer un esfuerzo y llegar temprano, tal vez esa misma semana o la que viene. Dicen que eso hay que hacerlo a final de mes. Tendrá que esperar otros treinta días... Y si luego llega tarde otra vez... Es decir...

¿Será que en realidad él no se quiere ir de ahí?

¿Qué sin pensarlo, lo pospone de manera deliberada?

Casi que se responde en voz alta: ¡por supuesto que no se quiere ir!

A José Antonio le encanta su trabajo. Lo disfruta como pocos. Cuando llega al hospital, luego del viaje fatigoso y deprimente desde su casa hasta La Trinidad, comienza a sentir una emoción exaltada, un estado eufórico tan desatado que le obliga a hacer esfuerzos para que sus compañeros no se den cuenta. Sin embargo, la cara sonriente, el caminar dando saltitos, los saludos amorosos con el personal y hasta los pacientes que no conoce, revelan su estado de ánimo en el centro asistencial.

Y es que nunca es tan feliz como cuando está trabajando.

Raro privilegio, le han acotado, no sin envidia.

Cuando llega al 7mo piso y encuentra su laboratorio 702 en el Centro de Diagnóstico por Imágenes, siente como si estuviera entrando a la oficina central del mundo destinada a la curación de todos los enfermos del planeta. Ahí es donde se detecta lo malo, donde se encuentra lo oculto, donde él ayuda a la recuperación de los demás.

Eso es. Si hay alguien en este universo que le gusta ser Técnico Superior en Imagen, ese es él.

Y vaya si esa es la cima de su vida, porque José Antonio ha hecho y ha querido ser de todo.

Cuando era adolescente se entusiasmó con ser abogado. La idea lo sedujo luego de ver por la tele una serie de estudiantes de derecho. Le parecían tan inteligentes, los profesores tan sabios, todo en un ambiente de universidad gringa hermosa, con debates sagaces, con pasiones comedidas, como si antes de hacer cualquier cosa había que tener pensamientos profundos.

Pero su primer trabajo no fue en tribunales sino como vendedor en una tienda por departamentos. También ahí se sintió en serie de televisión, aunque con menos encanto. Recuerda que adelgazó mucho y salió enfermo.

De vendedor pasó una temporada sin hacer nada. Fue su época de joven despreocupado. Su mamá aún estaba sana, aunque ya presentaba síntomas de esa enfermedad que ninguno de los dos adivinaba sería tan grave.

Como un amigo hacía diseños de marketing, entonces a él también se le ocurrió dedicarse a eso. Pero pronto se dio cuenta que había oficios que requerían, además de saber cómo se hacen, un tipo de habilidad, algo invisible que no se aprende sino que se tiene. Una capacidad, un superpoder que para los diseños él carecía.

Era, lo que llamaban, *talento*.

En ese momento se dio cuenta de una de esas verdades de la juventud que, como el descubrimiento de la muerte, te

parten dos, te descuartizan a pedazos. Y esa verdad es que no bastaba con que te gustara hacer algo, que le dedicaras tiempo y pasión, que sacrificaras todo por eso. Hacía falta algo más que no dependía de ti. Que lo tenías o no.

El maldito talento, lo definió.

Lo que para su amigo era un trabajo fácil que realizaba en poco tiempo, para él eran tormento de días, a veces semanas, con un resultado mediano, más bien mediocre.

¿Cómo se hará uno con un poco de talento?

¿Cómo se obtiene?

Buscándolo, se le metió en la cabeza que podía tocar la flauta trasversa. La vio en una vitrina de tienda de música y le pareció un instrumento hermoso, como un bastón luminoso para poder caminar por las calles grises de su barrio, como un bote en el que un joven como él se podía montar y navegar por los ríos y mares indómitos de la salvación.

O por lo menos, un refugio en forma de palo.

Pero hizo la prueba en la escuela de música y resultó que no tenía oído.

De nuevo, el talento. Ese cruel elemento invisible, fantasmal, que rompe a las personas, que te mira a los ojos y te diluye, que te esquivo sólo para que lo persigas y la vida se te vaya en la búsqueda.

El talento era, pensó, una cosa del demonio.

Quiso entonces ser deportista, pero terminó como barista. Una vez pensó en ser pintor, pero se conformó con ser taxista.

Fue por esos días que vio un póster que promovía clases de técnico patrocinadas por el gobierno. Eran estudios cortos, de dos o tres años, con financiamiento público. No se requería talento -gracias a Dios o al diablo, según se mire- solo disposición y juventud.

Y esas dos sí que las tenía.

De las alternativas, le pareció interesante el curso que formaba electricistas.

¿Por qué no?

Ahí aprendió a crear circuitos elementales pero populares y a manejar la corriente eléctrica como si fuera agua, poniéndola a correr de un lado para otro de manera segura. Al terminar el curso encontró trabajos que, de pronto, se les hizo muy fácil hacer: montar lámparas, arreglar lavadoras, televisores, hacer toma corrientes, y colocar enchufes en los sitios más difíciles e insólitos.

En una oportunidad un colega lo llamó como electricista asistente para un trabajo grande y urgente en un hospital. Había que reparar y luego trasladar a un nuevo laboratorio un escáner de Tomografía. No tenía ni idea de lo que era, pero el amigo, Técnico Superior, necesitaba que él solo se dedicara a la instalación eléctrica para el nuevo espacio. Y aunque José Antonio hizo su trabajo rápido, igual pasó más de día y medio con su amigo reparando la máquina grande, aprendiendo de él. Cuando lograron poner a funcionar el inmenso escáner, vio la cara de júbilo de enfermeras y doctores del consultorio, y eso lo hechizó como si fuera el primer aplauso que recibe un actor sobre el escenario, como los vítores de un público agradecido.

—Con esto salvaste una vida —dijo la enfermera bonita, como si hubiera sido él quien lo había hecho todo.

Y ahí comenzó.

Salvar vidas, como un bombero, como un rescatista, como un médico. Tal vez esto de las máquinas para salvar gente sea mi talento especial, mi habilidad de superhéroe, la respuesta a la pregunta que no dejaba de hacerse.

¿Para qué he vivido hasta ahora?

¿Qué talento tengo yo?

Hizo un curso especializado en máquinas y equipos para hospitales. Se graduó como Técnico y luego realizó otro curso de actualización y especialización que lo subió a Técnico Superior. En ambos cursos él fue siempre el mejor, tratado como alguien que ciertamente poseía un talento especial, una habilidad notable, como el que oye las notas de la música que otros no pueden, como el que diseña la belleza en unos minutos

y sin esfuerzo, como el que hace fácil lo difícil porque tiene una destreza rara que los demás carecen.

José Antonio se sintió en camino.

Hizo una pasantía en un hospital público donde, además de estar a cargo de la máquina de resonancia magnética, mamografías, y hasta la de Tomografía, también las reparaba, como si fuera un mecánico. Logró poner a funcionar un Eco y dos PET-TAC que estaban dañados desde hacía un par de años y eso le ganó fama entre el mundo de los técnicos en equipos de hospital.

—Eres de los que opera y arregla. Como un cirujano.

Su supervisor lo invitó a irse con él, con mejor sueldo y equipos, a una clínica privada, la mejor de la ciudad. Y así llegó al Centro Médico La Trinidad.

José Antonio corre por el pasillo principal y va directo al cuarto de personal. Ahí mismo se cambia de ropa. Lo hace muy rápido, en eso nadie le gana en todo el hospital.

—A lo Flash Gordon —le gusta decir— Nadie puede conmigo.

—El día lo tienes ocupado y estás llegando muy tarde —advirtió su jefe, el Dr. Tamayo, una eminencia en el Centro Médico. Tamayo le tenía paciencia y aprecio, pero se mostraba decepcionado con las tardanzas de José Antonio.

—Disculpe, doctor. Ya sabe que vivo...

—Sí, vives lejos. Pero debes llegar antes. ¡El hospital es horario!

Aunque ese día no lucía tan difícil para el laboratorio. Apenas tenían dos vesículas, tres riñones, cinco fracturas, nada excepcional. Pero su presencia era muy solicitada. José Antonio era considerado una póliza de seguro que tranquilizaba a todos en el centro médico, como si sólo porque él estaba ahí, los aparatos funcionarían bien. Y si algo se dañaba, fuera equipos de su laboratorio o máquinas del cafetín, José Antonio podría arreglarlo.

El talento, así, sin más, decía.

Cuando lo deja Tamayo, corre al laboratorio. Pasa al lado de dos enfermeras que lo ven y se ríen de él.

Nada especial. Siempre se ríen de él. Cree que es por el pelo largo, su forma de caminar y también porque llega tarde.

Las oye hablar en secreto, aunque ellas parecen querer que las escuche.

—Pero, ¿tiene novia?

—No, no tiene novia.

—¿Será raro?

—Raro... ¡Eso seguro!

¿Yo, raro?, piensa.

Vaya, ¡lo que me faltaba!

Si yo soy el tipo más común y corriente que existe. A mí lo raro no me va. Ni siquiera me cae bien. Lo raro no me gusta. ¿Novias? Ni hablar. Ni dinero, ni tiempo, ni siquiera ganas.

La última fue Daphne, y de eso hace ya varios años. Ella fue una compañera de estudios que siempre lo llamaba para hacer locuras. Con Daphne pisó por vez primera un hospital y en ese momento nunca pensó, ni remotamente, que un lugar como ese sería un lugar de trabajo tan apreciado y querido por él.

A la emergencia llegó ese día con Daphne debido a un dolor agudo en la pierna. El doctor, con solo verlo, y hacerle un par de preguntas, lo diagnosticó:

—Tienes una neuritis. Nada serio. Toma analgésicos por unos días. Pasará.

—Pero doctor ¿por qué sucede eso?

—En los jóvenes de tu edad casi siempre es por exceso de sexo.

Daphne escondió la cabeza, mirándolo como quien busca compartir la culpa.

—No se preocupen, sigan haciéndolo, pero con tranquilidad. La ecuación es simple: *pausa, sexo, pausa*.

José Antonio y Daphne repitieron la ecuación con solemnidad mística, como si se tratara del secreto guardado por una leyenda antigua; tres palabras que, juntas, salvarán al mundo el día en que todo esté a punto de desaparecer.

—Pausa, sexo, pausa.

El doctor recetó también antiinflamatorios y les pidió que por favor, de ahora en adelante, no ocupen las emergencias por problemas tan domésticos.

Esa frase de su primer doctor la repetiría él ahora infinidad de veces como Técnico Superior en Diagnóstico de la Imagen, pero con mejor tono y gracia.

Para el momento en que su mamá comenzó con los síntomas más fuertes de su enfermedad, José Antonio dejó de pensar en novias, Daphne, y la neuritis producida por el sexo sin pausas. Prefirió concentrarse en ganar dinero y pagar los costos de tratar a su madre.

Cuando llega a su lugar de trabajo, prueba que las máquinas están funcionando bien, y recuerda que aún lleva su teléfono con él. No debe hacerlo, los teléfonos móviles pueden interferir con las máquinas, él mismo se lo dice a los demás con ese tono de sabelotodo que le encanta tener. Pero, a decir verdad, se le olvida.

Cuando toma el teléfono para guardarlo se da cuenta de que ha perdido varias llamadas de su madre.

Y que aún le quedan ocho horas reglamentarias de trabajo.

Y que, para volver a casa, serán otras dos más de camino.

Sí, ya viene siendo la hora. Debe dejar ese trabajo que ama tanto. Abandonar la salvación de vidas para salvar más bien la de su madre. Y, de alguna manera, la suya también.

De pronto, piensa, también hay que tener talento para renunciar en el momento indicado, con facilidad y hasta gusto.

Ese talento, claro, tampoco lo tiene él.

9, *Pedro y Tomás*

Te podría hablar, por ejemplo, de Tomás.

Un hombre bastante horrible.

Lo era y lo sigue siendo, porque lo volví a ver hace apenas unas semanas cruzando la avenida La Paz y luce igual que antes: regordete, con los dientes amarillentos y brillantes, baba colgándole de la barbilla con sonrisa diabólica, como si fuera uno de esos personajes infernales pintados en los sótanos de la iglesia de mi colegio.

Pinturas en la pared y en los vidrios que, por sangrientos y pornográficos, estaban ahí para ser vistos solo por los padres y jerarcas del instituto católico donde pasé cinco años de minucioso asombro.

Sótanos y sotanas, así podría llamarse la película que algún día haré sobre mí y en especial sobre mi niñez. Sotanas que te llevaban de la oreja al sótano, que te arrastraban gritando y llorando por aquellos pasillos cavernosos tapizados por figurines impuros. Una película de premio y festival sobre sacerdotes que antes de pegarte con una regla que sostenía doce clavos, *los apóstoles* le llamaban, rezaban, los muy hijos de puta, que así se dicen y son.

Rezaban no por mí, que ya estaba condenado por los apóstoles oxidados a recibir los doce golpetazos en los brazos y otros doce en la espalda, sino para que Dios los perdonara *a ellos*.

Plegarias que además son muy oídas, según confirmaron luego las eminencias de la iglesia porque, hagan lo que hagan, las sotanas gozan de acceso privilegiado a las solicitudes para la salvación.

Sótano de su oficina y sotana de Tomás, a quien de repente vi cruzando por la avenida La Paz así sin más, como si esas aceras fueran suyas, como si él pasara por un hombre normal

sin pasado, sin contacto conmigo, como uno de esos que andan por ahí sin saber quién soy yo.

¿Será que somos así?

¿Y que los otros nos ven por la calle como si fuéramos uno más y no estos únicos que somos, copias irrepetibles y distintas con los que el mundo, o por lo menos la realidad, debe contar para su existencia?

Aunque te confieso que hoy sí me siento especial luego de estos minutos, más bien casi una hora de sexo espectacular contigo, Señora de Rodríguez.

Cincuenta y siete minutos con tu cuerpo a mi lado, resbalándome sobre tus pechos aceitosos y aún levantados, a pesar de que la emoción ha pasado tres veces, según mi cuenta.

Por eso me agobia que después de esta experiencia salvaje con una mujer como tú, me pidas que te cuente mis recuerdos de niño y resulta que el primero que llega es el del Padre Tomás y los sótanos y sotanas del colegio San Agustín.

¿Qué pensarás de mí?

Seguro crees que estoy mal de la cabeza.

A mi edad, después de tener este sexo de agitación, y luego de besos, caricias y palabras repetidas, resulta que el primer pensamiento que me viene es el del Padre Tomás, mi peligroso maestro del primer grado de primaria.

Me gustaría poder decirte que tienes que comprenderlo, porque detrás de toda historia negra trágica de cura abusando niño, hay referencias criminales pero teológicas amparadas por ese poder sobrenatural que todo lo ve y puede, y mira que puede y jode.

Pero nada de eso.

Nada justifica que luego de esta pasión descontrolada, de matar al tigre, al león y a todos los animales feroces, esos monstruos de la culpa que acosan a un hombre casado como yo, salga ahora con esta fijación de sotanas, sótanos, y el padre Tomás

Raro. ¿No?

Sí, tendría unos seis años cuando el padre me molía a golpes pero he olvidado lo que me hacía *en concreto* en su cuarto de retiro.

Aunque recuerdo muy bien el sitio, cómo estaban distribuidos los muebles, el color de las paredes y en especial los dibujos impuros. Eran como pornografía pero santa: cuerpos desnudos, torturados, penetrados por minotauros, besándose entre ellos. Cristianos con soldados, fariseos con romanos, todos musculosos con pelo largo ensortijado, barba y vello por todo el cuerpo. A veces los besos parecían más bien mordiscos porque se rompían, se laceraban y los santos lucían ensangrentados desde la boca hasta el pene, rayándose los cuerpos desprovistos, como si se resquebrajaran, como si hubieran sido deshilachados por una fuerza bienaventurada que, luego supe, era el sexo entre miembros de la iglesia.

Pero, *en concreto*, no recuerdo lo que me hacía.

Lo imagino pero no lo tengo presente.

Me veo, eso sí, de rodillas y en penitencia. Y su voz monótona como el rezo y con las mismas palabras que se le señalan a Dios:

—De alguna manera tienes que aprender, Pedrito, sobre los castigos del cuerpo y su relación con el alma. Que hagas lo que hagas, aunque creas que Dios no lo sabe, pues lo sabe. Está en todos lados: ¿ves esa gota de agua en el lavamanos?

—Sí.

—Ahí está Dios. ¿Ves ese insecto que vuela y que apenas se nota cuando pasa por la portilla marrón?

—Sí.

—Pues Dios está en ese insecto. ¿Ves mi cuerpo?

—Sí.

—¿Adviertes mi torso? ¿Ves mi miembro, que ahora te parece más grande de lo que pensabas que era, más grande y vellosa y hasta feo que el tuyo? Pues en esto, que nunca mostramos y que te parece tan horrible, también está Dios. Y Pedrito, entiende que de todas maneras te sucederá tarde o temprano y es mejor que lo conozcas todo conmigo, en la casa

del señor, con Dios de testigo desde la gota de agua, el insecto y esto que quiero que conozcas bien.

—Sí. No. Mejor no.

—Claro que sí, Pedrito. Confía en mí. No son muchas, a ver, comenzamos primero por la posición más popular y de ahí seguimos. ¿Sí, Pedrito? ¿Te atreves? ¿Te atreves a guardar un secreto de Dios y mío?

Y hasta ahí llega mi memoria.

No sé nada más.

Ni siquiera estoy seguro de que pasó algo o que, si me interrogas frente a un juez, no me lo he inventado todo.

¿Ya no quieres saber nada más sobre mis recuerdos de niñez? ¿Ya no crees que fui un niño muy tierno?

No pongas esa cara, que en francés no suena tan feo:

Me j'obligeais à se mettre moi de genoux

No te culpo, mi bella Camille de Rodríguez, que a decir verdad yo no debería hablarte de estas cosas, así como tú ya no me hablas de tu marido. O del que será tu próximo ex marido, que eso es lo que quieres o tienes ganas de que sea según me has contado tantas veces. Que si no fuera tan caro y complicado te habrías divorciado hace tres años, cinco meses, dos semanas, cinco días, catorce horas, veinte minutos, doce segundos. Así me lo has explicado como quien con estos números deja todo claro y oficial, con los sellos respectivos del Ministerio del Poder Popular para las Infidelidades, Divorcios y Crímenes del Corazón.

Y después de la separación acostarte sin trasgresiones con el profesor de francés dos tardes por semana en este hotel de gusto extravagante en plena avenida La Paz; local nauseabundo montado sobre un edificio mal construido y con pretensiones helénicas lúgubres, con estatua gordinflona, fuente quebrada, Partenón dibujado y hasta Atenea desnuda lanzándote besitos desde el techo de la habitación.

¿Has notado que en todos los cuartos hay un dios griego dibujado en pose porno arrojando besos?

Te juro que las veces que los he visto se me han bajado las ganas.

Sí que eres graciosa, que en vez de dioses griegos lo que a mí me excita son los católicos.

Chistoso pero cantado.

Reconoce que la broma estaba más o menos lista antes de que yo terminara la frase anterior.

No tiene méritos, Camille, profesora de literatura fundida, aunque te agradezco que la historia de los sótanos y sotanas te la hayas tomado así, con sorna, que es además como me la he tomado yo.

Fuera como fuese, aquel niño ya no soy yo.

Y no, no hay trauma.

Quizás yo sea un poco raro, como dices, pero seguro que no es por mi historia de niño violentado, aunque yo no recuerdo más violencia que la de la regla de los doce apóstoles y ya.

Y ahora, Camille, la pregunta feroz de la tarde:

¿Por qué ahora recuerdo lo que me hizo el Padre Tomás, así como también me hicieron otras sotanas como el Padre Efraín y Padre Fernández, en los sótanos de mi colegio apostólico y romano?

¿Lo sabes?

¿Será por ti o por mí?

Mejor que no seas tú. Aunque tal vez sí, es por ti, pero como una proyección de ella, de Virginia. Tú mi Virginia buena, propia, nada rara, carnal, viva, pletórica.

Y con la seguridad de que se acerca la hora de irnos, te digo o más bien te anuncio, como quien hace Historia:

—Hoy voy a casa y le pido el divorcio a Virginia.

Je ferais mieux de rentrer à la maison et de demander le divorce en Virginie.

¿Te gusta?

No es que quiera llenar el espacio del cuarto con palabras, de esas dichas muchas veces y que de tanto uso quedan bien, ajustadas, cómodas, casuales.

—Has puesto otra vez esa cara —me dices.

—¿Cara de qué?

—Como si la puerta de tu casa da a un espacio oscuro que te enseguece.

—¿Como la muerte?

—No sé cómo es la muerte, yo nunca me he muerto.

—¿No? ¡Qué raro! Porque yo lo hago todos los días.

—Y hoy, que has decidido dejarla, ¿también?

La verdad es que mis muertes comenzaron entre sótanos y sotanas pero también en este cuarto de hotel. Mi muerte es este mismo momento pero con la figura del Padre Tomás o la tuya Camille, tomándome del cuello y repitiendo:

—De alguna forma tienes que aprender, Pedrito. ¿Puedes guardar un secreto de Dios y mío? ¿Lo puedes hacer?

No me pongas esa cara, Camille, que en francés no suena tan feo:

Peux-tu garder un secret de de Dieu et de le mien ?

Peux-tu faire?

Por unos días no sucedió nada nuevo.

Más bien me lo pasé de lujo, comiendo en restaurantes con mamá, viendo tele con amigas, a veces olvidando por horas mi situación rara.

Pero de pronto, un día común y corriente, de esos que parecen repetición, copia aburrida, día sin sal, sin nombre ni apellido, separado de mis debacles raras por semana, un día que por lo demás comencé ocupada en reflexiones sobre si era posible enumerar el infinito, La Rara reanudó sus ataques que además continuaron escalando, feroces.

El quinto me atrapó en el estacionamiento de mi residencia y desde entonces tengo que esperar a que me recojan en plena Calle 5.

El sexto fue dentro del Honda Civic de mi tía, que igual yo detestaba, pero que tampoco era para dejarlo vomitado en la tapicería y las alfombras.

Ahora monto en taxi para moverme hacia cualquier lado, en especial para ir hasta la clínica en San Bernardino, que es el trayecto que asumo automática en todas mis salidas.

La séptima arremetida sucedió en el ascensor de la Universidad, lo que me obliga a subir y bajar todos los días los ochenta y cuatro escalones desde el piso seis hasta la planta baja. Nada de ascensor, de estacionamiento, ni de Honda Civic de tía, nada de balcón, sala, ni dormitorio propio y luego, nada de caminar por la acera izquierda de la Calle 5 después del octavo arranque de La Rara.

Decidimos realizar otra vez los análisis, uno por uno, los mismos de antes pero con más profundidad. Más pinchazos, laboratorios, máquinas y analistas experimentados buscando pequeñas variables que podían haber pasado desapercibidas.

Comenzó así una etapa de aumento de la enfermedad, tanto en intensidad como frecuencia, como si La Rara estuviera

consciente de que la estábamos buscando y eso la excitaba más.

Además, los efectos internos se hicieron más agudos y repetidos: dolores de cabeza, náuseas, y desmayos inmediatos como si de repente alguien me desenchufara del toma corriente de la pared y ahí me quedaba, inanimada pero aterrada y sin fuerza, perdida en el laberinto involuntario de La Rara.

A los momentos de embestida se agregaron otros dos síntomas inaguantables: sangramiento, una vez por los ojos, y taquicardia con dolor.

También empezó una expansión física en el área que afectaba La Rara. Si antes se reducía a lugares cerrados, ahora abarcaba espacios más amplios, completos: urbanizaciones de la ciudad, por ejemplo. Una vez sucedió saliendo de un restaurante en Bello Monte, que me impidió volver a pasar por todo el vecindario.

Luego de un ataque terrible en pleno centro comercial CCCT, que se propagó por todas las tiendas, La Rara no se limitó al lugar cerrado sino que se extendió por la zona como si hubiera desarrollado ondas que atravesaban paredes, una especie de WI-FI-RARA con el área de cobertura de mi expulsión. Lo mismo en la urbanización San Bernardino, donde además estaba el centro médico en el que me hacía los exámenes, y tuvieron que remitirme a otro laboratorio en Altamira.

Los asaltos de La Rara se repetían con más frecuencia, hasta la cuenta comencé a perder.

Los dos que me dolieron más fueron: el que me dio en la Universidad, que me impidió estar con mis amigos y odiosos, pero en especial, limitando mis encuentros con *El que no puedo nombrar*. Y luego el de Altamira, donde me estaba tratando con mi nuevo equipo médico.

Para poder enfrentarla, aunque fuera en derrota, decidimos hacer los exámenes en un laboratorio y las consultas en otro, así si La Rara me agredía en uno, por lo menos no vetaría todas mis esperanzas de curación en un solo embate.

Esperanzas como sitios, así lo entendí, de ambas removida, porque si La Rara me hallaba en un lugar, ahí no podía regresar, ni siquiera acercarme.

Con el tiempo nos concentramos en otro sitio especializado, el Centro Médico La Trinidad, el que más lejos quedaba de casa, quizás eso era bueno. Estaba tan retirado de la ciudad que a mí me parecía como si se tratara de un viaje hacia el exterior. Además, La Trinidad está rodeada de montañas y si La Rara entraba ahí quizás yo podría salir corriendo y esconderme en alguna de ellas, como un animal que acaba de escapar del zoológico y que, aunque no sabe cómo vivirá su nueva vida salvaje, aprenderá, seguro que aprenderá, que esto de ser bestia está dentro de todos nosotros.

¿Y no será eso La Rara? ¿Una bestia del pasado?

Por lo menos a mí me parece que sí.

Sin embargo, llegar hasta La Trinidad desde mi casa en Vista Alegre tenía sus peligros, pasando con muchísimo cuidado por Bello Monte y Altamira, y cuidando de no desviarnos hacia ningún lado y por ninguna razón. Para el trayecto pedíamos el favor a René con su KIA. Mamá hizo un mapa de la ciudad coloreando en rojo los espacios donde La Rara me había doblegado y obligó a la familia y amigos a cargar copias.

—Por estos sitios Lucía no puede pasar.

En esos mapas Caracas se veía como si la que estaba en cuarentena era ella y no yo, como si la ciudad hubiera sido bombardeada por misiles de tinta roja dejando a su paso zonas prohibidas habitadas por cualquier persona normal, excepto yo.

Poco a poco, me dije, si los ataques de La Rara se reinician, podría teñirse toda la ciudad de rojo y quizás tendré que mudarme a otro territorio.

Eso ya lo habíamos pensado. El exterior.

Papá vivía en Francia o eso nos dijo la última vez que hablamos. Allá estaba con su amor, *La Cotard* misma, a media hora de París. ¿Estaría dispuesto a ayudarme? Siempre lo hacía

aunque dando la impresión de que prefería no hablar con nosotras. Dinero, sí. Encargos, documentos, todo lo cumplía, bien y de inmediato. Pero para conversar nunca tenía tiempo. «Estoy muy ocupado.... Llamo mañana...Escríbeme un mail...»

Estaba claro que no quería que le oyéramos la voz porque le daba vergüenza. En especial conmigo. Y ahora que soy rara, quizás esa evasión pase a repulsión.

Por su parte, Mamá no decía nada pero daba la impresión de que tenía un plan por si acaso se daba la posibilidad. De repente podíamos irnos a Todi, en el Umbria, donde todavía tenemos familiares; tal vez en *la campagna* se cohibe La Rara.

—¿Qué te parece, Lucía Milano Sucre? ¿Nos vamos a Italia?

Aunque con mi suerte quizás allá reaparecerá la bicha Rara con otro acento y síntomas, cercándome en los límites de la *Via della Victoria*, entrenándome como aquel caballo Milano *desnucador* incapaz de traspasar las líneas preestablecidas por las convenciones.

Yo odiaba esa alternativa y le dejé claro que no me veía en la campiña italiana, y mucho menos a media hora de París conviviendo con *La Cotard* que por lo demás es tan joven que podría ser mi hermana. Y yo, ya lo sabes mamá, detesto los parientes consanguíneos en todas sus muestras. Soy y he sido única toda mi vida y así pienso seguir.

—Encontraremos un diagnóstico a la enfermedad, un remedio y nos olvidaremos del asunto.

Como se regularizaba mi situación y, siempre y cuando me mantuviera fuera de las zonas de exclusión, por un tiempo no tuve nuevos ataques. Así comencé a descubrir lugares diferentes dentro de los espacios permitidos.

En mi búsqueda de áreas libres de La Rara visité museos a los que nunca había ido en mi vida. Parques, teatros, barrios de los que no sabía ni el nombre y otros que sí sabía cómo se

llamaban pero que siempre pensé que quedaban en otra ciudad, quizás en otro país.

Con La Rara auestas estos lugares eran míos también, se me habían otorgado, algunos lejanos, otros muy cerca de mi casa, y a todos fui a dar. Al conocer estos espacios en los que nunca había estado antes primero me les presentaba, como si yo fuera una desconocida que quería o más bien necesitaba comenzar una amistad intensa y profunda con ellos.

Pero al irme me despedía como si ambos nos hubiéramos utilizado por un día o por un momento y nada más, como un amor furtivo, de conveniencia, quizás hasta pagado, rápido y efímero. Una despedida intensa pero precaria entre el sitio y Lucía; un adiós conmovido pero esperado como los que se dan entre los que saben que no se volverán a ver nunca pero que deben fingir que no se dan cuenta. Un hasta luego disimulado, ligero, por si acaso marchándome La Rara nos vetaba para siempre.

El siete de septiembre cumplí un año desde mi primer ataque de La Rara y todavía nadie sabía nada sobre este mal que me desprende de los territorios.

Mi René con su KIA servía de guía turístico por esos sitios a los que aún podía ir y en los que La Rara todavía no me había asaltado hurtándome el paisaje.

El día de mi cumpleaños diecinueve, y esperando un ataque de aniversario, bajamos hasta la playa y me dije: aquí La Rara no debe tener tanta fuerza, no se atreverá, no podría imponerse y prohibirme el océano.

Pasamos el día maravillados con la fuerza del mar que no permitía a La Rara aparecer. Hasta llegué a pensar que podría ser un antídoto. La verdad, el mar parece un centro de fuerza monumental y quizás en un paisaje tan extenso, La Rara se inhibe. De pronto, eso es lo que ahora necesito: desiertos, mares, montañas, áreas amplias, interminables, sugerentes, sobrecogedoras; horizontes donde los límites se diluyen, ese espacio quebrado en desaparición donde nace la poesía.

—Por lo menos, desde que tienes La Rara, ya no utilizas tantas palabras en inglés. ¿Te has dado cuenta? —comentó René, entre satisfecho y mala leche.

—Imagino que se trata de otro de los síntomas espantosos que tendré que consultar con mi médico. Lo dicho: La Rara *is killing me*.

Y ahí en plena playa, anocheciendo y de la emoción, tomé la cabeza de René con mis dos manos y lo besé de alegría más que deseo.

Pero mientras nos besábamos, comencé a sentir los síntomas.

Llegaba otra ofensiva, renovada y actualizada, de mi padecimiento.

Nerviosa, lo solté de inmediato, pensando que comenzaría la irrupción atroz de mi enfermedad y que me prohibiría toda la playa de ahí en adelante.

Pero al momento de dejar a René, los efectos cesaron.

La Rara comenzaba una nueva fase.

Ya no vedaba solo los espacios sino que ahora trataba también con las personas. O peor, los labios, y de los labios a los recuerdos. El mal de los lugares pasaba a la gente y quizás luego lo haría con el tiempo. Podría prohibirme las mañanas o las tres de la tarde o la noche, mis noches, mis adoradas noches, nada menos. ¿Y eso cómo se previene? ¿Cómo se combate cuerpo a cuerpo esta oposición contra el transcurso de los instantes? ¿Con una ambulancia de día y una lámpara de sol en las noches? ¿Podré luego soñar con la gente que La Rara no me permite tocar? ¿Y si se propaga a los sueños? ¿Es posible? ¿Podría desplegarse La Rara de esa manera? Una expulsión constante. ¿Será eso una definición de la vida?

A mi René esta nueva circunstancia lo volvió huraño.

De regreso de la playa apenas habló y luego, cuando llamaba por teléfono, me insultaba. Dejaba entrever que yo lo había inventado todo y que utilizaba mi enfermedad para no verlo ni besarlo porque esa era la excusa perfecta para estar con Daniel.

—Pero Daniel está con Natalie, René, ¿no lo recuerdas?

De nada servía aclararle lo obvio, él se mantenía creando sus abismos personales en su versión personal de La Rara.

Los hombres y su ego: mi mundo se acaba, literalmente, y René cree que esta historia tiene que ver con él.

Luego de la repulsión de los labios, René se volvió tan grosero que no quise verlo por un tiempo. Me negaba si llamaba, me escondía cuando golpeaba la puerta de la casa, lo dejaba tocando, pateando las paredes y aprendí a estar calladita, con las luces apagadas, haciéndole creer que no había nadie esperándolo en mi casa de la Calle 5 de Vista Alegre.

Sin René y su KIA tuve que optar por el transporte público, no sin antes diseñar un plan de rutas y buses que pudieran llevarme de un lado a otro sin atravesar las áreas rojas de mi particular ciudad prohibida.

Viajar con otros, codearme con desconocidos, ver caras nuevas tuvo un impacto irresistible. Los rostros eran como los sitios: gente nueva en áreas verdes que no habían sido prohibidas por La Rara.

Una persona extraña abría un territorio amable, posible, nuevos continentes de la realidad.

De La Rara a los desconocidos, pensé.

Al principio no los notaba, pero luego saludaba a todos como si los conociera de una vida que acababa de comenzar en algún pueblo, en un país insólito, como si Caracas hubiera sido renovada solo para permitirme vivir en ella.

Un desengañado, tres mujeres tristes, dos chicas radiantes que iban a una audición, un niño que se siente mal, hombres que ríen de sus chistes.

Todos ellos, territorios.

Por esos días de *la prohibición de los labios*, destierro de la isla KIA-René, y creación de nuevos enclaves con caras públicas en el hemisferio recién nacido de la ciudad, a mamá se le ocurrió leerme un trozo del nuevo testamento. Lo había subrayado con un marcador amarillo muy brillante.

—Se trata de Pedro.

—¿Pedro el de la tía Virginia?

—No seas tonta, hija. Pedro San Pedro. Habla de la ansiedad

Lo decía con esa cara de esperanza que siempre ponía cuando hablábamos de La Rara, pero esta vez como si ella hubiera descubierto la medicina perfecta contra mi persecución geográfica y ahora, de labios.

Me la hizo leer en voz alta, solo lo amarillo, apuntó.

Humillense

Y después de que hayan sufrido

Dios los restaurará

y los hará fuertes,

Firmes y estables

Amén.

No me pareció una cita muy esperanzadora, ni siquiera relacionada con lo que me estaba pasando. No se lo iba a decir pero no pude dejar de hacer un comentario.

—¿Humillarme? ¡Si eso es lo que he hecho todo este tiempo! Mi Rara maldita me ha estado humillando sin contemplaciones, eso Dios lo debe tomar en consideración.

—No tienes que gritar.

—Por si acaso anda por ahí y no me escucha.

Mamá sonrió y, casi como disculpa y para darme ánimo, me llamó como cuando era niña, su Ricitos de Oro.

—Eres como ella —dijo— una rubia a la búsqueda de tu elemento ideal, escudriñando dónde dormir. Ni aquí ni allá, un sitio donde La Rara no te encuentre. Mi Lucía Ricitos de Oro, mi única niña dorada y adorada.

Esa noche dormí en sus brazos, humillada lo más que pude, y pensando lo peor.

¿Y si también sucede con los labios de *El que no puedo nombrar*, aunque a ese también le ha dado por dejar de besarme, verme o llamarme?

¿Y si la cosa es con todos los labios, habidos y por haber?

¿Será que desde ahora tendré prohibido besar?

Eso sí que era una humillación intolerable.

Un sacrificio.

O una *fucking* ironía

De nuevo, Dios, toma nota de todo lo que está haciendo esta enfermedad rara contra la humillada ricitos de oro. Y si puedes, digo, porque a veces pareces un poco impotente si tomas en cuenta el noticiero de hoy y de ayer, permite el milagro que me permita no dejar de tocar los goteados y tibios labios de *El que no puedo nombrar*, mi ricitos de carbón.

Fíjate en las coincidencias:

La Camille Claudel nació en 1864 al norte de Francia.

Yo nací al norte, pero de Suramérica. Y aunque no llegué en el siglo XIX, lo cierto es que cuando comienzo con mis viajes fantasmas siempre me ubico en esa época.

Ella fue la hija menor de Louis y Louise Claudel, así como yo la más pequeña de Luigi y Luisa Milano.

Su hermano mayor fue el poeta Paul Claudel; mi hermano mayor, Alexander Milano no es poeta. Ni con pretensiones. Pero vive cerca de Paris con una chica mucho más joven que él y, como el vate Claudel, también desertó sin explicaciones a su hija y esposa.

Dirán que en eso se parecen mi hermano, el poeta Claudel, y el medio centenar de hombres que he conocido en toda mi vida. Es verdad. Pero recordemos que mi hermano Milano es padre de una hija rara y hermano de una mujer fantasma en entrenamiento, así que imagino que eso lo acerca más a la poesía de Paul y sus despeñaderos.

Camille quiso ser artista desde niña, y yo también.

Ella tenía cara de tormentas, como yo.

Era excelente estudiante, yo lo mismo.

Y a los veinte años comenzó a trabajar en el taller de August Rodin.

Yo no.

Pero como fantasma siglo diecinueve puedo verlos cada vez que salgo de paseo. Los observo a los dos en su relación de amantes y creadores y me proyecto en Camille y me digo: esa podría ser yo, con su mismo talento, solo que nunca lo he cultivado, jamás me pasó por la mente que yo podría hacer algo artístico.

Quizás, ahora como fantasma, tenga la posibilidad y pueda ser como ella, digo, convertirme en Camille.

Como sucedió con mi profesor Pedro, ella primero tuvo una amistad inteligente y entrañable con su maestro Rodin, antes de cualquiera otra relación con él. Amistad como aprendiz aventajada la francesa; la de Caracas como alumna atenta, la mejor de todas.

Después de un período amistoso pero sugerente, ellos fueron amantes apasionados, así como Pedro y yo, y pasamos todos a ser parejas estables.

Solo que Pedro no es Rodin.

La verdad, casi nadie es Rodin.

Para 1892, Camille, fascinada por su relación con un hombre como August Rodin, que además era su maestro, salió embarazada.

¡Yo también!

Rodin era casado. Pedro no, pero tenía un noviazgo serio de años. El caso es que las esposas y marinovias no conspiraron contra la felicidad. ¿Qué digo felicidad? ¡Pasión, más bien! ¡O trabajo!

¿Será posible que en el mundo de los fantasmas ambas cosas sean lo mismo?

Por temporadas ellos vivieron escondidos en un castillo que llamaron L'Islette, en Touraine, sobre el río *Loire*.

¡Ajá!

¡Yo vivo en la calle Loira!

¿Qué te parece?

Sí, no es L'Islette, es verdad...

¡Pero se llama igual! ¡Y punto!

Aunque se puede decir que desde aquí Caracas se ve como una *islette*, por lo menos la parte de la ciudad que se mira desde mi ventana; una isla metrópolis ruidosa, pequeña y cerrada por montañas que simulan el mar verde.

En L'Islette el trabajo de August y Camille es la dicha, como Pedro y yo cuando nos mudamos a esta casa, si bien la felicidad no tiene nada que ver con esta historia. Porque Camille entendía la felicidad seguramente como lo hago yo, es

decir, como el sabor duradero de la lealtad. Una lealtad íntima que no te deja olvidar quién eres y has sido siempre.

Camille, en la primera de sus tragedias, abortó, así como lo hice yo. Y esa fue la causa de su rompimiento con Rodin y la mía también.

Luego del fin de mi embarazo, dejé de querer a Pedro.

O por lo menos dejé de amarlo.

Después de esa pérdida, los cuatro nos convertimos en otros.

Al tiempo, Rodin intentó regresar con ella. Y le escribió:

«Camille, feroz amiga mía...

Te beso las manos,

tú que me das tan profundos y ardientes goces,

a tu lado mi alma existe con fuerza

y en su furor amoroso....

No me trates despiadadamente,

te pido tan poco»

No, no era *tan poco*.

Que lo trates bien es exigir el mundo, nada menos.

A mí, por ejemplo, nunca me escribieron cartas pidiéndome perdón. O por lo menos disculpas, que igual somos capaces de darlas como si nada a cualquiera que detestamos y hasta a los que no conocemos.

Para 1905 Camille comenzó a sentir los síntomas de su enfermedad, de su caos mental, de su paranoia o lo que llamamos hoy, esquizofrenia. Aunque no estoy tan segura de que sea una enfermedad, si bien lo es desde el punto de vista clínico.

Digo, que tal vez existe en el enfermo una visión distinta de la sustancia.

Es posible que los que tenemos el alma invertida vivamos en una realidad análoga, un universo paralelo, fantasmal tal vez, porque de pronto es ahí donde queda la muerte, en ese otro universo.

Camille destruyó gran parte de su trabajo con Rodin. Las estatuas que había realizado las volvió trizas y su obra de arte fue arrasada.

En mi caso no he podido destruir nada, y vaya falta que me hace, pero la verdad es que yo no tengo nada que pueda pulverizar.

De pronto el Honda Civic, aunque ese carro no es obra mía.

Ella acusó a Rodin de robarle las ideas. No lo pudo probar, pero Camille fue su mujer y la verdad es que todas sabemos muy bien a lo que se refería cuando culpó de plagio al amor de su vida. Digamos, para no ahondar, que se trata de un requisito para la convención

Nosotras nos entendemos.

Cuando su hermano, el poeta famoso se casó, ella quedó abandonada en el asilo de Montdevergue sin que nadie la visitara por treinta años, así como cuando se casó mi hermano y tuvo a su hija Lucía. De repente mis padres ya no me llamaban tanto y dejé de ser la hija menor, protagonista de mi casa paterna. Mi hermano, cuñada y sobrina pasaron a ser las únicas celebridades aceptadas en fiestas, navidad y cumpleaños.

De alguna manera yo, poco a poco, prescribí.

Como Camille estaba tan sola en el asilo, los familiares de los otros enfermos se detenían a verla y le llevaban flores y hablaban con ella como si fueran sus parientes de verdad. Afines por lástima, podríamos decir. Así, esos desconocidos desarrollaron una relación tan íntima con ella que para la muerte de Camille el 19 de octubre de 1943, los parientes de los otros pacientes la lloraron como propia. Ellos fueron los únicos que estuvieron en su funeral, nadie más se apareció. La enterraron en una tumba común y nunca su familia reclamó el cuerpo.

Aún no sé si ese también será mi caso, estamos pendientes.

Luego, Camille reapareció.

Fue en Caracas. Tenía unos veinte años y estaba parada esperando cruzar la avenida principal de Las Mercedes, frente

al Tolón Fashion Mall. Camille veía su teléfono mientras con la otra mano llevaba papeles que servían para una cosa: eran los soportes de su biografía, los mismos que aquí anoto. No los cargaba porque estuviera buscando trabajo, sino porque iba a su primer día en un empleo soñado. Camille sería la directora de una galería de arte. Estaba preparada, se encontraba lista, y si tenía que volver a conocer a Rodin, ¡no lo haría!; si le iban a robar sus ideas de nuevo, ¡no lo permitiría!; y si debía volverse loca otra vez, pues ¡no cedería!

Pero antes de esa gloria, Camille se volvió a morir, esta vez decapitada por un autobús de la ruta Las Mercedes-Cumbres que no le importó mucho lo que había hecho, no sólo a ella sino a mí.

Su historia, como ahora sabemos, no termina en el asilo de Montdeverguez, ni en la estación de buses frente al Tolón de Las Mercedes, porque de un tiempo para acá, Camille anda de aquí para allá, de mi Honda Civic a mi casa y viceversa.

Aún no dice nada.

Pero me da la impresión de que no tarda.

Quizás solo espera por mí.

Por esta fantasma en training que avanza en su día a día, con dedicación, y mucho esfuerzo, en su objetivo de convertirse en un espíritu vivo a todo dar.

Y a todas estas, entre tantas cosas trascendentes, se me ocurre una pregunta crucial:

¿Cuándo será que aprenderé a asustar a los demás, como todo buen fantasma, y como dios manda?

Eso sí que lo espero de manera desesperada.

La décima octava arremetida de La Rara fue al día siguiente de mi escena con biblia humillada.

Se trató del asalto más agresivo hasta el momento porque sucedió en el cuarto de mi madre, el mismo que desde hacía varias semanas era mío también.

Luego de una tregua corta la casa regresaba a ser escenario de La Rara y la muy bicha me volvía a expulsar de mis agujeros.

Ahora sería proscrita de la acogedora y última guarida con cama, tele y ventilador.

Mi mundo se comprimía. La caprichosa y hasta ridícula Rara me expulsaba de mis firmamentos.

Como en casa los lugares seguros iban desapareciendo, mamá empezó a hacer planes para lo peor:

—De repente te puedes ir a pasar unos días con tu tía Virginia.

Lo explicó haciendo un esfuerzo por minimizar el inmenso sarcasmo de la frase. A la tía Virginia siempre la llamé La Rara, porque lo era y lo es, y mucho, cada vez peor, seamos francos. Pero frente a mí y mi rara, la tía Virginia era una mujer común y corriente sin nada que contar.

—Estaríamos cerca. Te puedo ir a visitar todos los días y prepararte el desayuno. Me podría quedar allá algunas noches, cuando El Pedro no esté ocupado y Virginia lo permita. ¿Qué crees? —explicó mamá tratando de ponerlo como si se tratara de un fin de semana de expedición.

La idea de irme a la casa de mi tía no me gustaba, por lo menos todavía. Aún quedaban espacios en mi casa en los que podía estar sin sentir los síntomas de la enfermedad. Entre ellos, la cocina, el baño, el pasillo y en especial el cuarto de los trastos o el de los *cachivaches*, así le llamamos.

—¡El sitio de los cacharros, mamá, los cachivaches, el cuarto de los insectos disecados!

—Tal vez. Si sacamos las cajas de recuerdos, tus juguetes de cuando eras bebé, las latas de pintura y los sillones viejos que igual están apiñados y destruidos, ahí podemos colocar una cama. Pequeña, ajustada, pero cama.

—¿Tú crees?

—Mejor que dormir en la cocina y derramar la comida en la cama, sobre la almohada, en la silla, sobre la tele, ¿no?

—Y tú despertándome a las seis de la mañana.

—A pesar de la Rara, la vida sigue con sus horarios, hija.

—¿Sabes que La Rara me lo ha prohibido? ¿No te lo había dicho? Después de las 11 sí, pero antes, siento unos dolores...

—Déjate de tonterías. ¿Qué crees?

—Que debería despertarme al mediodía.

—Del cuarto pequeño.

—Si tengo que ser un trasto para poder dormir nueve horas, entonces que así sea. De “Yo, La Rara” pasaré a “Yo, la cachivache”

Así lo hicimos.

Mamá instaló un pequeño televisor con el que me ponía al corriente de lo que nunca me había enterado. Con las imágenes y el sonido de la tele intentaba quedarme dormida y hasta protegida con los programas de ciencia, aunque si bien tenían un efecto somnífero que invadía mis sueños convirtiéndolos en pesadillas.

Me gustaba el *National Geographic*, en particular el programa *Medicina Hoy*. De pronto ahí podían hablar sobre alguien que una vez tuvo mi enfermedad pero que ya se ha curado luego de tantas luchas y decepciones. Y esa mujer recuperada aparece feliz contando sus cosas por la tele internacional y en estupenda forma, casada con *ese que no puede nombrar*, con tres hijos ya para cuatro, con una casa preciosa en Vista Alegre, en una historia hermosa de lucha y victoria contundente contra la adversidad.

Pero mi favorita era la serie *Universo*. Con el cosmos también me quedaba dormida pero en paz. *Universo* no tenía los éxitos logrados en *Medicina Hoy* pero me producía sueños reveladores, animados por las magnitudes y cifras que manejaba la serie científica: catorce mil millones de años, billones de estrellas, cientos de millones de planetas, cientos de miles de huecos negros, los trillones de asteroides y cometas que andan de aquí para allá y regresan.

Números absurdos sobre un universo apurado que, por alguna sospechosa razón, coincidían con las cifras de los programas médicos: catorce mil millones de células, billones de pensamientos, cientos de millones de glóbulos, como si los científicos de la serie *Universo* y los doctores de *Medicina Hoy* compartieran la misma calculadora.

O tal vez ninguno de los dos era capaz de hablar sobre lo inmenso sin cifras descomunales que nos deslumbren pero que coincidan, para que no cunda el pánico.

O por lo menos para cumplir con la elegancia.

La casualidad más sublime fue el mapa que mostraba el universo poblado por miles de millones de puntitos rojos, asegurándonos que cada uno de ellos representaba a una galaxia. Ese dibujo era idéntico al que minutos antes habían mostrado en *Medicina Hoy* luego de una resonancia magnética al cerebro en plena actividad: la misma forma, los mismos puntos, el mismo asombro, galaxias por pensamientos.

¿No serán, en realidad, lo mismo?

En fin, un universo y cerebro infinitos con efecto somnífero, inmensidades indescifrables y asombrosas que me tranquilizaban.

Repetían que no se puede medir el espacio sin el tiempo y esa idea me gustaba porque en mi estado actual *rara* se trataba también de algo así como la salvación, un antídoto contra mi expulsión de los espacios.

Si el Universo es infinito, entonces puedo dormir tranquila.

Incómoda pero con un consuelo.

Mamá comentó que la explicación era más sencilla. Cuando era niña me quedaba dormida en sus brazos mientras ella veía una serie de moda sobre el tema de los planetas, los extraterrestres, los viajes galácticos y los universos paralelos.

Pero aunque ella lo aclare así creo que en todo esto hay una relación conmigo. El universo se expande. Todo se está alejando. Si antes creíamos que son los objetos los que se alejan de nosotros ahora sabemos que se apartan porque lo que se expande es el espacio, lo que está entre los objetos.

Y eso, Lucía de Rara, es mi amparo.

Al nuevo cuarto habitable de los trastos, con televisor somnífero, lo llamé mi *última guarida* porque el día en que La Rara me ataque ahí, entonces sí que tendré que mudarme con mi tía Virginia, la otra rara, y con su estrafalario esposo Pedro, nada raro, más bien chocante.

Con mi fe de humillada —esa sí que no la perdía—, me convencí de que el cuarto de los trastos siempre había estado ahí para protegerme.

A lo mejor todo esto existía con un mensaje para la infatigable y caprichosa Lucía, avasallada sin discusión, durmiendo como un trasto común y corriente, con su vocación de cachivache, a ver si de repente entiende su vida y la de los demás.

Como si el motivo de la existencia se desprende de un solo hecho: que en algún momento de la existencia todos vamos y volvemos en transporte público.

La vida, los espacios, el tiempo y los labios.

Nada como estar enferma para percibir el universo como lo explican en esos programas de la tele que hablan sobre el cosmos y la misteriosa energía y materia oscura, que por lo demás han llamado, mira qué cosas, *raras*.

Sí, raras pero comprensibles.

No como yo.

En mi pequeñísimo cuarto de enseres y rubia humillada, además de ver televisión, traté de combatir la tristeza con mis

mejores momentos, algo así como el resumen de los éxitos de ayer. Recordé música e imágenes que me hicieran sentir bien, casi todas relacionadas con mis amores y amigos que ahora veo poco, más bien nada.

Pero entre todas las canciones bailadas con furia, mis amores besados y salidas de antología por esta ciudad que alguna vez fue otra, había una muy especial que repasó todas las noches.

Sucedió hace poco. Y si lo recuerdo con intensidad es porque pudo haber pasado ayer o esta mañana.

Todo depende de las ganas.

«El zapato selfie de Lucía».

Fue en los jardines de Universidad. Bajo nuestro árbol favorito yacían varios de mis amigos más queridos: la *bestie* Natalie, Daniel, René, entretenidos todos viendo videos ridículos en sus teléfonos y pasándoselos entre ellos, desternillándose de la risa.

Pero yo no estaba con ellos.

De pronto Daniel preguntó por mí y nadie supo dónde estaba. Tenían rato sin verme, quizás había ido al baño. Detrás de un árbol que estaba más alejado, y que habían bautizado como «Las ramas de Lucía», porque ahí siempre estoy echada, vieron uno de mis zapatos y pensaron que estaba acostada o escondida.

—Mi mejor amiga no hace sino dormir—masculló Natalie, tratando de cubrirme, y todos rieron.

Hasta le tomaron fotos a mi zapato y los subieron a las redes.

—Esto es lo que queda de Lucía—sentenciaron para la posteridad Instagram.

Hay quien escribió: *«El zapato selfie de Lucía»*. Y ese es el título de este recuerdo.

Pero si se hubieran acercado habrían visto que el zapato estaba solo.

Y que un poco más allá, al lado de una columna de la Biblioteca, yo tenía puesto el otro par mientras *«El que no puedo nombrar»* me estrujaba contra una pared como si me fuera a aplastar. De haberme visto les habría parecido un acto violento pero al instante se habrían dado cuenta que se trataba de placer.

En ese momento, entre el gusto porque él me hiciera lo que me estaba haciendo y la preocupación de que alguien nos viera, no supe que hacer. La situación se me escapaba de las manos y traté de evitarla. Intenté esconderme, explicándole a *«El que no puedo nombrar»* que alguien nos podía ver desde la biblioteca. Luego, sin dejar de hacer lo que hacíamos, logramos llegar hasta el hueco de las escaleras y debajo de un piano, en una posición incomodísima, comenzamos con el sexo brusco, áspero, duro, ese que te deja moretones, que te tuerce los huesos, que te asfixia y te mata por lo menos tres veces seguidas.

Más que golpes, mi problema en ese momento fueron los gritos que traté de apagar con la mano, mordiéndolo a él, al cobertor del piano, y sujetando una de las patas del instrumento como si la fuera a partir en dos. Él a mí y yo a la pata del piano. Con una patada a los pedales, y un Fa que se escapó sin explicación, terminamos de tener sexo en medio de todos sin que nadie se diera cuenta.

Natalie volteó pensando que había oído algo pero al ver de nuevo mi zapato detrás del árbol, se desentendió.

Yo seguía debajo del piano, poniéndome la ropa interior mientras mi nerviosísimo profesor de Lógica y Ética, Elio Vázquez, ese que no puedo nombrar —juro no lo volveré hacer—, casi quince años mayor que yo, casado, muy casado y con dos hijas, trataba de escapar sin ser visto.

Lo hizo y, como en un corte y pega YouTube, volví a ver a mi profesor entrando a la biblioteca, peinado, arreglado, oloroso a flores, sin una arruga, como si viniera de la iglesia, de una conferencia de Lógica o un concierto de Ética. Lo

contemplé hablar con otro colega mientras yo, como si nada, regresaba dando saltitos al árbol y al zapato que me faltaba.

Al instante, René y Daniel llegaron. Los besé a los dos, un poco más a Daniel para mantener el estatus, y mientras lo hacía, pasó de nuevo el profesor Vázquez saludando, dándonos a entender que la clase iba a comenzar pronto.

Para cubrir las apariencias hice un comentario desubicado, algo así como:

—Qué mal me cae ese profesor Vázquez. ¿Quién se habrá creído?

Aunque en voz alta no me atreví a añadir la verdad: que lo que yo quiero es precisamente eso que él se ha creído. Y que yo soy la que más se lo cree.

Natalie me torció los ojos y entendí que mejor no decía nada más. Después de todo, fue ella la que acuñó aquello de referirnos a él como «*El que no puedo nombrar*», como si el profesor fuera una fuerza maligna trascendente detrás de la rubia con lentes, Lucía Potter.

—Tú juegas a una expulsión pero él con arruinar su trabajo, matrimonio y reputación, Lucía. Él pierde más que tú, pero al final pierden los dos.

Una vez llegué a pensar que la *bestie* lo decía por celos. No por él o por mí, sino por vivir una situación tan portentosa y secreta, y al tiempo tan cotidiana e imaginable, como la que yo vivía con mi profesor.

La Natalie se acercó, me mostró divertida un video imbécil, y mi recuerdo comenzó a convertirse en sueño y ahora sí que todo parecía normal en la vida de Lucía Milano sin La Rara; un clímax sexual, Universidad, amigas, besos con Daniel, René, y la presencia excitante del amor despiadado y musical con mi profesor de Lógica y Ética, ese que no puedo volver a nombrar. *Sorry*.

Y con *El zapato selfie de Lucía*, ahora sí, me quedo dormida c un cachivache más.

El corazón se oye todo el día, y hasta cuando duermes suena con ese tenaz rumor apagado que parece que lo han puesto ahí, sin más, para contar el tiempo.

O lo que nos queda de época.

O más bien entre tareas: llegar a la casa, dar un rato a que se enciendan las luces falsas, preparar la cena, esperar por Pedro, que no se me olvide preguntarle cómo le fue, cómo andan los alumnos de la escuela, sus dolencias, y sobre todo aquella idea que de repente me vino:

¿Por qué será no invita a su amiga Camille a cenar aquí en casa? Yo poco sé ella. Apenas hemos hablado fuera de las cortesías automáticas entre esposa y mejor compañera de trabajo.

Pedro la tiene como su mejor colaboradora, por lo menos como una buena aliada en la escuela. Y aunque casi no habla de ella, cuando su nombre se cuele en las historias sobre los estudiantes, la política del gobierno, y los profesores y maestros que detesta, Camille, profesora de literatura, nada menos, aparece como un personaje noble de esos en los que se puede confiar, incapaz de guardarse cartas bajo la manga. Una compinche con la que tiene algo nuevo que decir y que, al tiempo, le sorprende diciendo lo mismo de siempre, pero con otro vuelo, otro tono, una manera particular que hace que lo oído no parezca acomodado.

Camille de Rodríguez brilla en las situaciones desfavorables de la Escuela Pública Vista Alegre y no pocas veces ha tenido, según Pedro, acciones heroicas arropadas con frases llenas de ingenio.

Pedro pone énfasis cuando la nombra o se refiere a ella sin nombrarla, que igual Camille se hace presente luego en los silencios, como rompiendo las pausas desagradables con acotaciones de escritores famosos, nobles y amables. Ama a

Rimbaud, por lo menos eso dice, y hasta parece que puede recitar de memoria versos del poeta, aunque nadie lo puede certificar porque, seamos francos, ¿quién se sabe un poema de Rimbaud en la ciudad de Caracas? ¿No será que nos mete de contrabando un Rimbaud por un Rodin?

Esa es Camille: la noble *Rimbaudiana* simpática.

No como yo, me provoca agregar, que soy común, *fantasmera* y mala sangre como la otra Camille, la de Augusto.

Sin duda, esta Camille de escuela pública es más inteligente y sabe más que yo. Debe tener temas de conversación fascinantes y seductores. Pero apuesto a que su relación con Rimbaud no es la misma que tengo yo con mi Camille Claudel, claro que no.

Digo, una conexión de fantasma a fantasma, de tú a tú, con todas las de la ley y como Dios parece que manda.

De su marido no sé nada. Un hombre de negocios del que se quiere divorciar, eso ha comentado Pedro.

¿Tú que crees?

¿Que le es infiel a su marido?

¿O el hombre de negocios tiene otra?

Después de todo, los hombres tienen muchas vidas, qué muchas, quizás no tienen ninguna y por eso creen que pueden hacer lo que quieran sin herir, que todo en ellos parece fantasía predecible pero deseada.

¿Será por eso que también se separa de su marido Camille de Rodríguez?

Pedro, dice, no se entera.

A veces le pregunto en serio pero me responde con un *¿qué?* descarriado y lastimoso; un *¿qué?* escondido en un desierto sin mapa; un *¿qué?* que se perdió en la caja de los objetos sin usos, en ese baúl sepultado en el armario más desarreglado de la casa, el mismo que no abrimos para no enterarnos de lo que ahí hemos arrojado. Un *¿qué?* gritado desde el espacio que apenas suena.

En fin, un *¿qué?* que no sabe dónde está.

Imagino que su estatus de hombre o más que eso, de Profesor de Francés preocupado por la reflexión intelectual no le permite, ni queriendo, bajar a las tinieblas del chisme farandulero. Y por eso hace que no oye lo que una comenta sobre el tema.

—¿No crees que Camille, si le están siendo infiel, debe sentirse de lo peor?

Digo, porque si acaso la ves llorando por los pasillos de la escuela podrías creer que se ha magullado un dedo, que le duele el estómago o que le han contado alguna historia triste.

Pero tal vez se deba a algo que le ha sucedido a ella, que tiene que ver con su vida doméstica o marital. Mira lo doméstico y aterrador que es esto de los maridos y sus simulacros. ¿No crees, Pedro? ¿Tienes algo qué decirme? ¿No ha sucedido nada al respecto? ¿Algo de lo que deba enterarme?

Pero él no me escucha.

Corrige exámenes, habla francés consigo mismo, con los papeles, y con los lápices. A veces discute o se queda repitiendo una sola palabra por minutos, muchos minutos:

—*Que voulez vous dire? Qu'est ce que ça veut dire? Pourquoi parler d'une pause ici?*

Eso fue lo que hizo que al principio me enamorara de él.

Pedro, a su edad y con todo lo que hace, todavía habla tan poco de lo que le sucede que de alguna manera logra que lo recuerde como aquel joven profesor intenso, cultivado y arcano, como si él pudiera haber sido una versión criolla de Rodin en ciernes.

¿Será este de hoy el mismo Pedro con el que me casé?

Ahora que lo miro, parece que en algún momento lo cambié. No es que él haya cambiado por sí mismo, sino que he sido yo la que lo ha transformado. Quizás se trata de un hombre con el mismo nombre, no lo sé, pero este Pedro de hoy se me antoja ajeno. Y desde mis ojos blanco y negro de fantasma forastero tengo la impresión de que es un desconocido vacío, desocupado, incógnito, como si fuera un área solitaria del espacio a la que no le han puesto nombre todavía.

Quizás el espíritu vivo que tanto deseo ser yo, él ya lo es.

O lo será.

Dice que todo, en principio, es cambio.

Por lo menos nos casamos hace once años, casi doce, y eso ya es una modificación colosal.

¿O soy yo la que no es la misma?

Tal vez lo que sucede es que cada día que pasa soy más espíritu, más alma en pena viva. Si bien lo de *vivo* es un tecnicismo, tampoco hay que exagerar.

Anoche, por ejemplo, arropada por el silencio de esta casa en la que nunca hay nadie, ni hijos, ni esposo, ni esposa, en esta soledad de la desaparición que me obliga a desvanecerme de la realidad, a perder mis contornos, a mirar a través de mí como si fuera aire, vi reflejada en el espejo de la sala principal la cara de la Camille golpeada por el autobús frente del Tolón Fashion Mall. Recordé la sensación que tuve cuando la advertí desfigurada, con la cabeza volteada, arrojada en el asfalto de la avenida. Pero ahora la percibo como si ella fuera una vieja amiga. Y viéndola de nuevo tuve esa impresión de pausa, como si yo fuera la protagonista de una serie de televisión a la que alguien le ha apretado un botón que tiene detrás de la cabeza que la detiene y congela en la pantalla.

O en el espejo de la sala, quiero decir.

Me quedé interrumpida con los gestos que tenía, que son los de ella, la atropellada, pero que en mi caso son expresiones que se repiten una y otra vez.

Quiero decir que se trata de una pausa chispeada.

Cuando me sucede, por lo regular tengo algo en la mano: un vaso o una taza o una botella. Y yo quedo ahí con mis cosas y la boca abierta, el pelo despeinado y los ojos cerrados.

Se trata de una pausa empapada, la misma que tuve cuando me enteré de mi primer y único embarazo; esa exacta pausa desgarrada cuando supe que debía detenerlo. Esa espera abandonada cuando me enteré del viaje que Pedro haría a París gracias a un concurso en la Alianza Francesa, travesía que además no me incluía; la pausa de las tinieblas de la muerte de

mi padre, y ahora la pausa decapitada que aparece con esta Camille atropellada que ahora se me presenta cuando llega la disolución de la tarde y el imperio ruín de las pequeñas luces absurdas.

Sin la pausa, no sabría que algo importante ha sucedido en mi vida.

Sin la pausa, no podría verla a ella con su cuello roto y con un secreto por decir, pero que no puede.

La pausa pobre, la pausa desvivida, la pausa de esa malograda Camille con la cara y cabeza partida.

¿Es ella la que es un espíritu y me llama o soy yo la que ha comenzado su vida de espíritu vivo y ahora se la encuentra?

¿Será Virginia esta Virginia que creo que soy yo, aprendiz correcta de posible espectro, *viva en pena* con corazón en taquicardia?

¿O más bien sucede que me convierto en Camille, la escultora copiada por Rodin, enloquecida en soledad y enterrada en el abandono; una mujer atropellada en la calle que tiene algo importante y crucial que decirle a Virginia, esta que soy yo o por lo menos hasta ahora, a la que por lo demás no me ocurre nada, porque parezco dormida, como muerta o abandonada, como *Camille* en el asilo de Montdevergue ?

¿Será?

—Virginia, ¿estás despierta? —fue lo que dijo Pedro al llegar.

¿Qué hora era? La misma de siempre, imagino.

¿Yo, despierta? No lo sé, déjame preguntar.

Aunque lo importante no era la hora ni si estaba despierta o dormida, sino mi nombre.

No sé, es que dicho por Pedro me gusta menos.

En ese instante me habría gustado llamarme de otra manera: Francisca, Nicole o Camille, claro.

—Francisca, ¿estás despierta?

—Nicole, ¿ya te convertiste en fantasma?

—Camille, ¿eres de piedra?

Una vez le pregunté a mamá por qué había decidido ponerme como nombre *Virginia* si nadie en la familia se llamaba así. La pregunta se la quería hacer mucho antes, recuerdo que a los seis años ya me molestaba mi nombre, pero nunca había tenido la ocasión de confrontarla. Esa noche habíamos visto una película dolorosísima, *Las horas*, basada en una de las historias de la escritora inglesa Virginia Woolf, *una atormentada*, agregó Pedro con su pose de autoridad y desdén típico por toda literatura que no fuera francesa.

En *Las Horas* una de sus narraciones se mezcla con pasajes de la vida de la escritora. Y fue en ese momento cuando pensé: ¿será que mamá fue una atormentada, así como dice Pedro?

Una mujer atormentada...

¿Eso es una mujer con muchas tormentas o quizás se refiere a que estaba en medio de una, quizás en el centro de una tormenta con rayos, truenos y viento?

Atormentada porque eres una mujer que llueve, atormentada porque derribas y eres derribada con el viento; eso, una mujer atormentada, una mujer de vendavales y huracanes y muertos que dejas a tu paso y que te desvaneces cuando has llegado al clímax de todas las escalas de borrasca y furia de la naturaleza.

Una mujer primigenia del planeta creado, también, a través de las tormentas.

La verdad es que la vida misma se debe a las tormentas. Como Virginia Wolf, una mujer atormentada, según el parte meteorológico de mi marido Pedro El Francés, aprendido y desdichado.

¿Será por ella, por la Wolf, que decidió llamarme Virginia? Quizás mamá también era un diluvio.

O tal vez creyó que la tormenta era su hija, que su hija también sería chaparrón.

Virginia Milano, esa soy, nombre de soltera, por cierto. Y mira qué casualidad: es el mismo nombre que tenía cuando nací, no sé si esto significa algo.

Digo, que una renace soltera o así.

O quizás yo, con ese nombre, y con un padre enfermizo, y con las cuentas de la casa cayendo en el barómetro de los huracanes, crecería como una mujer de esencia rara, endeble, encorvada, una mujer que fumaría mucho y que escribiría sus pesadillas sobre el dolor y que, en su madurez, ni siquiera demasiado, a los cuarenta y dos años, podría decidir suicidarse arrojándose a un río o resolviendo, sin más, convertirse en fantasma antes o después de tiempo.

¿Era eso, mamá? ¿Por eso me llamaste Virginia?

Pudiste ponerme Camille, digo, si de tormentas se trataba.

Pero mamá Luisa respondió que cuando yo nací, ella no sabía nada de Virginia Wolf ni de *Las Horas*.

—Una película que será muy buena, hija, pero para ese momento no se había realizado todavía. A tu hermano lo iba a llamar *Virginio*, porque fue el primero, pero tu padre no me dejó. Entonces, pensé en *Alexandrio* y quedó Alexander. Luego, como tu padre quería otro varón, no le importó que al nacer tú yo eligiera el nombre sin consultas especiales.

Mamá recuerda que los nombres «Alexandrio» y «Virginia» vinieron luego de un viaje a Washington DC, la única vez que salió del país. De repente, por carambolas entre una oferta de trabajo temporal del abuelo Luigi y una sorprendente rapidez de la Embajada Americana en darle la visa, pudo ir hasta la capital de los Estados Unidos y luego a Nueva York.

—Y no te quejes porque a ti te quería llamar *Washingtonia*

Durante la visita a Washington y mientras Luigi se encontraba con los contactos que debía hacer en Constitution Avenue, mamá visitó Alexandria, una ciudad apartada y encantadora que tenía personalidad, gustos, fobias, rencores y eso le gustó. Pensó que algún día se iría a vivir para allá, frente al Potomac, en el Shipyard Park, eso más bien lo juró.

—Aquí viviré y moriré. Quiero que me dejen vivir en este trozo de Alexandria, en una casita de la S Union Street: un refugio en medio de dos caserones al que se entra por un arco masón. Una casa antigua, angosta, un nido en forma de miedo,

una construcción pequeña, larga y apretada, que desde el frente se ve como si fuera una caja de fósforos parada y que solo observamos de lado. Una mansión para mujeres de corta estatura, con techo bajo y pocos cuartos pero con tres pisos, con una chimenea delineada por el uso y con una cocina que da al patio porque esta casa, señores, es de otros tiempos. Los techos de madera crujen, los trozos de palo que la dividen ponen fuera de lugar los artefactos eléctricos y expulsan la luz artificial. Una casa siglo dieciocho, eso es lo que quiero, una casa para los fantasmas de Alexandria donde me han de enterrar.

Eso fue lo que quiso mamá Luisa, su sueño, lo que más deseaba y por lo que trabajó toda su vida.

Y claro, nada de eso sucedió.

Fue un juramento en vano, uno más.

Quizás deberían enumerar los juramentos que no se cumplen y comenzar de una buena vez las estadísticas, no sea que luego hagan falta para narrar la historia del fin del mundo.

Pero papá Luigi contaba otra historia.

Decía que cuando Luisa salió embarazada de mí ella fumaba como una locomotora. Y que lo que más le dolió del embarazo no fueron los mareos, ni perder la figura, sino que tenía que dejar de fumar sus cigarrillos *Virginia Slim*, que tanto le gustaban. Por nueve meses mamá no hizo sino recordar aquellos cigarrillos; los compraba, los guardaba en la cajita de noche, dormía con ellos al lado, se levantaba y tenía que tocarlos, olerlos, que si se los hubiera podido comer lo habría hecho porque seguro que, en sus pesadillas y con los monstruos de la noche, sus dolores habrían pasado.

Eso decía papá Luigi sobre el embarazo de mamá Luisa y su cuento de la Virginia americana, siempre a punto de explotar de la risa.

—Nunca fumé un cigarrillo mientras estabas en mi vientre, hija. La verdad es que después tampoco lo hice. Por ti dejé de fumar —explicaba mientras aspiraba su Slim, mirándome con

esa cara de mujer de los años treinta a la que no le gusta que le lleven la contraria ni que la dejen quedar en evidencia.

En ambas versiones de la historia, y como dice la crítica francesa de profesor de escuela pública —que en realidad ya no está muy de moda en esta casa—, mamá es una mujer atormentada, huracanada, pero por lo menos fumada a lo Virginia Slim.

Y yo, como buena hija, sería también un fantasma ciclónico, un espíritu con rayos y centellas y una aspiradora de cigarrillos enloquecida y abandonada como la Camille de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, que así somos las mujeres interesantes, fantasmales, artistas y mala leche de todos los pueblos y tiempos.

Entre septiembre y noviembre fui a la clínica de La Trinidad hasta quince veces para ampliar los análisis. Pruebas para ver si tenía alguna herida interna; de sangre, para descartar infecciones; más biopsias, más ecocardiogramas, y más, muchas más pruebas de toxicidad porque quién quita que a esta humillada ricitos de oro le gustan los estupefacientes y anda de lo más callada enmascarando sus secretos de chica siglo XXI.

—¿Tomas algo, niña? ¿Coca? ¿Éxtasis? ¿Meta?

Nada, todo sale negativo, santo cielo.

Habrà que buscar al Dr. House.

Ojalà porque ese matasanos sí que me gusta. No lo dudaría ni un instante si se da la oportunidad, que quede claro.

Pero mis doctores House nacionales del centro médico no tenían el porte ni el interés de Hugh Laurie. Más bien me veían incrédulos, como si yo estuviera ocultándoles algo.

Sí, claro, ¿a quién no le va a gustar tener ataques en sitios a los que luego no puede ir?

Un día, cuando estaba en el saloncito de espera del consultorio, sentí de pronto que me faltaba el aire. Quizás, me dije, se trataba de un nuevo ataque de La Rara pero con presagio distinto.

—¡No Rara, en la clínica no! ¡Aquí no te atrevas!

Esta vez al ruido de los hierros lo acompañaba una deficiencia respiratoria crítica. Impotente, busqué aire, y antes de desplomarme, encontré un chico que de lo más familiar me llamó por mi nombre y me tomó en sus brazos cuando estaba casi en el suelo, como si fuera una gatita amilanada o a punto de perder la consciencia.

Al instante, tal vez por el susto, volví a respirar sin problemas.

—¿Lucía? ¿Estás bien?

—¿Qué pasó?

—Te ibas a desmayar.

—¿Y tú?

—Te estaba buscando. Y te encontré justo cuando estabas por caer al suelo. Yo soy José Antonio Heredia, Técnico Superior en Imagen para el Diagnóstico.

—Yo soy Lucía Milano y....

—No pasa nada, Lucía. Trabajo con el Dr. Tamayo.

—¿Para qué me buscabas?

—Órdenes del doctor.

Resuelto pero con cautela me llevó a la consulta con Tamayo. El médico agradeció a José Antonio, llamó a una de sus enfermeras regulares y el doctor me miró otra vez con sus ojos de amenaza.

—Lucía, gracias a ese pre desmayo te has ganado más pruebas, toda la batería completa otra vez. ¿Ves la suerte que tienes? —dijo en tono de gracia que no me hizo reír para nada.

Mientras iba de máquina en máquina describí todo lo que sabía sobre La Rara a mi Técnico Superior, José Antonio.

—¿Quieres que te cuente lo que sucederá si me pasa en el baño? Fíjate que me he entrenado para hacerlo todo rapidito y no darle tiempo a La Rara. Eso. Ir al baño veloz, como una característica humana evolucionada, como si con la agilidad el espacio desaparece y hasta el acto mismo, en su brevedad, carece de realidad. Un aporte para el mundo de la humillada Lucía Milano, Ricitos de Rara, a su servicio.

José Antonio soltaba carcajadas en serio y su risa ocupaba toda la sala y la planta de laboratorios. Enfermeras, técnicos, pacientes y familiares lo mandaban a bajar el volumen mientras él, como si eso sirviera de algo, alzaba la cabeza con la esperanza de que el techo absorbiera su escandaloso carcajeo.

Por ahí comenzó a caerme bien.

Tenía el pelo rizado, mucho, casi se podría decir que llevaba uno de esos viejos afros, aunque no llegaba a tanto. Más bien era un intento de afro, una evocación. Imagino que en la clínica le han dicho que se lo corte pero él parece ser de esos chicos

que, a pesar de querer lucir bien, nunca tienen tiempo para eso. Lo imagino despertándose con apenas cuatro horas de sueño, en alarma, corriendo, preparándose para ir al trabajo a una velocidad inhumana.

—¿Quién tiene tiempo para bonituras con esos vértigos?

—¿Me lo dices a mí?

Sus ojos son penetrantes pero solo cuando oye que le hablan porque cuando le toca hablar a él, lucen cansados y hasta diría que cambian de color. O tal vez se destiñen. Pero lo que más me llamó la atención fue su piel negra fuerte, de esas que brillan cuando pasan debajo de las lámparas fluorescentes, como dejando reflejos que se mueven de un lado al otro, a la manera de los escáneres.

A mí lo que me hubiera encantado en el momento de conocerlo era tocarlo solo para ver mi mano blancuzca reflejada en la potencia de su color como si fuera una placa de rayos equis que al tiempo revelarían mis huesos como una cordillera encendida.

Durante esos ratos de espera por pruebas, exámenes y cuestionarios, José Antonio no se apartó de mí.

—El Centro Médico me ha asignado a ti para asegurarme que el oxígeno no te falte —dijo en broma, aunque de todos modos parecía no tener otra cosa que hacer además de estar conmigo.

—¿Qué? ¿Me darás respiración boca boca?

—Si es necesario, lo haré. Como sacrificio y por profesional que soy.

—¿Eres un profesional del boca a boca? ¡Un gusto colega!

—Nos reconocemos en los labios.

Luego de esa primera embestida del boca a boca imaginario pero posible, me contó que aunque vive lejísimos del CMD La Trinidad, va y viene todos los días utilizando el metro. Su casa queda cerca de la estación Maternidad, en el oeste, y pierde mucho el tiempo en el trayecto. Intenta leer en ese maratón de la casa al trabajo y luego el regreso, aunque confesó que no resistía oír las conversaciones de los otros pasajeros. Aunque

los que más le entretienen son los del teatro. Como la estación queda cerca de una sala, es común encontrarse entre los viajeros parte del público que ha salido o van a la función de la noche.

—¿Y qué oyes?

—Lo más frecuente es gente quejándose porque no han entendido la obra. Hace unos días oí que un gato callejero se coló en el escenario sabotando la función porque, a pesar de que los actores continuaron con mucha profesionalidad, calidad, y dramatismo extra, los espectadores no dejaron de reírse y de prestarle más atención al animal que al resto del espectáculo.

Cuando terminó me hizo reír.

Y vaya si fue extraño, como si se tratara de un ejercicio del gimnasio con el que, poco a poco, logras doblar la pierna de una manera que creías no podías hacer. Así fue reírme de las historias de José Antonio, tenía tiempo sin hacerlo y la verdad, hasta ese momento, me parecía algo imposible de hacer.

José Antonio se rio conmigo y viendo que yo estaba más tranquila, continuó contándome cosas. Como por ejemplo que la noche anterior, cuando iba caminando hacia su casa, el gato que vive en el teatro, el mismo saboteador que se había colado en una de las funciones, lo siguió con familiaridad, como si fuera el perro del hogar. José Antonio decidió entonces hablarle en serio al gato como si fuera una persona o un niño.

—Ya me enteré de que arruinaste la función, gato igualado. Y por eso, felino aprendiz de actor, te voy a secuestrar. Como eres callejero te voy a llevar a vivir conmigo. A mamá le va encantar tenerte como encargado del entretenimiento en la mansión de los pobres Ramírez Heredia.

Entonces, dijo, el gato le respondió, así sin más:

—Sí, cómo no. Si es que yo en este teatro no hago sino pasar hambre. Ni cuando me ponen a actuar me alimentan. Llévame y hacemos un buen pacto: yo te cuido a la vieja y tú me das carnicas o paté o jamón. Y leche. Y agua. ¿Hay ratones en tu casa? ¿Cucarachas? Digo, para culturizarme con el menú.

Yo me reí tan duro que las enfermeras pidieron esta vez que debía ser yo la que bajara la voz.

José Antonio continuó con su historia como si en ese centro médico sólo había espacio para dos personas: el Técnico Superior en Imágenes y la paciente rara que se ríe como si ella hubiera inventado la reacción.

Contó que el gato lo siguió aceptando el trabajo. Cuando llegaron a las residencias donde vive, el edificio Marylen, un inmueble pequeño de seis pisos ubicado en la calle principal, el gato dejó de seguirle. La verdad, confesó José Antonio, él no lo dejó entrar.

—Fue cuando el gato del teatro comenzó a insultarme. Me llamó de cobarde para abajo. Te digo, Lucía, que ese bicho mostró una técnica gatuna de dicción muy depurada, muy Shakespeare. Yo le pedí disculpas y prometí, mientras cerraba la puerta, que algún día sería.

Yo no podía interrumpirlo porque mientras más contaba, me reía más y estaba perdiendo el control.

—Ya sin gato, subí las escaleras hacia mi casa, abrí la puerta y llamé a mi madre. Ella hizo un ruido como dándome la bienvenida. Mientras colocaba los víveres en la nevera, conté a mamá no solo lo que había sucedido con el gato sino además le comenté sobre la niña bonita con la enfermedad rara en el centro médico.

Sí, ya me conocía.

Lo cierto es que todo el CMD La Trinidad hablaba de mí y de mi caso desde el primer día que llegué a consulta.

Lo de bonita, claro, no lo dejé pasar, pero me hice la tonta.

—¿Qué te dijo tu madre de mi historia?

—Nada. Apenas emitió un gruñido.

—¿Un gruñido?

—Es que mientras yo le contaba, ella no salió a verme. Así que corrí hasta su cuarto, y no estaba. Fui al baño y ahí la encontré. Se había orinado encima. La recogí y pedí disculpas por tener que dejarla sola todo el día. No la quiero internar en

un asilo, no tengo corazón para eso. La limpié, cambié su ropa, le di la medicina y la acosté.

Entonces dejé de reírme.

La historia graciosa traía abismo.

Poco a poco entendí que su mamá estaba bastante perdida y que no entendía nada de lo que él decía. Ni siquiera sabe quién es su hijo. Esa noche, con su teléfono portátil, José Antonio buscó por enésima vez los progresos de la Demencia Senil Alzheimer.

Su madre, dijo, está entrando en la etapa avanzada.

Nos interrumpió la enfermera del Dr. Tamayo.

Debía ir al instante a la sala de conferencias donde se llevaría a cabo una reunión con los especialistas. Mi madre estaba también ahí, esperándome.

José Antonio me llevó y se despidió con cariño.

—Hoy le hablaré al gato de ti.

—Me cuentas lo que te dice —le respondí, echando de menos sus historias.

En una sala larga sin ventanas, imagino para evitar los saltos al vacío de las rubias raras, estaban dos especialistas y una enfermera, además del Dr. Tamayo y mamá, que me miró, sonrió y de inmediato me quitó la mirada.

Bad news, me dije. Casi le pido a José Antonio que me sacara de ahí de inmediato y que me llevara a un sitio donde solo pudiera oír sus historias.

Pero él ya se había ido.

—Te vamos a recetar un coctel de medicinas, Lucía, aunque los resultados de los exámenes siguen en lo mismo: no tienes nada —dijo Tamayo, sin mediar presentaciones.

—Pero los efectos siguen —respondí yo, casi llorando.

—¿Será que está en tu mente? —comentó un especialista asistente, más para ver si la pegaba.

—Sí, pero los efectos son físicos: un sangramiento por los ojos no resulta de la mente. ¿Hacemos más exámenes?

Claro que sí, señorita ricitos de oro, a eso vinimos al Centro Médico la Trinidad, a hacerte más pruebas.

—Es una enfermedad rara —opinó cabizbajo Tamayo, dando a entender que se sentía derrotado y sugiriendo que me llevaran fuera del país a buscar otra opinión en instituciones médicas más relacionados con lo raro y hasta lo fantástico.

—¿Italia? Italia también es rara, ¿no? —terminó balbuceando mamá, derrotada.

Siguiendo con disciplina los límites impuestos por el mapa de áreas rojas de La Rara, y desde mi cuarto humillado de los trastos viejos, soñando pero olvidándome también de los labios de René y ya sin noticias de Daniel, ni de la ilógica antiética de «*El que no puedo nombrar*», pasé algunas semanas sin nuevos ataques.

En el centro médico pensaron que el coctel de medicinas podía estar ayudando, aunque no sabían cuál de los medicamentos era el que estaba dando el buen efecto.

—Tarde o temprano tendremos que saberlo porque tantas medicinas podrían ocasionarte complicaciones graves, como liquidación del riñón, del hígado, problemas vasculares, qué quieres que te diga, muerte, niña, la muerte, sin más.

—Sí, no me lo digan, que igual ya me siento así o veo que para allá voy. ¿Y si la enfermedad se me presenta antes de morirme? Es decir, que La Rara me prohíba ir hacia el territorio de la muerte. Eso sí que me gustaría. Quizás tendrían que llevarme a otro sitio y agregar en las áreas rojas prohibidas esa zona funesta del más allá.

Por esos días La Rara parecía suspendida y la humillada Ricitos de Oro, en su cuarto de los trastos, también discurría muy suspendida en su universo y espacio que se comprime. Yo, la expulsada de los territorios teñidos de rojo en los mapas de mamá, comenzaba a encontrar cierto ritmo y rutina en mi nuevo plano que constituían las poquísimas áreas que aún no eran rojas. *Zonas verdes* como órdenes de pase adelante, que

por aquí sí se puede, espacios de provisionalidad encantadora y sugerente o por lo menos apreciada.

Viendo la tele con mamá en mi cuarto de los trastos alcanzamos la última media hora de uno de los programas de *Universo*. Hablaban de un proyecto de la NASA dedicado a encontrar otro planeta en el que, cumpliendo con determinadas reglas, pudiera albergar vida. Nuestra vida claro está, que para eso somos nosotros bastante ególatras y prepotentes como para estar pensando en otra vida más inteligente que la nuestra.

Nada de eso, para inteligentes los delfines y hasta los monos y con eso basta. Lo que la NASA quiere es encontrar otro planeta en el que, si algo sucede, nos podamos mudar. No sé, me temo que algo saben estos de la NASA sobre la vida en La Tierra y ahora andan medio desesperados o desesperados tres cuartos, buscando otro sitio para que nos podamos ir por si acaso este se nos acaba prontito.

WTF!

Tal vez los de la NASA quieren otro planeta para mudarse ellos y nadie más. Los del sur del mundo que nos busquemos un asteroide malsano, un planeta rojo hirviendo o un trozo de hielo flotando alrededor de la nada. Y con eso tenemos. El planetita nuevo será para los que han pagado las cuentas, no lo duden.

Y digo nosotros para un asteroide por pura cortesía, porque está claro que con mi enfermedad desplegándose, quizás la que tiene que mudarse y andar de cometa en cometa soy yo.

Y para que las coincidencias no sean farsa, el proyecto de la NASA se llama Ricitos de Oro, nada menos.

—¡Como tú! —gritó mamá encantada— ¡El programa de la NASA se llama como tú!

Lo bautizaron así porque les pareció lindo, como en la historia de la niña con los tres ositos: la sopa no debe estar ni muy caliente ni muy fría. Así con los planetas; ni mucho ni tan poquito, solo lo suficiente como para que nos podamos mudar para allá *asap* en caso de destrucción hecatombe y luego, con

suerte y dedicación, destruir aquel otro mundo también con las mismas soluciones maravillosas que hemos inventado en este.

¿No somos un encanto?

Esa noche quedé dormida sobre el brazo de mamá, que según dijo luego, vio hasta tres programas insípidos seguidos solo para no moverse y despertarme. De pronto, brazo y madre se convirtieron en almohada y por puro cariño tuvieron la posibilidad de meterse en mi cabeza y seleccionar, dentro del archivo terrible de mi imaginación extraña, los sueños más bonitos de Ricitos de Oro, ni muy frío ni caliente, ni muy raro ni común, ni querida ni asfixiada, es decir, que te tengan y te dejen en esa balanza que, según la NASA, permite la vida en el universo.

En fin, una intervención maternal o más bien sacrificada, que como se sabe es lo mismo, capaz de elegir los sueños de los que no provoca despertarse jamás.

Ahora que lo pienso, para ese planeta-asteroide-cometa al que me enviarán, quizás no sea mucho pedir que, para ese objeto que levita en el universo, exclusivo para las desterradas raras, pueda estar con mi mamá, con su brazo bajo mi cabeza, su respiración terapeuta y sus caricias sanadoras, frotando uno por uno mis sueños más enlodados, limpiándolo todo hasta el día siguiente.

Eso, el día siguiente.

Un día que viene y que seguro llegará.

Aunque ya veremos.

¿A qué hora llegó él?

En la oscuridad apenas podía ver sombras, reflejos, bultos, invenciones, pero la hora, eso sí que no. Quizás en la cocina estaba encendido el reloj digital pero no lo fui a ver.

Soy una fantasma con dignidad, no faltaba más.

Lo cierto es que Pedro había llegado y quizás traía compañía. ¿Se atrevería a traer a Camille? Me habría gustado mucho que viniera. Me da la impresión de que seríamos buenas amigas. Por lo menos me podría recitar a Rimbaud y yo le creería. Quizás podíamos ir de compras, ya no de faldas como con Andrea, sino quizás de poesía.

Y ella me creería.

Pero la verdad es que hay otras preguntas que hago cuando él llega tarde. Por ejemplo: ¿cómo hablan entre ellos? La profesora de literatura bonita con el pelo azabache largo y el profesor de francés descolocado tal vez se comunican en un idioma que nadie entiende.

En Rimbaud. O en Francés.

Debo aprender francés.

Y cuando me pregunto estas cosas, pienso: ¿cómo se lo explicaría Camille a Rodin? O más bien, ¿cómo lo diría Rose Beuret, la esposa de Rodin, cuando se enteró? ¿Cómo se dirá esa frase? Algo como:

—Pedro, sé que tienes una relación muy intensa con la maestra Camille.

—*Pedro, je sais que tu as une relation très intense avec l'enseignante Camille.*

—Sé que te acuestas con ella.

—*Je sais que tu te couches avec elle.*

—Y también que te acuestas con mi ex amiga Andrea.

—*Et aussi que tu couches avec mon ex-amie Andrea.*

—Y que sus tres pechos ya no te excitan

—*Et que ses trois seins ne vous excitent plus*

—Y también sé que no eres feliz.

—*Et je sais aussi que tu n'es pas heureux*

—Ni con ellas ni conmigo.

—*Ni avec eux ni avec moi.*

En francés no parece tan grave, en realidad suena perfecto, ¿verdad?

¿Que cómo lo sé?

Porque estuve ahí. Y los vi.

No a los tres juntos, aunque eso sí que sería una función.

Me refiero a cada uno en su momento y lugar: con la Andrea de Tres Pechos en su casa y con Camille de Rodríguez en el pequeño hotel cucaracheado de La Paz.

¿Acaso ellos no me vieron también?

No, claro que no. Sucede que yo no fui físicamente.

Me refiero a que me les aparecí, a cada uno y por separado, como fantasma.

Primero fue con Andrea.

Ella estaba lanzada en la cama y Pedro sobre ella, cómodo pero involuntario. Mientras Andrea veía faldas, hablaba de sus piernas y de mí, Pedro, fastidiado, harto de la historia, hacía lo suyo como quien se lo hace solo en el baño. Todo iba bien, mecánico, obligatorio, hasta que de pronto Andrea vio mi silueta en el espejo de su cuarto caminando hacia ella, y al mismo tiempo volando por el techo.

Pegó un grito pavoroso, honesto y demente en el mismo momento en que Pedro alcanzaba su placer entrenado. Andrea lo empujó contra pared, le dio un golpe monumental en la pierna, y salió mi ex mejor amiga galopando despavorida por su casa buscando un pantalón para cubrirse las piernas, —unas piernas que por lo demás lucían horrendas—, mientras iba gritando:

—¡Virginia es un fantasma! ¡Virginia es un fantasma!

La perseguí un rato tratando de agarrarle el pelo para halárselo, como solemos hacer los fantasmas recios y con

leyenda, pero ella corría desaforada por todo el cuarto, pegando alaridos y escondiendo la cabeza.

El miedo infunde una velocidad en las personas que ni siquiera los fantasmas podemos alcanzar. Imagino que tiene que ver con el ritmo de las dos realidades: la de ellos, nerviosa, impaciente. La nuestra, espectral, lenta, meditativa, hablando en pensamientos largos, acentuados, arrastrando vocales como si fueran cadenas rotas.

Pedro intentó ver dónde era que estaba la fantasma que ella decía, pero no veía nada. Molesto, tomó su ropa, se vistió rápido y con varios insultos en francés dejó para siempre a la perturbada Andrea, que a todas estas no hacía sino berrear hacia techo.

—¡Va de retro fantasma! ¡No me mates, Virginia! ¡Tenme piedad!

Si, eso sí que te tengo, cariño. Una piedad esotérica extrema que divierte.

Con la maestra fue distinto.

Me les aparecí en su cuarto cutre de hotel helénico cuando Pedro le volvía a contar, como nunca me lo contó a mí, su historia de sótanos, sotanas, padre Tomás y niño abusado. Mientras le repetía el cuento, Pedro estaba seguro de que Camille de Rodríguez, más joven que yo, mucho más joven que yo, se le desvanecía en el sexo.

Pero la verdad era otra.

En su juventud chupada por el profesor de mediana edad, en su soledad asociada, *fue ella*, Camille de Rodríguez, quien entró en mi universo fantasma atormentado, de tormentas quiero decir, mundo de borrascas y arrebatos, planeta deshecho o en construcción.

La maestra me vio aparecida en la puerta del cuarto y no dejaba de apuntar a mis ojos. Cuando Pedro terminó su testimonio de sotanas, y le dijo que la amaba y que lo dejaría todo por ella, Camille aún me miraba a mí y no a él.

—Abandono a Virginia, el instituto, la familia, el país si es necesario. Porque yo me muero todos los días, Camille, y solo contigo me siento capaz de seguir —dijo él.

Y comenzó a acariciarla de nuevo como diciendo «con todo esto te basta, *maestrica*, con mis palabras tienes».

Pero ella dejó de verme, lo apartó a él de un golpe, y le clavó la mirada más cruel de su repertorio. Tanto, que Pedro sintió miedo por primera vez en su vida. En ese instante la profesora de literatura explicó al maestro de francés mal pronunciado, como si se tratara de una lección obvia para el estudiante más lerdo, cuál es la sustancia de las cosas entre ellos dos.

—Pedro, yo no me muero todos los días como tú. Pero es bueno que sepas que sí, que dejo de vivir solo cuando estoy aquí. Y no sigas, que yo no siento nada. Hace tiempo que ya no quiero estar contigo. Ni con mi marido ni contigo. ¿Por qué? Porque me he dado cuenta de que son dos desconocidos. Me refiero a dos hombres que no se conocen, que no se pueden conocer, no saben quiénes son. Y lo cierto es que, por eso, y nada más que eso, me repugnan. Y me matan. Me *mueren* cada vez que me tocan o simplemente cuando me miran a la cara y se quedan callados. Los veo como si yo no estuviera con ustedes. Como si en el espacio que habitamos la única que existe soy yo. O la única que no está. Tanto, que he llegado a pensar que, cada vez que estoy con cualquiera de los dos, me convierto poco a poco, también, en una mujer fantasma.

Al terminar de decirlo, volteo y me miró, fantasma que soy, como pidiendo permiso, como diciendo: muy bien, hasta aquí. Ya no necesito esto. Te he visto, fantasma febril que animas mi lealtad privada, que haces homenaje a la niña que lo quiere todo y no cede a nada. Y con esa niña, mi devoción fiel a Rimbaud. Y tú, Profesor Pedro Derrumbado, déjame en paz. No siento nada por ti. Jamás lo sentí. Mi cuerpo, mi aliento y mi lealtad sólo tienen que ver conmigo. ¡Y los demás que se jodan!

No, no estoy loca.

Ni ella ni yo lo estamos.

No hay que llevarnos al asilo de Montdevergue, aunque para allá iríamos contentas si luego encontramos una familia postiza que nos entierre y llore con tristeza cierta, con un Rodin o Rimbaud en español fantasma por la maestra Camille y la duende Virginia.

Quiero decir que tarde o temprano estaremos allá, pero todavía no.

Yo, claro, dependiendo del momento y de la oscuridad.

Y ella, de lo rápido que pueda escapar de Pedro y del señor Rodríguez.

De todos ellos.

Y los demás.

El último examen de laboratorio fue un martes y ese mismo día marcó el regreso de La Rara en su trigésimo primer ataque.

Sucedió saliendo del Centro Médico de la Trinidad, mientras me despedía de porteros, secretarias y otros pacientes.

Comenzó con el ruido de los hierros y el anuncio de desmayo. Mamá se había quedado a unos metros detrás de mí hablando con una de las enfermeras del Dr. Tamayo y, cuando ya me iba a caer al suelo del estacionamiento del Centro Médico, de nuevo José Antonio me tomó por detrás y evitó que diera contra el pavimento duro.

Que el último centro médico disponible en la zona verde me hubiera sido vetado de manera definitiva, y que toda esa área pasara a teñirse de rojo en el mapa de mis expulsiones, tuvo un efecto devastador. Me dio una sensación de pérdida mayor, de carencia total, de falta absoluta, como si me hubieran amputado una parte de mi cuerpo.

Como en aquella otra enfermedad también rara, una de las cinco extrañas de la especie, yo no solo añoraba las partes amputadas de mi cuerpo sino que además las podía sentir como si estuvieran aún conmigo, en el peor de los momentos, en esos instantes íntegros de la mutilación.

No había nostalgia por lo perdido, sino dolor; la ciudad sigue empequeñeciéndose, los corredores viales de Lucía parecen más rutas de escape que vías de comunicación.

El viaje entre el Centro Médico y mi casa en Vista Alegre, que el primer día que lo hicimos duró una hora, se había alargado a dos horas y media, casi tres, por las rutas ridículas que ahora La Rara nos obligaba a tomar.

Fue ese día del ataque certero en mi último territorio de la curación, durante el camino largo larguísimo de regreso a casa, que recibimos la primera llamada del doctor Tamayo.

Se había enterado de mi ataque en el estacionamiento. Señaló que no debía preocuparme porque se le había ocurrido que para la próxima cita podrían anestesiarme antes de llegar y hacerme los exámenes.

—Podemos dormirte en una ambulancia, antes de llegar.

—¿Y cómo responderé a las preguntas dormida?

—Eso no lo sabemos todavía —respondió el pobre Tamayo, pillado y también aterrado.

Revisando el mapa, alterada y con lágrimas mientras volvíamos de La Trinidad, tal vez por última vez, noté que si uno de esos corredores era bloqueado por La Rara, ya no podría pasar de un lado al otro de Caracas. De hecho, si tenía que huir al aeropuerto tendría que irme por otra ciudad, quizás Maracay o Valencia. Recorridos de media hora o cuarenta minutos pasaban a ser, en mi estado rara, de cuatro o cinco horas. En algunos casos, una posible huida de emergencia duraría casi un día completo.

¿De eso se trataba? ¿Qué el universo se expande y mis distancias se estiran mientras mi planeta se reduce? ¿Quién te entiende, rara? ¿Quién se aleja de quién en este universo?

Y quizás la pregunta más importante, tal vez para darme ánimos o reírme: ¿no estará la NASA preparando un programa sobre el tema?

Llegué a casa abatida, me lancé a la cama y fue cuando lo dije por primera vez:

—Quizás, mamá, lo mejor sería morirme.

Entonces, como si se tratara de un llamado interestelar, en ese mismo momento recibimos la segunda llamada del doctor Tamayo. Esa, la llamada, histórica, hasta famosa, de la que todos hablan hasta el día de hoy:

—Buenas noticias, ¡tenemos un diagnóstico! —dijo, triunfal.

El descubrimiento era tan importante que él mismo vendría hasta nuestra Calle 5 de Vista Alegre y en mi cuarto de los trastos abandonados me daría los resultados para que yo no

tuviera que pasar otra vez por las áreas rojas de la ciudad. Y mucho menos visitar el centro médico vetado.

Nos emocionamos y comenzamos a limpiar la casa. Yo, dedicada a hacer relucir mi zona verde de los trastos mientras mamá pasó la aspiradora por las zonas rojas y hasta sacó la vajilla de las visitas importantes, con sus respectivos vasos. Tamayo se llevaría, por lo menos, una impresión nada rara de los modales Milano para con los visitantes importantes.

Cuarenta minutos después, el doctor llegó y saludó con efusión. Su presencia en el cuarto me recordó cuando nos visitó mi maestro del sexto grado, no para quejarse, sino atendiendo una invitación a cenar que mamá le había extendido. Que una persona relevante, a la que acostumbras a ver en el salón de clases o en el consultorio médico, de repente esté en la sala de tu casa, produce una sensación especial, como si fueras más transcendental que los demás alumnos.

O en este caso, enfermos.

El maestro está en casa, ¿qué dirán mis compañeros de estudios?

El médico más conocido del Centro Médico La Trinidad ha venido hoy a visitarme en el cuarto de los trastos. ¿Qué pensarán los moribundos del centro médico? ¿Cómo se sentirán?

Se sentirán mal, claro que sí, de todos modos se están muriendo. Y pensarán lo que piensan todos: que las rubias siempre se salen con la suya.

Tamayo se sentó en el borde de mi cama y desde la puerta mamá esperaba ansiosa. De su abrigo sacó un sobre blanco y lo mostró como si se tratara de una mano de póker contentiva de cinco ases absurdos. Comenzó a abrir el sobre y sin esperar, dijo:

—Tu enfermedad la tenemos detectada. Y quiero que sepas que es catalogada como una de las tres más raras que existen. Muy por encima entre las cinco raras del planeta.

Es decir, que no soy la rara, sino la rarísima, la más rara de todas las estrafalarias. De esas que ni siquiera van a concurso porque de entrada ganaron. No tenemos contrincante. ¿Oíste eso, mami? Yo, Miss Rarísima Reivindicada, ya no reina sino Emperadora del Mundo Universo Extraño.

La verdad es que ese prólogo de Tamayo no me sorprendió.

Por supuesto que mi enfermedad es inconcebible, de eso se trata todo esto, que mi enfermedad es una de las más raras del firmamento, si hasta el *Big Bang* parece un acertijo de niños frente a lo que tengo yo. No le llamamos La Rara por cariño, *doctor*.

Pero para que no se desanimara le abrí los ojos fingiendo sorpresa. La Rara estaba entre las raras de la creación, no solo en lo geográfico, sino también en lo histórico, pensé, según los nuevos descubrimientos sobre el espacio que nos han llevado a entender al tiempo también como una dimensión y que ahora no son cuatro sino más bien once dimensiones, y dale con los números, todas en una teoría de cuerdas.

Es decir, que mi enfermedad podría entenderse en una tal décimo segunda dimensión, amarrada en hilos, cuerdas, muy bien atada con nudos extraños.

Tamayo me miró directo a la cara y sacudió los resultados, como si se tratara de una buena noticia.

No lo era.

—Por lo menos sabemos lo que tienes, Lucía —dijo, como si pronunciar mi nombre formara parte del tratamiento.

Lo anunció, eso sí, con cierta alegría mientras yo pensaba: sí, feliz porque ahora sabemos de lo que me voy a morir. No sé qué ventajas trae, la verdad. Quizás para ti, Tamayo, pero para mí...

Mamá, contagiada por la excitación del doctor, preguntó:

—¿Entonces tenemos esperanzas?

Cuando se trataba de mi enfermedad, mamá utilizaba siempre un plural piadoso.

—La llamamos *Dromofilia Modadiko*.

—¡Santo cielo bendito, qué cosa más fea! —dije riendo, pensando que claro que sí, así se llama La Rara. ¿Qué esperábamos? ¿Un nombre dulce? ¿Un título musical?

Pero por la cara que puso Tamayo pesqué que no le había gustado mi comentario. Digamos que le había cortado la inspiración.

—Me disculpa, doctor. Lo que pasa es que eso de *Dromofilia Modadiko* suena a que se quita con agua y jabón. Y lo de «mona» tampoco ayuda —dije para ganar alguna risa y bajar la tensión que mostraban, como si los enfermos eran ellos y no yo.

Luego de una pausa corta y una mirada aguda de desaprobación con PHD en Medicina No Te Burles que es En Serio, el Dr. Tamayo continuó:

—*Modadiko* porque es única. La *Dromofilia Modadiko* es una variación del *Síndrome de Wanderland*, tipo crónico de *Koinonifobia* —explicó el doctor cortándonos con ese bautizo que además sonaba a injerto

—¿Cómo así, doctor?

—Se trata de un trastorno siquiátrico muy, pero muy raro, cuya raíz general es la Agorafobia. Es un desorden de identidad de la integridad espacial. Consiste en la necesidad de no repetir los espacios, de estar en movimiento. Como hay tan pocas personas en el mundo con esa enfermedad, pues casi nada sabemos de ella. Hay quien cree que puede ser congénita y que se activa cada cinco o seis generaciones. Algunos creen que se genera a través de una experiencia emotiva no experimentada ni reconocida. Es decir, algo muy importante ha sucedido en tu vida o en tu entorno, pero tú no lo has registrado. Existen algunos casos notables. Por ejemplo, el del señor José Lozano, un español que tiene treinta viviendo con la enfermedad. Una vez lo encontraron en la frontera con Irán, a unos días de la segunda invasión americana a Irak. ¿Qué hacía un hombre con una maleta vagando por la frontera entre dos naciones en conflicto, en el momento en que una guerra anunciada con tres meses de antelación estaba por comenzar?

Pues eso. Lozano estaba buscando un espacio, un sitio en el que nunca había estado antes. Y como tenía tantos años con la *Dromofilia Modadiko*, pues debía hacer un gran esfuerzo para encontrar esos lugares inéditos para él. Fue diagnosticado y anda por el mundo con un certificado, porque entendieron que se trata de un caso especial. Lozano tiene que viajar por todo el mundo buscando espacios donde él no ha estado antes. La obligatoriedad del desplazamiento le ha hecho estar en sitios extraordinarios, en los que ninguna otra persona quisiera ir. Pero una vez que los visita, ya no puede volver a ellos. Lozano no ha podido vivir con nadie; la gente y los lugares van juntos y él no puede frecuentarlos. Así, podríamos decir que se trata de un hombre siempre en sitios y entre gente nueva, pero solo.

El doctor Tamayo dejó de hablar y me miró como si esperara un aplauso. Pero yo lo que quería era saltar por la ventana y acabar con mi enfermedad y todos sus traslados y soledades que me aguardaban.

—Doctor, ¿eso tiene algún tratamiento? ¿Podemos curarla? —preguntó mamá con su esperanza vuelta añicos, porque estaba claro que el ejemplo de Lozano no dejaba buenas perspectivas médicas.

—Hay algunos fármacos... Lo más importante es que ya sabemos lo que tienes. Y que el Centro Médico te permitirá utilizar la entrada de atrás que da al ascensor de los proveedores y del restaurante. Así podemos seguir con tu tratamiento sin tener que dormirte.

Tamayo dio la media vuelta, dando a entender que no se había trasladado hasta Vista Alegre para oír opiniones sino para dar instrucciones. Y mirando a mamá, como si fuera una amenaza y dejando claro que de eso yo no podía enterarme, dijo:

—¿Podemos hablar?

Sola, me dije, esa es la consecuencia real de La Rara.

Soledad a quemarropa, indestructible, ambulante, continua, fantasmal.

Una rara que por lo demás ya no es rara o por lo menos tiene nombre y apellido: *Dromofilia Modadiko*, el deseo de cambiar de espacios, de estar en movimiento, una necesidad de ir de un lado a otro sin posibilidad de regresar a un mismo sitio.

Una enfermedad, una condición, una maldición final, una feroz enemiga mía que, al revelarse, ahora me obliga a tomar una decisión crucial. Viendo de nuevo al abismo de frente, a los ojos, pero ahora sabiendo su nombre odioso y su verdadera identidad.

Nada como ser subir al patíbulo sabiendo, por lo menos, el nombre completo y la biografía de tu verdugo.

Pedro esta vez llegó a la medianoche. Estaba solo, más que nunca, tanto, que ni siquiera llegó con él mismo. Buscó las llaves de la puerta en los bolsillos de su traje y de repente sintió calor. Algo sucedía. A esa hora y parado frente a la casa, no le gustaba para nada la situación.

Siguió buscando las llaves y al no encontrarlas perdió la compostura. Finalmente, a punto de pegar gritos, dio con el llavero y abrió la puerta rápidamente.

Dentro de la casa todo estaba oscuro.

Claro que sí, oscurísimo y en negruras.

Yo estaba adentro.

—Virginia, ¿por qué tienes la casa siempre a oscuras? ¿Y esas velas? ¿Virginia? ¿Estás loca?

Loca no: tempestuosa, turbulenta e inclemente.

—¡Eres rara, Virginia! ¡Eres rara!

¿Puede un fantasma meterse en el cuerpo de un hombre, como he visto en la tele? ¿Es un fantasma algo así como un médium? ¿Podría una fantasma como yo hablar con otros fantasmas?

Por ejemplo, con Camile, escultora amante de Rodin, muerta en un asilo para locos o extraterrestres, extra universalistas para ser exactos, mujer bonita atropellada en plena avenida principal de Las Mercedes, echada a un lado en el Hotel La Paz, ninguneada colectiva como si hubiera sido siempre un espectro.

Mientras pensaba en estas cosas, Camille Claudel se apareció en mi cuarto.

Pedro hablaba, preguntaba, alzaba la voz, pero Camille no me dejaba oírlo, no me permitía responderle, no me consentía mirar a otra persona que no fuera ella.

Al tiempo Pedro gritó otra vez aquello de «¿estás loca? ¿No me estás oyendo? ¿Qué miras? ¿Virginia, estás despierta?».

Pero yo no pude dejar de pensar en una sola cosa:

¿Se atreverá a hablarme?

No él, ella. Camille.

Porque aunque yo sea una fantasma viva, quieranlo o no, también soy una fantasma a todo dar.

Pedro, derrotado, salió del cuarto y se lanzó al sofá de la sala, desvanecido como si el fantasma fuera él y no yo.

Y cuando voltee para verla, tampoco Camille estaba ahí. Se había ido.

Imagino que entró en mi cuarto solo para protegerme, y de la misma manera, traspasando paredes, se esfumó.

Confieso que eso es lo que más me gusta de Camille y su carácter fantasma. Me refiero a la capacidad de aparecer y desaparecer a voluntad.

Está claro que yo también, como fantasma en entrenamiento avanzado, y aceptando que tengo muy dominado el viaje hacia otros tiempos, podría hacer lo mismo. Pero ¿cuándo será que podré moverme sin utilizar los pies, flotando, como se supone que podemos hacer los fantasmas de bien? De ahí a traspasar paredes imagino que será un paso fácil de dar. Creo.

Me di ánimo y mientras Pedro dormía en el sofá, de nuevo intenté la levitación. Abrí los brazos como alas, para ver si ayudaban, pero nada sucedió.

Quizás saltando desde la cama podía tomar vuelo.

Traté un par de veces pero no pasaba.

Todavía me faltaba el revolotear ágil, un buen desplazamiento aleatorio y flotar a discreción.

Exploré entonces traspasar paredes.

Elegí la que separa mi cuarto del baño, así no molestaba a Pedro. Con imaginar la cara que pondría si me veía traspasar la pared de un lado a otro perdí la concentración.

Dejé de reírme y me preparé de nuevo. Caminé hacia la pared con confianza pero al primer contacto me di dos golpes

durísimos y al mismo tiempo en la frente y en los dedos de los pies.

Igual, lo intenté otra vez. Y aunque me volví a golpear, sentí que lograba pasar un poco por dentro de la pared, quizás la mitad o un cuarto del concreto. Pero una vez dentro de ella mi cuerpo fantasma perdía fuerza y era expulsada.

Era un comienzo, claro que sí, y estos ensayos dejaron claro que me faltaba muy poco para atravesar la pared completa. Seguiré ensayando la concentración y revisaré mi carrera inicial, me dije.

Tal vez no deba ir tan rápido.

Quizás la cosa es lenta.

Además, de pronto, en ese momento ya no estaba en mi cuarto de Caracas siglo XXI sino caminando por el empedrado de Touraine, siglo XIX. Imaginé que mis intentos por cruzar la pared permitieron, de alguna manera, quebrantar también los tiempos y las geografías.

En Touraine saludaba a la gente en el mercado pero ellos no me decían nada. Al rato vi el castillo que buscaba, L'Islette. Entré y desde la puerta pude verlos: Camille Claudel y August Rodin moviendo una pieza que acababan de terminar de pulir y que iba al taller donde recibiría los últimos toques. No se podría decir quién de los dos firmaba la obra de arte porque ambos la estaban empujando, no solo al mismo tiempo sino con el mismo esfuerzo.

Camille se quitó el sudor de la frente y me miró.

Su cara no era de sorpresa pero mostraba cierta intriga al descubrir que alguien la miraba fijamente sin que ella se hubiera dado cuenta. Y que ese alguien no parecía estar ahí, aunque quizás lo estará, tal vez en una próxima escultura que, ha pensado, debería ser sobre un hombre como Augusto, dudando entre dos mujeres, una mayor, que lo ha amado siempre, y una joven, que él desea. Y las dos mujeres serán ellas dos: Camille y esa otra que ha visto en la entrada del

jardín de su casa y que también la observa a ella como si acabara de llegar del destino.

¿Quién es quién?

Camille todavía no lo sabe.

La obra de arte está comenzando y ha comenzado a reunir sus secretos. Hacerla es desentrañarlos. Para eso es.

Augusto notó que Camille no estaba prestando atención a lo que hacían y también volteó a mirarme. Pero pude notar que no veía nada.

—*Qu'est ce qu'est?* —preguntó el artista.

—*Il nage* —le respondió ella, guiñándome el ojo.

—*Qu'est ce que vois tu?* —insistió Rodin, como buscando respuesta al acertijo del talento y la inspiración de Camille, quizás para robárselo también y dejar de necesitarla.

—*Je vois une idée pour ma prochaine sculpture* —le respondió Camille, despidiéndose de mí.

¿Una idea para su próxima escultura?, pensó Rodin viendo hacia la entrada del jardín sin poder percibir nada especial, ninguna persona, nada nuevo o inspirador que no haya estado antes ahí. Está loca, cree Rodin, esta Camille no sabe nada de arte ni de lo que se puede hacer con la inspiración verdadera.

Camille regresa al taller. Y es en ese momento cuando inicia los bocetos de *L'Age mûr*, *Madurez*, nuestra obra maestra.

La veo, la oigo, y me sonrío. Hemos hecho la conexión.

Ahora mi corazón se reanima como despertado por un viento cálido y vuelve a latir. Mis contornos reaparecen y estoy otra vez en mi cuarto, sobre mi cama, en Caracas milenita, en el centro de esa oscuridad brillante que significan esta ciudad y ser fantasma a discreción.

Una pequeña mancha de sangre fresca en la pared me recuerda mis intentos fantasmas fallidos.

Desde donde estoy no solo puedo oír los ronquidos de Pedro dormido, o más bien derrotado, en el sofá de la sala, sino que también escucho a la ciudad de Caracas gritando amordazada, como quien ha visto la cara de su ejecutor y trata de espantarlo

con alaridos callados, como si eso sirviera de algo, como si en el lamento valiera para aplacar el tormento por venir.

No, no funcionará, porque la ciudad ha acordado vivir en ruinas, desaparecida. Y por más esfuerzo que haga con su voz enloquecedora, ya no se le escucha. Ni ella misma se oye.

Pero una cosa sí está clara en esa noche de Caracas maniatada: el espíritu vivo de Virginia Milano Sucre ha regresado.

Y lo más importante es que ya sabe por qué.

Sabía algo sobre tu enfermedad, Lucía, por los comentarios de Virginia. Pero no le hice caso hasta que me preguntó si podías venir a vivir con nosotros por un par de meses mientras te conseguían un tratamiento para tu padecimiento raro, ya diagnosticado.

Dromofilia Modadiko, dijo, la imposibilidad de estar dos veces en un mismo sitio.

L'impossibilité d'être deux fois dans un même emplacement.

¿A que suena bonito en francés?

Es que hasta el infierno se oye precioso en París.

Contigo pocas esperanzas hay o eso nos han dicho. Tu caso raro no tiene cura. De eso no te vas a morir aunque tendrás que marcharte, si bien parece que en el traslado también está la muerte.

Por esos días Virginia me lo explicó, lo entendí y pensé en lo conveniente que sería que ella, que anda muy sola y muy rara, tuviera una persona también rara con quien charlar. Alguien con quien distraerse, como si fueras un animalito que cubriría mis ausencias, una gatita que requiere atención, una perrita a la que hay que sacar a la calle porque está enferma.

Y en su necesidad mascota ocupar con antifaz nuestra vida bagatela.

En fin, que con ese animalito en casa llevándose las noticias y acaparando las conversaciones, yo puedo llegar tarde y mi mujer no lo notará. Un problema doméstico, eso es lo que necesita mi esposa, una complicación normal para que no vea la falta de lo extraordinario.

Aquel día tu madre, con dolor, y como si te estuvieras yendo para siempre, subió tus cosas a mi casa. Yo apenas la saludé. Para no intervenir en la mudanza —a mí los miembros de tu familia Milano me han parecido siempre unos imbéciles—

decidí irme a comer algo a la calle. Que tres Milanos se apoderaran de mi territorio no me importaba. La verdad, esta casa la vi siempre con la misma indiferencia que a un cuarto de hotel turista. Pero todas juntas, en casa y hablando al mismo tiempo, me alteran de tal forma que me olvido de quién soy, mis pensamientos, y de lo que he inventado sobre mí.

La única Milano que hasta tu llegada soportaba era Virginia, quizás por distinta. Y si bien ella no es imbécil, sí que es rara. Digamos que muda. Como si la vida ya le hubiera sucedido y ella estuviera con nosotros, sin más, como fantasma, pasando como sombra de un lado a otro, traspasando paredes, haciendo ruidos en la cocina cuando se supone que nadie está por ahí.

Mientras los Milanos terminaban con la mudanza, me fui a pasar la tarde en el cutre restaurant chino que utilizo como bar. En realidad, es mi sitio de escape donde puedo hacer mis llamadas amantes por teléfono y en paz.

No soy el único. En esas falsas mesas chinas nos encontramos a diario todos los militantes expulsados de sus domicilios de Vista Alegre.

Por ejemplo, Ramón, el de la Calle 4, un guitarrista loco que baja para cantarse a sí mismo canciones que oye a máximo volumen en su teléfono. También va Ignacio, el vecino futbolista mujeriego de la Calle Loira, mucho cuidado con él. Por ahí se la pasa René, el muchacho hosco que cuando no está dando vueltas con su KIA, va a los chinos a ver la televisión como si el restaurante fuera la sala de estar de su casa. Y por último, en la caja registradora, el señor Don Linpín, o así le llamamos porque ese es el nombre del restaurant, leyendo como siempre la misma revista cantonesa editada en 1997. Todos huyendo del hogar bajo régimen de esposas, hijos, hijas, hermanos, palabras porfiadas y el gobierno comunista chino, que por lo demás mira cómo se parece al nuestro.

Fue desde la ventana del restaurante que vi pasar a una mujer jovencísima que derrochaba postura, una rubia que no caminaba sino que daba saltitos, una niña con la cara de la sensualidad amarrada, una mujer tan hermosa que haría que

me perdiera en el cuchitril chino de Don Linpin como si fuera un laberinto infinito descolocado en el espacio.

En ese momento, sentado frente a mi cerveza recalentada, puse juntos todos los hilos: esa que levantó las miradas de la mitad del personal masculino de Don Linpin, y hasta de varias de las mujeres, no era otra sino Lucía Milano, la misma que había venido a quedarse a vivir conmigo.

Porque aunque te miré por unos segundos, te conocí completa, con tus piernas estiradas como si no estuvieras ahí en la calle sino desfilando sobre una pasarela. Así te vi, Lucía, caminando o más bien danzando de un lado para otro con tus muslos prolongados, vistiendo caro, llamando la atención. Una Lucía sensual con paso rápido, vigilando desafiante a todos los que te observábamos como diciendo, «jamás seré tuya, pero inténtalo de todos modos, cabrón». Tal cual, llamándome cabrón, que me lo merezco, ya lo sé, pero igual así te veía, trenzando a tu ritmo, llevando los trapos más costosos que imagino algún día comprarías con mi dinero, con todo lo que gano en la escuela y hasta con lo que tengo guardado en mi cuenta de ahorro. Todo tuyo.

—No, no te recordaba. No así. Nunca como la mujer que podría destruir una vida —dije en voz alta y en juego, pero solo para mí.

Tú, esa nada enferma Lucía, la que podría saquear una casa o dos; la que pediría un viaje hacia Marte o Saturno, que además yo pagaría en su totalidad para que abandones como debe ser una eventual relación entre la joven bonita rara y el hombre maduro predecible.

Quiero decir que sé que algún día me abandonarás con absoluta desgracia.

Tú, musa que veré montada en cohete para desaparecer de la vida y del planeta mientras yo, aterrado por tu partida, gritaré: ¡lo que tú me digas, lo que me ordenes, Lucía! ¡Feliz viaje y salúdame a esos irresistibles y descalzos dragones astrales que son como tú, colonizadores del espacio!

Eso fue lo que vi desde la ventana de los chinos: una mujer que me pondría al tanto de la vida de las pesadillas; que me introduciría a la pobreza incondicional, si lo desea; que me obligaría a parecer un tonto o más bien, que lograría que me reencuentre con el tonto que he sido, ese inimitable estúpido incansable, el todopoderoso necio nacional inmortal.

Tú, mujer con huida, con escape, una joven de tránsito y movimientos constantes que no puede repetir espacios porque su enfermedad la obliga a irse, desalojarse, violentada al movimiento.

Señorita que en su escapada podría llevar también mis espacios y mi voluntad, que para eso has venido a quedarte conmigo, ¿verdad?

Esa es la razón por la que desde el primer día de tu asilo en mi casa no pude dejar de admirarte viendo la tele, montando tu pierna sobre la poltrona, jugueteando con tu pelo, pensando en cómo harás para apoderarte de mí universo y agregarlo inmisericorde a tu mapa de tinta roja que, me han dicho, tienes por cielo.

Y con mi territorio, podrías llevarte además a mi esposa solitaria, a mis cuevas en el hogar, y hasta a mi sitio chino de Don Linpín, cárcel sugerente del gremio de los desahuciados inadvertidos por ti, desapareciéndome también de esa vía láctea post-Lucía que tanto mata, según las crónicas del espacio recién descubiertas.

En fin, que desde que te mudaste a casa, todo luce, Lucía, como destruido de un solo manotazo. Violentando recuerdos, olvidando esposa, casa, familia, francés, escuela, y en particular a la indiferente Camille de Rodríguez, que le vaya bien, junto a mis sótanos, sotanas, gota de agua, insecto y miembro de padre Tomás.

Con todo y tu enfermedad, eres la mujer más atractiva de Vista Alegre. Y por eso, solo por eso, los hombres que ahora te vemos a diario y en especial yo, que soy mi mejor vecino, hacemos el intento por darle sentido a tus palabras. Las

mujeres, o por lo menos Virginia, lo notan y con gracia se burlan de este ridículo flirteo de hombres mayores con una jovencita que se ha venido a vivir con nosotros por un tiempo nada más porque tú, mi pobre y maravillosísima Lucía, tienes una enfermedad rara que no te deja vivir.

¡Qué lástima!

Pero qué suerte tengo yo de que ahora estés aquí viviendo conmigo.

Aunque si tú lo dices, de repente podría ser que la luna y marte y júpiter y la energía negra, rosada y plateada converjan en el signo genérico de las calles de Vista Alegre, que debe ser Aries, y entonces sí, algunos de los que vivimos aquí tengamos una oportunidad remota, la última, de alcanzarte.

Pero no te alteres, que no contamos con eso.

Porque desde tus cielos nosotros no nos vemos ni somos reconocibles como estas bacterias caducas y varadas que somos.

Yo sé que no te das cuenta de esta guerra entre esposas y amigas del vecindario, y que no notas a los hombres que te ponemos los ojos por estas tan poco acontecidas calles de Vista Alegre, ni que nos pasamos el día justificando nuestras posibilidades tratando de verte con candidez y esperanza.

Mira que podrías estar hiriéndote con esa enfermedad tan extraña, pero nosotros, que te miramos desprendida de los espacios, somos los que estamos acabados, añorando lo que no ha sucedido y creyendo en Dios otra vez. Sí, Dios, al quien le pido que muchas cosas me sucedan contigo. Llámale rezar, en francés o español, que igual es pedir, comenzando con la más urgente y elemental de todas: que no te de un ataque de La Rara en mi casa y que aquí sea el único lugar de la ciudad en el que encuentres abrigo.

O mejor, que de aquí no puedas salir, que por lo demás es lo que más se me ocurre.

J'espère que votre maladie de demain vous assaillira en ouvrant la porte pour que vous ne puissiez plus me quitter!

Virginia no parece capaz de entenderte en todo tu significado: ¿quieres esto o aquello, Lucía? ¿Lucía, te sientes bien? ¿Lucía, tienes frío? ¿Qué te provoca para cenar? ¿Quieres que hablemos sobre eso?

Tú le das riendas y sé que lo haces por educada que eres, Milano te apellidas y eso no es juego.

Pero lo cierto es que Virginia y tú nunca han sido cercanas; esta tía y esta sobrina no son tan compinches y apenas se soportan. Más de una vez ella habló pestes de ti, que si eras malcriada, que si consentida, que si traes problemas a la familia. Y por tu parte he oído que has comentado cosas nada halagadoras sobre mi esposa o quizás la tratas como hacemos todos: como una mujer rara, insólita si quieres, digamos que afantasmada.

Alguien señalaría, luego de conocerte y saber sobre tu enfermedad, que eso de ser raros es cosa Milano.

Desde que llegaste, ha sido pasarme el día esperando a que salgas del baño y entres en tu cuarto. La casa es una espera: que Virginia termine de revisar su correo electrónico, que se le canse la vista y se despidan a dormir, y me sea entregada la noche en acto sagrado pero continuo, una noche libre para pensar en ti e intentar hacer cualquier cosa fuera de lo normal para llamar tu atención.

¿Me entiendes, Lucía? ¿Me oyes?

O por lo menos, ¿estás aquí?

Digo, porque se supone que ahora vives con nosotros.

Pero nunca estás.

¡Ojalá mañana tu enfermedad te asalte mientras abres la puerta de mi casa para que quedes enclaustrada y no te me puedas ir nunca, jamás!

¿Lo imaginas? Tenerte como prisionera feliz, caminando descalza por la sala, tomándote mi jugo de naranja, viendo la televisión, comentando tus anhelos astronautas y decidiendo por mí y el mundo los canales y programa que veremos. ¿Será posible la felicidad? ¿Será esto lo que sienten los perversos y

enfermos que secuestran a las jóvenes y las hacen vivir en los sótanos de sus casas?

Está el caso de aquel alemán que apareció en las noticias, si bien eso lo hizo con su propia hija. Y aunque tú y yo somos familia, lo cierto es que sanguíneos no somos. Sobrina mía no eres, sino de mi mujer, y eso nos convierte, quiérela o no, en un hombre y una jovencita muy mujer sin relación filial o de sangre, aunque con mucha posibilidad de ambas.

J'espère que votre maladie de demain vous assaillira en ouvrant la porte pour que vous ne puissiez plus me quitter!

Sí, también suena sombrío en francés.

Así es.

Aunque he oído que tu enfermedad o síndrome, que para mí son lo mismo, ahora también se propaga con las gentes. Que de los sitios ataca también a personas y hasta gestos, como un beso, así me comentó tu madre.

¡Vaya terror!

Por favor, impide que te suceda conmigo.

Aunque, aquí entre nosotros dos, y en medio de enfermedades y pensamientos raros, se me ocurre:

¿Qué sucedería si de pronto La Rara te impide estar contigo?

Es decir, que tengas que *salir de ti*.

¿A dónde irías?

Y, lo peor, ¿cómo?

Lo dicho: Lucia, me estás volviendo loco.

O por lo menos raro.

Todo este arrebato mío te parecerá un poco como caído del cielo, lo sé. Sobre todo entre nosotros que nos conocemos desde siempre. Pero es que antes apenas te veía en las poquísimas reuniones familiares en las que coincidíamos. Y no creas que con la misma ansiedad de ahora, porque cada vez que Virginia me venía con una de esas invitaciones para cenas en tu casa de la Calle 5, yo inventaba una emergencia en la escuela o un malestar conveniente.

Ahora que lo pienso, creo que la última vez que te vi tendrías unos catorce o quince años.

Por esos días eras una flaca que daba pena, aún bonita, imagino que siempre lo fuiste, pero parecías más bien un esqueleto de laboratorio de biología, de esos que siempre están bailando, desprendiendo huesos de extremidades y desarmándose sin gracia.

Esqueleto Milano, así te llamaba.

Recuerdo que tenías un novio, un ex alumno mío, René. Un chico raro que siempre se ha comportado como si tuviera vocación de escoba olvidada, de esas que se encuentran entre los trastos y que por el uso que se le ha dado, se ha arrojado en algún sitio para no verla más. ¿Cómo te podía gustar René Lozada? Imagino que se trataba de un novio de juego, seguro que ni de las manos se tomaban.

Luego te vi caminando por la Calle 5 con otro chico, uno alto con cuerpo de gimnasio, un novio más o menos oficial que te iba a buscar todos los fines de semana.

¿Se llamaba Daniel?

Y por estos días tu madre ha comentado sobre un enfermero o técnico del Centro Médico donde te estás muriendo. Un chico moreno, más bien pobre, oscuro y sin dinero, con el que te ríes mucho.

Y yo te pregunto:

¿Sales con los tres al mismo tiempo?

¿O con cuatro?

Porque hay rumores de un hombre *que no puedes nombrar* pero que tus mejores amigas han señalado por las redes sociales como un profesor de Lógica y Ética de la Universidad. Un tipo casado y por lo menos veinte años mayor que tú.

No juzgo, más bien los entiendo.

En especial la lógica y la ética de todo eso.

Vamos, Lucía, que conmigo puedes ser sincera y confesarte, que yo no se lo diré a nadie.

¿Quién podría culparte?

No te niego que para mí sería muy útil descubrir tu secreto y entonces, compartiendo lo que esconde tu alma, convertirme en tu confidente y en las noches, cuando Virginia duerme, me cuentes tus cuitas y confieses lo que sentiste mientras tenías tres o cuatro novios a la vez.

Quizás de ahí te viene esa fascinación por la energía oscura del espacio, Lucía, porque eso es lo que eres. Una fuerza oscura que mantiene el universo unido y que como él, te expandes o más bien te expulsan, deportada de las galaxias amigas, desalojada de este mundo de convención para encontrarte en el área de la pureza extrema que sólo una mujer como tú, Lucía La Rara de los Cuatro Amantes, puede encontrar.

Que me digas tu secreto y luego, todas las noches, mientras Virginia duerme o se encierra, nos encontremos en el sofá, que te sientes a mi lado con tus pies descalzos y tu falda por los muslos, y que me tomes tanta confianza que no dejes de hablar de tu vida, tus amores, tus deseos, tu visión astronauta de la vida, y que en una de esas me aceptes un trago, no digo del whisky que a mí me gusta sino de alguna bebida de la que tú seas aficionada, una de esas vodkas de colores, porque seguro que de esas bebes con tu gente.

Y haciéndome el loco arrebatado, pretender que no puedo contenerme, me atreva a besarte. Y ponerte en peligro de verdad.

Yo, el esposo de tu tía, nada menos.

¿Qué harías?

Si me rechazas, te pido perdón.

Si te gusta, te puedo acostar y en silencio, sin que podamos emitir sonido alguno, quitarte la ropa interior dejándote la falda y besarte los senos escondidos debajo del vestido y entonces comenzar así nuestra relación de amantes prohibidísimos.

¿Que cómo sé sobre tu visión astronauta de la vida?

Lo mencionaste hace unas noches, cuando andabas de aquí para allá con los pies descalzos, con tu ropa cotidiana, como si

hubieras vivido en mi casa toda tu vida.

Dijiste: *yo lo que quiero es ser astronauta e irme al espacio.*

Lo anunciaste y fue como si tu voz viniera con estrépito.

Estábamos solos en el comedor y en ese instante te imaginé como si viviéramos juntos, quiero decir, como pareja. Tú en la cocina sirviéndote un jugo de naranja, preguntándome si yo quería algo, si necesitaba cualquier cosa, insinuando quizás una repuesta inofensiva pero peligrosa entre líneas: sí, necesito que vengas; sí, me gustaría que te sientes a mi lado, no sabes lo que me encantaría tocarte, no puedes entender el efecto que me causan tus pies descalzos cuando caminas hacia mí.

Hasta la manera que tienes de interrumpirme me seduce, como lo hiciste luego de colocar tu jugo de naranja sobre mi guía de notas Francés III.

No te cuento que si Virginia lo hiciera, la miraría con el reojo aplastante de la vida marital.

Si fueras otra, Lucía, te desgarraría los oídos a gritos, pensé.

Pero más bien te miré a los ojos, aprobé tu interrupción con admiración viendo tu mano sujetando la taza con el jugo y dándote una sonrisa encubridora, como si tu atrevimiento fuera parte del imperio de las nuevas reglas que se establecieron en esta casa desde que llegaste buscando refugio de tu rarísima enfermedad.

Mencionaste lo de los astronautas y miré cautivado cómo te sentabas en la poltrona, con una pierna montada sobre el arcón, jugando, moviendo los dedos de tu mano derecha como si estuvieras componiendo una sinfonía de métrica pausada, como si tejieras un pañuelo con hilo de oro.

Te concentrabas en la tele y movías la boca poco a poco, quizás repitiendo las palabras más audaces de esa serie sobre el Universo que te tiene tan atrapada. Planetas, cometas, Big Bang, toda una terminología que te subyuga como si pudieras verlas. Quiero decir que puedes soportar las palabras como si fueran una huella física en ti, como si tuvieran más impacto en Lucía Milano que las imágenes tomadas por el telescopio Hubble.

Fue en ese momento que apareció un comercial sobre seguros o bancos, y noté que perdiste la concentración, como si te desconectaras del motor que te hacía vibrar. Dejaste tu pelo en paz, bajaste la pierna y fue cuando lo dijiste, sin mirarme apenas, como para que lo oyera la lámpara, el sofá, como para que la escalera tomara nota, la mesa asintiera, las sillas comentaran con admiración.

—A mí lo que me gustaría es ser astronauta e irme al espacio con el proyecto Ricitos de Oro de la NASA — señalaste, quizás para que yo no entendiera nada.

Abrí los ojos, por poco te hago un comentario gracioso, pero me contuve y menos mal. Tenías una cara de sobriedad absoluta, hablabas en serio y estabas preciosa.

Con tus veinte años cabía la posibilidad de decirte en tópico aquello de que con la juventud puedes hacer lo que quieras.

Pero el comentario, con pensarlo, me hizo reír.

Llamarte joven era además ponerme en mi sitio de hombre un poco mayor que tú, digamos que mucho mayor que tú, pero aceptaría cualquier cosa, incluso una muerte floja y cabizbaja, antes que colocarte en la vitrina asfixiada de las inalcanzables.

Más bien lo que me hubiera gustado hacer en ese momento era acercarme a ti y darte un beso. No de enamorado o sexual, no, todavía no, sino más bien un beso de admiración, como el que le da un esposo a su esposa en el momento menos esperado solo porque ella ha hecho algo que recuerda que los dos también han sido niños.

Además, después de tus palabras, hiciste una mueca entre graciosa y de asco que me dio a entender que poco o nada sabes sobre el futuro que te espera. Y que por eso a veces dices tonterías que no sabes que lo son hasta que notas la reacción de la gente que te rodea y entonces, Lucía, mi Lucía, es cuando miras hacia el suelo, vencida, con tu belleza tierna pidiendo disculpas.

—¿Qué haces mañana?

—Tengo que regresar al centro Médico. Más exámenes

—Yo podría...

No me escuchaste.

Casi terminando tu frase, ya habías desaparecido por la puerta de tu cuarto, cerrando mi espacio sideral con el portazo del fin del universo.

¿Sabe de verdad mi mujer lo hermosa que eres?

¿Se da cuenta?

¿Y sabrá quién soy yo, en serio, sin ritos ni palabras telegrafiadas?

No lo creo.

Si lo supiera, jamás habría permitido que te vinieras para acá a vivir con nosotros.

Por lo menos no conmigo aquí.

El bus llega a tiempo a la estación del metro, como nunca lo había hecho.

Cuando José Antonio baja hacia la pasarela central, el tren arriba casi de inmediato, como si él lo hubiera pedido alzando el dedo. También el vagón se detiene frente a él y cuando abre las puertas, está casi vacío.

¿Esto es un sueño?, se pregunta.

¿Cuándo fue la última vez que tuve tantos privilegios seguidos?

¿Será que es domingo y yo no me he dado cuenta?

No, no es fin de semana, sino día de trabajo, el peor de todos los días de trabajo.

La transferencia entre las líneas es inmediata como rápida la conexión con el Metro Bus. Hasta la camioneta que lo sube al Centro Médico La Trinidad está parada como si lo estuviera esperando, casi vacía, además.

José Antonio respira profundo llegando a su lugar de trabajo y dice, en voz alta, como para que lo oiga alguien que por lo demás no está ahí:

—Hoy, por primera vez en tres años, llego media hora antes a mi trabajo. ¡Cómo se nota que este es el día en que entregaré mi renuncia irrevocable!

El aviso de su retiro como Técnico Superior en Imagen para el Diagnóstico resulta ser un trámite veloz, como si él nunca hubiera trabajado allí. La secretaria de Administración toma su carta, la lee por encima, y en medio segundo le desea buena suerte. Apenas le hace una pregunta:

—¿Cuántas semanas de pre aviso?

—Hasta este viernes —responde, arriesgándose a ver si pasaba algo o esperando que le contradijeran.

Lo normal es por lo menos quince días, admite.

Pero nada sucede.

La secretaria firma el recibido, sella el papel, no lo vuelve a ver directo a la cara y ni siquiera le dice que todo el procedimiento había terminado.

Cuando sale de la oficina de Administración, sintiéndose ligero, como si su cesantía comenzara en ese mismo momento, se le escapa una sonrisa. Piensa en su madre y en lo mucho que podrá hacer por ella con todo el tiempo libre que le espera. Por alguna razón piensa también en los gatos, en todos ellos, desde el lenguado del teatro hasta los gatitos abandonados en la calle. Del dinero se preocupará luego, para ese momento ha estado guardando.

—Comprar tiempo, lo más caro e importante que hay.

Cuando franquea la puerta de atrás del centro médico, esperando utilizar el ascensor de proveedores para no encontrarse con demasiados colegas y tener que dar explicaciones, se encuentra con Lucía, acompañada por el Dr. Tamayo.

Sigue mi suerte, piensa.

Los jóvenes se ven esperando que el otro inicie el saludo y la conversación de rigor, pero es Tamayo quien se adelanta.

—Voy a requerir tu ayuda con unos exámenes.

Lucía toma entonces la palabra y le cuenta a José Antonio, con lujo de detalles, todo lo que sabe y hasta imagina de la *Dromofilia Modadiko*, la imposibilidad de repetir espacios.

—En fin, que ya tenemos un diagnóstico, José Antonio. Y es una enfermedad rara.

—Vaya, parece más bien poesía —termina diciendo él, con el entusiasmo que la enfermedad evoca.

—Sí, pero una poesía que expulsa, porque hace dos noches tuve un ataque en el último lugar de mi casa que me quedaba libre y ya no puedo vivir ahí. Me he mudado para la casa de mi tía Virginia. Ya ves, me quedo sin espacios para vivir. O por lo menos para dormir.

En ese momento, el Dr. Tamayo decide dejarlos y José Antonio aprovecha para darle su noticia a Lucía:

—Yo también dejo mis lugares. Acabo de entregar mi renuncia. Hasta el viernes trabajo aquí.

Antes de que Lucía reaccione, José Antonio recibe una llamada de la señora del mercado que se hace cargo de los gatos y de su madre. Se trata de una emergencia.

—No, no son los gatitos, esos siempre estarán bien. Es tu madre, Joseíto. De alguna manera ha abierto la puerta de la casa y se ha perdido.

José Antonio repite la información en voz alta y se queda paralizado. En un instante, Lucía sale a la calle y pide un taxi para que se vaya lo más rápido posible. Si llega a tiempo, seguro que podrá encontrarla.

José Antonio nunca toma taxis, no puede pagarlos, pero Lucía da a entender que ella se hace cargo. Cuando él se monta y le indica la dirección al conductor, por la otra puerta entra Lucía dejando claro que no está dispuesta ni a dar explicaciones ni que la contradiga:

—Voy contigo.

El viaje hasta el suroeste de Caracas es revelador para Lucía. Se trata de una ruta nueva porque ella nunca había estado en esa zona de la ciudad donde vive José Antonio.

Ni siquiera imaginaba que su ciudad era capaz de extenderse impulsada con su propia energía oscura por todos lados, abriendo rincones entre la montaña y quizás, las estrellas, con tanta fiereza y voluntad.

Además, por la emergencia, el taxista hace lo posible para evitar el tráfico eligiendo rumbos absurdos, a veces en zigzag contra toda lógica cardinal, pero que funcionan bien; son vías conocidas solo por profesionales.

—Y yo, como rara profesional, ahora también las domino —dice ella.

Mientras José Antonio habla por teléfono con la mujer del mercado, el recorrido incoherente por Caracas lleva a Lucía

por atmósferas especiales, sitios y gente inédita de la ciudad: La Pastora, El Silencio, Roca Tarpeya, el Cerro Guarataro, la Avenida San Martín, la montaña del Pinar.

En algunos momentos del viaje hay cierta simultaneidad entre las palabras que dice José Antonio por el teléfono a la vecina con los paisajes que Lucía descubre en el camino.

—No tiene memoria...

—*Pero tiene montaña.*

—Está desaparecida...

—*Y sin embargo está ahí*

—No sabe dónde está...

—*La veo y desaparece.*

—No recuerda...

—*Me recuerda.*

—No sabe quién es...

—*¿Será que no sé quién soy?*

—Ella cree que es una niña....

—*Yo creo que soy una ciudad.*

Cuando Lucía ve a Caracas completa y detenida desde ese cerro que arrima la Cota 905, como si fuera una foto amañada de un pueblo que nunca ha existido, él agrega:

—Demencia Alzheimer...

José Antonio, entre los nervios por llegar rápido y encontrar a su madre, cuenta a Lucía la leyenda de que esa montaña es guarida de un Tigre Mariposa que se escapó del zoológico hace décadas y que todos aseguran todavía por ahí anda, aunque nadie lo haya visto jamás.

—Si bien el cuento es tan antiguo que si sucedió de verdad, ese tigre debe estar más que muerto. Por viejo, digo. Y sin embargo, ahí está, corriendo y escondiéndose de todos en el cerro El Pinar —explica José Antonio, tal vez aludiendo a su propia situación.

Cuando pasan frente a la iglesia Nuestra Señora de Lourdes, Lucía se sorprende y la compara con Notre Dame de Paris.

—Una Notre Dame linda, de bolsillo, como para llevársela a casa, con su imán para pegarla en el refrigerador. ¿Acaso esa iglesia siempre ha estado ahí o la acaban de poner? —pregunta Lucía asombrada y dejando claro que esa ciudad es más rara que ella, y mira que eso es decirlo todo.

—Siempre ha estado ahí. Y que ahora que la has visto tú es que me doy cuenta de que esa capillita tiene pretensiones de catedral.

El taxi llega a las residencias Marylen y José Antonio y Lucía se bajan. Él le explica que tiene que ir a buscar a su madre, dando a entender que no tiene tiempo para acompañarla hasta la casa de su tía Virginia.

—No te preocupes. Lo tengo todo pensado y organizado.

Y es así como Lucía, sin darle oportunidad alguna de contradecirla, se baja del taxi con él.

—Quiero ayudarte.

Y no lo pide por favor.

—Entre los dos la búsqueda será más rápida —agrega ella, dejando todo zanjado.

José Antonio acepta, nervioso.

—Me dijo la vecina que lleva un camión blanco grande. Va descalza. No debe estar muy lejos. Me llamas por teléfono si la ves. En una hora nos vemos aquí mismo.

Los dos buscan por las calles, por el Teatro, la estación, por el mercado. Entonces, Lucía se pierde.

Ella entiende muy bien que este es un momento crucial en su vida extraña.

¿No será el tiempo propicio para que La Rara aparezca y entonces termine yo derribada en el suelo de la calle, en esta zona donde nadie me conoce, que yo no conozco, y que además tiene fama de peligrosa?

Frente al Teatro San Martín le entra pánico.

Se trata de un terror nada raro sino conocido y hasta vulgar, que viene de lo más profundo de los prejuicios sociales inculcados.

Este sitio es, por mucho, el más pobre que ella ha visitado en su vida.

Caracas, por aquí, no es su Caracas.

Parada en la acera de la calle se siente observada. Las personas que pasan por su lado la miran como reconociéndola ajena, hablando con ella como se le habla a un turista pero sin dirigirle la palabra.

—No formas parte de este decorado, Lucía. Sucede que no eres rara, sino que no eres de aquí.

Es cuando la calle comienza a cerrarse frente a ella, como si planeara un crimen.

Al fondo, la Ferretería Gran FERIA baja la Santamaría a deshora mientras el Centro Comercial Los Molinos pierde los colores y desaparece. Las residencias Marylen y Maternidad apagan sus luces decretando lo sombrío. Hasta el bar ilegal del vecindario, *Boutique*, levanta sus lápidas y se pone a rezar. Cornetas, semáforos intermitentes, buses por puesto de colores, vendedores ambulantes, perros callejeros, puestos de jugos de frutas, gatos abandonados, Puente 9 de Diciembre, motorizados enloquecidos, cadáveres a la orilla del río Guaire, todos, casi al mismo tiempo, se evaporan como si a esa hora del día, y porque ella está ahí, han decidido dispersarse.

O más bien ocultarse cerca para ver lo que le va a suceder a la niña bonita, exótica y refugiada del este de la ciudad.

Esto sí que es más raro que mi rara, piensa Lucía, mejor regreso al sitio donde nos dejó el taxi.

Pero no puede moverse.

Una neblina absurda se hace presente y los ficus salvajes y deformes del teatro, sus palmeritas y jardineras desatendidas, son los primeros en borrarse y hundirse en la negrura.

Entonces los ve.

Dos hombres van caminando hacia ella. Ambos llevan las manos en los bolsillos. Detrás les sigue una mujer, apenas visible, pero que también los acompaña.

La miran, los mira y comprende todo.

En segundos, los dos hombres se encuentran sobre Lucía diciendo algo que ella no entiende y sacando las manos de sus bolsillos. Están a punto de mostrarle las armas que ahí llevan y que serán, está segura, las que acabarán con Lucía Milano Sucre, rara o no, pero sí caraqueña de áreas verdes y rojas, ahora también negras, esas que nunca debió conocer.

En ese momento el gato del teatro maúlla, la desconcentra y de nuevo aparecen la calle, el centro comercial, la jardinería del teatro, el bar ilegal, los semáforos funcionando, los buses por puesto, los vendedores ambulantes, la Ferretería Gran Feria y todas las residencias de gente buena que iluminan la avenida principal de San Martín.

Los dos hombres peligrosos que se le acercaban se diluyen frente a ella, como fantasmas llamados a pagar sus deudas con otra rara que no era Lucía.

La mujer que les seguía sigue estando ahí.

Se trata de una mujer muy mayor que camina sin rumbo, envuelta en un camión blanco, descalza, perdida, y que con la mirada cansada pero noble, dice:

—Yo no tengo casa. No tengo dónde vivir. Pero yo tenía un niño, uno chiquitico. ¿Dónde estará? ¿Tú sabes?

Lucía no lo duda: se trata de la madre de José Antonio.

La abraza como si a la que han encontrado es a la joven y no a la septenaria. Lucía ya no siente miedo, ni soledad, ni terror a un ataque furtivo de La Rara. De pronto, San Martín y su teatro se hacen amables, fáciles.

—De este sitio entro y salgo cuando quiera —dice, segura.

En el abrazo siente a la señora Heredia débil y aun así le da la impresión de que es ella la que se apoya en la mujer mayor y no al revés.

Lucía da las gracias y la ciñe más fuerte, como para que no se vuelva a perder. José Antonio, desde el otro lado de la avenida principal, las ve, las llama, pero ellas no le hacen caso. No importa, piensa, porque ese es el cuadro que él quiere ver. Juntos los tres: su Madre, Lucía y el gato.

Y la ciudad, ella también.

Antes de romper el encanto del abrazo, recuerda la frase del poema que leyó en lo que quedaba del Papel Literario que envolvía una de las cajas con los gatos abandonados:

*Caracas, todas las bocas secas son tuyas.*²

¿Cómo se llamaba el poeta? ¿Algo con Salas? Ahí lo decía, pero José Antonio lo ha olvidado y tal vez al poeta eso no le importe.

Ya en casa, José Antonio y Lucía sientan a su madre al lado de la mesa del comedor.

—Debe tener hambre —asegura José Antonio, todavía nervioso.

—¿Qué le damos?

—En la nevera hay una compota.

—¿Te refieres de esas para niños?

—Le gusta de manzana. Trae una.

Mientras Lucía la busca en la cocina, él revisa que su madre no tenga ninguna herida.

—Creo que está bien. Este es mi terror más grande: que en una escapada así tenga un accidente. Que se rompa una pierna. No sé cómo aguantaría el dolor.

—Ella está fuerte, cariño.

—Yo. *Yo* no sé cómo aguantaría el dolor. Esta es la razón por la que dejé de trabajar en la clínica. Queda sola por demasiado tiempo. Es la soledad la que agrava esta enfermedad, Lucía.

—Sí, eso he pensado...

—Además, están las habladurías. A veces, por su condición, a mamá la llaman loca.

—No hagas caso. Igual a mí me llaman rara.

—Y a mí «hijo mal agradecido».

—Pero no lo eres. Y ella lo sabe. Y te adora.

—¿Cómo saberlo?

—Cuando la encontré dijo que había perdido un niño.

² Adalber Salas, *Venezuela*.

—Sí, lo dice mucho. Creo que se refiere a mí.

—Pero ella no te ha perdido.

—De alguna manera, sí.

Mientras José Antonio le da de comer, como si su madre fuera una niña de tres años, ve la hora y sugiere a Lucía que llame a su madre para informar dónde está. Ella ya lo había hecho, vía textos. La irán a buscar en una hora y media, no hay de qué preocuparse.

José Antonio decide bañar a su madre. Se trata de un ritual cariñoso, como si estuviera lavando a un bebe. Lucía quiere saber todo lo que sucede.

—¿No te da rubor bañarla así?

Él responde que ya está acostumbrado y que a su mamá, cuando estaba buena y sana, siempre le gustaba estar limpia.

—Lo hago aquí mismo, con tobos. Un baño en seco para evitar accidentes.

—¿Esto lo haces siempre?

—Unas tres veces por semana.

—¡Ves que sí te preocupas por ella!

—Mientras lo hago imagino todas las veces que ella me bañó a mí. Y en su dulzura.

—No había pensado en eso, en cómo nos quisieron cuando éramos niños.

Lucía ayuda en lo que puede y en el momento en que José Antonio va por la toalla, se queda sola echándole agua por la cabeza a la anciana.

De pronto se da cuenta: esa es la primera vez que ella hace algo por otra persona.

La idea la estremece.

Tanto, que cree que ha cambiado de piel, de voz, como si de repente ha sido poseída por otra Lucía, una muy rara, pero rara buena, que por lo demás es la que siempre debió ser.

Entre los dos llevan a la cama a la señora Heredia y José Antonio confiesa su deseo de estar siempre con su madre. Hasta ese día se las había arreglado trabajando porque la

enfermedad estaba en la etapa de primera demencia, aún podía estar sola, aunque no era conveniente. Pero ya no cree que pueda dejarla sin atención. Sí, el mundo de los dos ahora es otro.

Cuando termina de hablar, Lucía descubre que el techo de la casa está pintado como un mapa del cielo. Él le explica que a su madre le encanta pasar horas viendo las estrellas pintadas, “más que a la tele”. Además, esa es la pasión de José Antonio, el universo.

—Debemos ponernos de acuerdo para ir al Planetario —comenta ella pero sin explicarle que esa es también una de sus obsesiones.

En ese instante, recibe un mensaje de texto de su madre. Está en la calle, espera por ella.

Los dos se despiden con torpeza, sin saber muy bien qué hacer. José Antonio, con cara grave, le da las gracias. Llegar a tiempo en taxi pudo haberle salvado la vida a su madre. Y a él también.

Ella le sonríe y no se lo dice, pero lo piensa:

No ha sido nada, porque además, la salvada hoy he sido yo.

A las cuatro de la madrugada desperté con un sobresalto. Fuegos artificiales se oían a lo lejos y me sacaron de mi sueño recurrente, nada nocivo, más bien idiota.

Salí a la sala para no despertar a Virginia, encendí la tele y ahí me enteré de que el escándalo se debía a una medalla que el país había ganado en algún país asiático o planeta oriental. La cosa era importante: una olimpiada o mundial deportivo, no entendí bien. Y como siempre me sucede con estas competencias y sus pasiones populares, no me interesaba. En vez de ese escándalo de cohetes, gritos de vecinos, luces de colores, y felicidad general afectada, hubiera preferido estar en cama soñando con lo de siempre, sin medalla, sin país, pero contigo, Lucía.

De todos modos, a esa hora donde se junta lo muy tarde con lo demasiado temprano, ya no podía regresar a dormir. Me quedé más bien un rato sentado a oscuras, viendo el cielo lleno de humo por las explosiones que continuaban la fiesta como si lo que el país celebraba no era una medalla deportiva sino la conquista de la luna.

Aunque a esa hora y entre el estrépito de orgullos históricos e histéricos, yo también tenía una ilusión nacional: que con el ruido te despertaras y por pura curiosidad te sentaras a mi lado en el sofá.

La esperanza, después de todo, no es más que una simple reflexión intelectual. Si no me crees, pregúntaselo a esos que lanzan cohetes al cielo.

Y sucedió: apareciste.

—¿Qué pasa?

—Hemos ganado una medalla en las olimpiadas o algo parecido.

—¿Oro, plata o bronce?

—Por el escándalo debe ser de plutonio.

—¿En qué disciplina?

—Barullo sincronizado.

Entonces, riendo, te sentaste a mi lado. Los dos con las luces apagadas, uno al lado del otro, viendo hacia el cielo esperando que las luminarias y explosiones acabaran.

—Despertarán a toda la ciudad —comentaste, hastiada.

Hablamos un poco de las domesticidades debidas: la comida que querías preparar para toda la semana, porque no deseas ser una carga para nosotros y te quieres sentir útil en casa de tu tía. Comprar más pasta para los dientes, hacer la lista para el supermercado, la farmacia y la panadería. En fin, ese conjunto de cosas que de tanto repetirse a mí me parece que podrían ser las mismas. Quiero decir que no cambian y que se trata del mismo pan, la misma leche, huevos, cosméticos.

Sin embargo, Lucía, lo que me gustaría decirte frente a frente y sin prestarle atención a los petardos y colores del cielo, y sin que Virginia nos pueda interrumpir, es que mi mundo no ha vuelto a comenzar desde que te has venido a vivir con nosotros.

Por eso, cariño, quiero darte una cosa.

Se trata de una pulsera que de repente vi y se me pareció a ti. Dándotela, quiero aprovechar que estamos en una noche especial, una madrugada deportiva que quizás sea épica para el país, para que sea también inolvidable para nosotros.

Aunque realmente dije:

—Esta pulsera la vi por ahí y se me preció a ti. Para que recuerdes tu llegada a esta casa.

La tomaste como la que está acostumbrada a recibir y no a dar, como si no tuviera relevancia, como algo esperado, mira cómo has tardado en darme regalos, Pedrito. Mira que todos los demás me llenan de cosas a cada instante.

Sí, ya sé que para ti no fue crucial, pero para mí era el primer paso. Un paso colosal, épico, que me tenía temblando pero no de miedo, sino de vida.

Porque aquí estamos los dos en tinieblas mirando el firmamento gris, a Vista Alegre desierta, y a Caracas inquieta,

y así quiero preguntarte algo, calladito entre tú y yo, que si dices que no, no pasa nada y además no tenemos que molestarnos, que yo lo olvido, te lo juro.

Se trata de algo importante que se me ocurre en estos segundos tal vez porque ha llegado, con ruido y jolgorio, una victoria patria.

¿Te parece?

¿Te lo puedo preguntar?

¿Sí? Muy bien. Aquí va. Lucía...

—¿Serías capaz de salir conmigo?

Fue la primera vez que sentí que me mirabas, como si trece mil ochocientos millones de pensamientos desde el Big Bang hasta hoy pasaran en treinta segundos sobre tu cabeza, como si en el corazón tuvieras una máquina especializada en calibrar posibilidades; como dejando a un lado lo más rupestre, el propio significado de mi propuesta, y más bien te dedicabas a descodificar los símbolos existentes y por existir entre esta madrugada, cuando el país ha triunfado sin remedio, y el momento en el que, según tus cálculos precisos y certificados, saldríamos juntos y visitaríamos algún sitio al que quieres ir desde hace tiempo, pero no has podido.

—¡Al planetario! —exclamaste.

—¿Al planetario?

—Es un lugar de los verdes.

—¿Quieres decir que es uno de esos lugares a los que puedes ir?

—Exactamente.

—¿Vendrías?

Y dijiste que sí, como si entendieras que el momento homérico era verdad y no leyenda.

—¿Cuándo?

Me responderás luego, declaraste resuelta, como quien primero necesita hacer diseños, trazar conspiraciones, proyectar cartografías.

Agradeciste la pulsera, te fuiste hasta el balcón e hiciste el esfuerzo de mirar hacia el cielo. Con las manos fingiste dos

binoculares, y como si estuvieras en la proa de un barco señalaste con el índice un cohete solitario que nunca llegó a explotar. Entonces me diste las buenas noches y te fuiste a la cama como si lo que había sucedido entre nosotros era ordinario y sin grandeza.

Así, como los éxitos universales del país.

Me quedé solo, un tanto amargado por tu gesto, como si la medalla mundial, los fuegos artificiales, y las pulseras carísimas de regalo, para ti son cosas de todos los días.

Sí, me molestó un poco tu gesto de banalidad generalizada pero también me diste una satisfacción que no esperaba ni esa noche ni tan pronto.

No te negaste.

Habías dicho, más o menos, que sí.

Aunque sin fecha exacta, pero sí.

Hiciste que contara los días: quince desde que aceptaste salir conmigo entre fuegos artificiales, medalla velada, y ciudad de fiesta.

Al principio decidiste no volver a hablar de nuestra cita, luego sufriste un ataque de La Rara en plena calle principal de Vista Alegre, lo que complicó tus movimientos para salir del vecindario. Más tarde fueron un par de visitas del doctor Tamayo y la posibilidad real de que exista un tratamiento para ti, que te hizo olvidarme y hasta evitarme.

El lunes, mientras Virginia dormía, te pregunté si recordabas mi oferta de salir al planetario. Y entonces se te iluminó la cara como si se tratara de un objeto perdido que acababas de encontrar.

—¿Cómo estás mañana? ¿Vamos mañana? Temprano, antes de las diez. ¿Puedes?

¿Qué si puedo?

¿Estás loca, Lucía?

Esa noche de lunes para martes no pude dormir. Amaneció con neblina densa. Yo estaba listo desde las siete de la mañana.

Tú saliste de tu cuarto y tomaste el desayuno a las 8:02. A las nueve estabas preparada.

—¿Nos vamos?

Te colocaste la falda blanca con bordes rosados que apenas te raspaba las rodillas, sobre ella una camisa con dibujo gringo, y amarrada una correa de cuero bordada que dejabas caer por la pierna.

Te veías preciosa.

Esperaste que yo sacara mi vieja Jeep Cherokee. Te montaste, y de nuevo me vino aquella sensación de que éramos pareja. Tocaste la radio, pusiste una estación que sabías de memoria y comenzaste a cantar temas de moda. Yo fingí que me gustaban. Llevabas, eso sí, la pulsera que te compré y me la mostraste soltando una carcajada.

—¿Viste que la traje?

Estabas muy contenta y no te lo podía creer. ¿Tan feliz por una salida conmigo? ¿Será que hay algo que sientes por mí y que yo apenas reconozco?

Eso, qué quieres que te diga, es la felicidad.

Eludimos las áreas rojas marcadas por tu madre en el mapa impuesto por tu enfermedad. La autopista Francisco Fajardo estaba despejada a esa hora, qué raro y menos mal. Cuando pasamos cerca de Bello Monte me lancé hacia el canal del extremo izquierdo para alejarme lo más posible de la zona marcada como peligrosa y lo mismo hice cuando circulamos por Altamira, pero esta vez a la derecha, como si estuviéramos esquivando meteoritos escarlatas lanzados desde el espacio infinito de La Rara.

No tuviste síntomas y lo mostraste sin pudor con tu alegría, con tu tarareo de las canciones y con tu conversación animada sobre los planetas y el universo.

Llegamos al Planetario Humboldt del Parque del Este media hora antes de que comenzara la proyección. Ese día la función trataba sobre la formación de los planetas hace cuatro mil seiscientos millones de años, todo en cuarenta y cinco minutos de juego de luces, linternas y música a alto volumen.

Yo no iba a ese lugar desde que era adolescente, y la verdad es que pensé que el planetario ya no funcionaba.

El sitio no había cambiado gran cosa. Seguía siendo una edificación íntima, a pesar de estar a un costado del parque. Estaremos a oscuras, pensé, y no sé si podré controlarme. Quizás no te moleste que en un momento te pase el brazo por los hombros y tal vez, hasta te acaricie el cabello. Lo intentaré. No en balde has traído la pulsera y algo debe significar.

Te pedí que me esperaras mientras compraba las entradas y buscaba algo para tomar. Yo hubiera preferido invitarte un vodka, pero en la cafetería tenían solo las bebidas tradicionales. Llevaré una Pepsi light, no sé, es que así me pareces tú, una Lucía Pepsi light.

Si por casualidad te llegaba a dar el ataque de La Rara en el planetario, yo tenía un plan casi perfecto: saldríamos corriendo del lugar, nos meteríamos en la Cherokee y nos iríamos a la montaña. ¿A que no has probado si en el Ávila te da La Rara? Almorzaremos en Galipán, en un restaurante de moda carísimo. Al atardecer veremos la ciudad desde las alturas y con el fresco del Repano y oyéndote contar tus deseos astronautas, tus evocaciones de planetario y tus vicisitudes raras, intentaré besarte, como sea, como sea.

O quizás trataré antes, en la oscuridad del planetario.

Me acercaré a ti con la idea de decirte un secreto, quizás un comentario sobre la formación de los planetas y luego me quedaré mirándote, hechizado.

Y entonces, probaré.

Así será y así ya ha sucedido porque el universo, entre otras cosas, es destino.

Cuando regresé con la Pepsi light y los boletos, te encontré hablando con un chico.

Y no uno cualquiera, era él.

—¡Mira quién está aquí! —me gritaste, como si hubieras visto un vellocino de oro— ¡Es José Antonio, mi amigo del Centro Médico!

¿Quién? ¿Qué?

El chico me saludó automático, hasta con desdén.

Sin embargo, contigo parecía hablar de manera entusiasta y te miraba con ojos que no me agradaron. La presencia de José Antonio en el planetario no era nada conveniente, claro que no. ¿No será posible que a ese chico de pronto le dé un ataque al corazón y se muera de una buena vez?

Ha sucedido.

¿Acaso lo llamaste y quedaste con él sin decirme nada? ¿Me has manipulado, Lucía Rara Milano? ¿Es así el primer golpe que dan los que te utilizan? Porque yo, que lo he hecho tanto, no lo reconozco en carne propia.

Entonces, te dije.

—Lucía, ya vamos a entrar.

E intenté tomarte de la mano.

Pero antes de tocarte los dedos, te diste la vuelta y no te enteraste de mi propósito desesperado.

Los tres caminamos hacia la entrada del planetario en una posición no solo incomoda sino aterradora para mí: tú y José Antonio adelante, yo siguiéndolos detrás. Algunas personas me miraban y podía ver en sus ojos que pensaban en nosotros como si fuéramos una familia: el padre con sus dos hijos veinteañeros, una niña y un varón, a lo mejor de otra madre porque mira que no podrían ser más distintos: la rubia y el moreno. Qué bonito, qué lindo, qué maravillosa familia. ¿Dónde estarán las madres? Quizás una le ha dado plantón en un hotel de apariencia helénica mientras la otra lo espera en casa convertida en fantasma.

Cuando entramos al planetario había poca gente. La cúpula se veía nueva, aunque era la misma de siempre. Alrededor estaban las siluetas que mostraban a Caracas vista desde la Plaza Venezuela, dejando que identificáramos la ciudad de este a oeste. Reconocí el proyector Zeiss, con su forma de araña que se levanta o de cangrejo prehistórico, el mismo que conocí en mi época de liceo cuando vine tantas veces al planetario con la novia del momento.

Ya dentro imaginé que dejaríamos a José Antonio de lado y volveríamos al martes que yo me había narrado desde hacía veinte y cuatro horas, qué digo veinte y cuatro, desde hace dieciséis días, y que esperaba agónico, muriéndome, con terror y deseo.

José Antonio, tal y como yo lo esperaba, decidió sentarse en un asiento en la mitad del planetario mientras que yo subí hasta la parte final, fila T, donde se está más escondido y pocas personas te pueden ver.

Entonces, Lucía, lo hiciste.

Cuando volví para ver dónde estabas, te sentaste con él.

Y yo, solitario y mecánico, tratando de guardar apariencias entre gente que no me veía ni tenía idea de lo que estaba sucediendo en la tragedia nacional de mi desamparo, me senté en la parte más desolada y glacial del planetario.

No venías conmigo.

En mi narración no eras protagonista, no salvabas a la víctima, no perdonabas al malvado, no mirabas a la cámara ni me tomabas la cara con tu mano derecha antes de besarme con deseo, no leías el mismo libro que estaba leyendo yo.

José Antonio estaba junto a Lucía Milano en los dos primeros puestos de la fila K. Tú, hablándole con rapidez, moviendo las manos, tocándote el pelo, riendo. Él, sentado a tu lado, oyéndote sin mirarte, pasando el brazo por tus hombros como si tú necesitaras una protección que yo no te podía dar.

Y ocurrió.

Apararon las luces, sonó la música colosal y comenzaron a aparecer las luminarias.

Yo no tenía idea. No pude ver el universo recreado desde la primera explosión, que llamamos *la singularidad*: la creación de todo lo que conocemos hasta hoy.

Lo único que vi, porque además tenía un color verdoso fosforescente y porque despegaban desde mi cuerpo hasta el techo, eran las presencias de mi juventud torpe, repelente, y mis sótanos y sotanas de la niñez que se me escapaban por las

grietas para entonces regresar y entrar de nuevo en mí, con furia.

Esa era la auténtica singularidad revelada, la que oculta el cosmos, el complot de los poderosos, el veneno de los pueblos nobles, la realidad holograma manoseada en la que disipamos la vida; en fin, la destrucción de todo lo que he sido hasta hoy.

El espectáculo fue así:

Hace cuatro mil seiscientos millones de años, unos centavos más o menos, varias nubes de gas en el espacio, que llamamos «La Cuna Estelar», se juntaron y formaron una gran nube de moléculas de gas y polvo. Esas *nubes de nubes*, que conocemos como «Pilares de la creación», parece que fueron afectadas por una catástrofe extraordinaria, vaya coincidencia y mira qué a propósito.

Se trató de una gran explosión, como pocas en el Universo. Y esa gran detonación es conocida como: «La aparición de José Antonio en el Planetario cuando nadie lo había invitado, vaya chico tan vulgar y lugar común»

El espectáculo afirmaba que por esos tiempos una supernova, conocida como «La José Antonio Ex Técnico Superior en Imagen para el Diagnóstico Universal», lanzó una gran estela de plasma súper incandescente hacia los pilares de la creación que hablan francés, como no podía ser de otra manera, condensando las moléculas de gas y convirtiendo al profesor en polvo.

Así, en polvo, sin más. Aniquilado.

Gracias a la fuerza rara de «Lucía La Electromagnética», estas partículas de polvo fueron agrupadas creando bolas de residuo como las que tenemos debajo de la cama o como las que tengo en el pelo a pesar del champú que utilice. Un polvo que además comienza a penetrarme por los ojos amarillentos, tullidos y salidos, como si fueran los de pescado frito.

A pesar de mis ojos hirviendo en aceite, pude ver cuando, en plena condensación galáctica, José Antonio y Lucía hablaban y compartían la Pepsi light que yo les había

comprado, tomando desde la botella y sin limpiar ese pico asqueroso y contaminado por tantas tormentas estelares.

Las nubes en el universo crearon entonces tormentas eléctricas. Los rayos calentaron las bolas de polvo y las convirtieron en pequeñas rocas del tamaño de una pelota de golf. Estas rocas, que hemos podido ver en meteoritos, colisionaron unas con otras, fusionándose y haciéndose tan grandes que fueron afectadas por la fuerza de gravedad, creando así los primeros protoplanetas.

Fue en ese momento que sobrevino otra calamidad nada creadora: que ella, a los diez minutos de haber comenzado la función, no volteó ni a buscarme, ni para saber dónde me había sentado, ni una sola vez. Ni siquiera atraída por la lástima a este pedazo de polvo flácido, de fuerza gravitatoria tenue y bastante grave, moribundo en la última silla del planetario Humboldt.

Lucía, ¿acaso te has olvidado de mí?

En ese instante, a este protoplaneta le tocó pasar por otra hecatombe: el bombardeo constante de roca cósmica, que lo calentaron, que lo enfurecieron, que lo hicieron sentir que hacía el ridículo y que lo regresaron de forma violenta a aquel adolescente inseguro que no sabía si debía querer o esperar a que lo quisieran primero a él, porque el mocosito estaba aterrado, estaba que se meaba, espantado por el rechazo.

Porque está claro, ha sido comprobado y no hay dudas científicas: La Tierra se estrelló a veinte mil millas por hora contra otro planeta inmenso, que llamamos José Antonio. Esa colisión fue de tal magnitud que creó dos lunas que poco a poco terminaron siendo una sola, esa que tenemos ahí y que Pedro El Lengua Muerta ni siquiera ha visto en los últimos treinta y cinco años.

En francés seguro que suena mejor, pero yo he olvidado ese maldito idioma impermeable a los cataclismos del cosmos y a sus secretos horribles.

Así, al parecer, cada catástrofe liberó una fuerza extraordinaria de energía y esa energía disolvió la roca. El

planeta fue entonces lava, una combinación de roca y metal. El hierro es más pesado que la roca, y se separaron. La roca fue hacia la superficie, fila K, y se solidificó mientras que el hierro se hundió más allá de la fila T y llegó hasta el centro de la tierra. Por eso el corazón del planeta es un centro de hierro derretido, arrodillado en el sótano de su colegio, admirando la gota de agua, el mosquito y el miembro sagrado del Padre Tomás.

Y ese hierro licuado creó un campo magnético, un verdadero escudo protector que rodea el planeta y combate la radiación del espacio permitiendo... la vida.

¿Un campo magnético que protege?

¿Cuándo?

¿Cuándo coño es que hemos estado protegidos en este miserable planeta que fue creado con una sola materia prima fundamental: la catástrofe?

¿Cómo llegó mi vida hasta este momento?

Y, finalmente: qué carajo hago yo aquí escuchando esta historia imbécil sobre el comienzo de este planeta inmundado que, por lo demás, parece que es la misma historia de su final, pronosticada por expertos franceses, y que sucederá en los próximos cuatro minutos.

Se hizo silencio, bajaron las luces y de repente, sentado en la fila T del planetario, envejecí.

En cuestión de minutos me volví un anciano.

Un viejo profesor de francés que recuerda sus mejores épocas y que no tiene otro placer que el de contárselo a los jóvenes que, impacientes y aburridos, esperan el momento ideal para dejarlo hablando solo.

Eso era yo: un tipo viejo que hablaba solo.

Comencé a agrietarme y de mis entrañas salieron los recuerdos expulsados por una energía oscura decrepita, por la separación de la roca y el hierro, por el movimiento de la placa continental en la que ahora me convertía en un grito de auxilio.

—Eso es, viejo maestro, ya no tengo posibilidad alguna de besar sus labios.

¿Así es enamorarse de una chica más de veinte años menor que tú? ¿A esto es lo que uno debe prepararse? ¿A perder la memoria a través de las grietas planetarias? ¿A esta hecatombe que crea y destruye el cosmos?

Desde mi butaca te vi sonriendo al lado de José Antonio, alzabas la voz y hasta movías la pulsera que te di como si fuera un regalo que tú misma te diste, como si se tratara de una pandereta que acompañaba tu voz alzada.

Hablabas, te reías, y en un momento vi cómo te le acercaste a contarle un secreto.

Y podría jurar que te le quedaste mirando, y fingiendo que no lo podías evitar, lo besaste.

Desde donde yo estaba, Lucía, nadie diría que tienes una enfermedad rara, incurable o quizás, *ojalá*, mortal. De esas mortales de pronto, mañana si es posible.

Y ahora que se me ocurre la muerte, quizás soy yo el que se va a morir.

Humillado, pensé, se muere peor.

¿Es que hay otra forma de morir que no sea derrotado? ¿Podré regresar a ser otra vez el mismo Pedro que era? ¿Se me notarán las arrugas, las nalgas aplastadas, el encorvado, los huesos decrepitos, la baba saliendo, los dientes desaparecidos o regresaré a ser yo? ¿Podré dar la vuelta y llamar a Andrea, Camille, a Virginia, o a cualquier otra mujer para que me vea y me desee o finja que lo hace, y que no sienta lástima por mí como parece ser el mensaje que nos da la vida de los planetas? ¿Se podrá regresar de esta degradación? ¿Puede el universo terminar su expansión y entonces comenzar a empequeñecerse y volver a su punto primigenio?

Quizás lo que debo hacer es dejarme consumir por el hueco negro que deja la supernova, ser succionado hacia la nada, admitir que mi información será borrada del universo y, con suerte, llegar a ser fantasma, un espíritu vivo que, en todos los escenarios de la creación del planeta, parece, quíerelo o no, bien muerto.

Nada se pierde, todo se transforma, dice el hijo de puta narrador de «La Vida de los Planetas», función especial de martes por la mañana en el Planetario Humboldt de Caracas. ¡Ojalá que este sitio insufrible, con su proyector Zeiss inútil y su cúpula horrenda agrietada, termine destruido hoy mismo por una bomba terrorista colocada por los ejércitos sagrados y siempre victoriosos del desamor!

¡No pudo ser más maravillosa nuestra visita al Planetario!

Todo sucedió como lo deseaba, como un sueño que te invita a dormir ya no por horas sino por días enteros. Un sueño del que no quieres despertar, ni siquiera levantarte de la cama cuando abres los ojos. No por cansada, sino por la encantadora historia que te cuentas con la gente y los sitios que reconoces sin haberlos conocido antes.

Sin embargo, y a pesar de mi emoción, José Antonio, Pedro y yo regresamos del planetario en la Cherokee y apenas cambiamos palabras. Por alguna razón había entre nosotros un enigmático ambiente tenso. Quizás porque mi tío Pedro conducía rabioso, como un chiflado, a una velocidad altísima, inmerso en una especie de silencio gritado, como si el viaje —o la película sobre los planetas que acabamos de ver— hubieran desenterrado para él las claves secretas del fin del mundo, que por lo demás sería esa misma tarde, por ese sitio, a su velocidad, y en cuestión de minutos.

Por mi parte, preferí pasar el tiempo hablando con José Antonio sobre su madre y el gato, y comentándole mis impresiones sobre las rutas absurdas que teníamos que tomar para regresar a casa.

—Ya sabes que son las áreas rojas por las que no puedo pasar, pero debes estar al tanto de que son algo más que límites. Todas tienen su tipo de santoral; el asalto inmisericorde en Altamira; la embestida mortal en Bello Monte; el accidente amenazador de Parque Carabobo.

—¿Y San Martín? —me preguntó él, seductor.

—En San Martín me pasa de todo, menos la rara —le respondí, intensa.

En ese momento mi tío pegó un frenazo que casi voltea la camioneta y nos morimos todos. Nos quedamos detenidos por

unos segundos y luego, como si no hubiera sucedido nada, echó a andar de nuevo.

Intenté un par de veces romper la tensión con comentarios sobre la película y la formación de los planetas, además de uno que otro chiste comparando mi enfermedad con los misterios catastróficos del universo, pero nada: la tirantez podía cortarse con una hojilla. Qué digo hojilla, con cuchillo de carnicero, echarle sal y pimienta, freírla en aceite y acompañarla con arroz, tajadas y demás.

Llegando a la Calle Loira, y con la expectativa de que nos separaríamos, él a tomar el metro para su casa, y yo con mi tío a mi nuevo hogar, le di las gracias a José Antonio por haber estado conmigo. Su presencia hizo mi día más planetario, más en órbita perfecta. Nos habíamos hecho una compañía protectora mientras el planeta, destruido cientos de veces, se recomponía. En más de una ocasión lo tomé de la mano cuando el sonido era muy alto o las imágenes sobrecogedoras. Y reconozco que a veces lo hice sólo porque me gustaba su piel.

Bajándonos de la Jeep, José Antonio me miró como si se le hubiera ocurrido una idea. Entre las cosas de su madre, contó, había encontrado un álbum con fotos.

—¿Quieres verlo?

La invitación me sorprendió.

Se lo comenté al El Pedro, que alzó la mano con desdén, como diciendo que a él ya nada le importa en la vida, la muerte, las fotos antiguas o los planetas conocidos. Lo entendí como una aprobación que de todos modos no necesitaba. Desde que soy La Rara la familia me trata con mucha consideración, tal vez porque creen que me voy a morir pronto y que lo mejor es que viva mucho y rápido.

El tío nos dejó, no se despidió, y fue directo al restaurante chino.

José Antonio hizo una pausa corta y sonrió, como esperando decir algo sobre El Pedro, pero no se atrevió. Nos miramos por unos segundos más como dos estúpidos y me dije: sí, estos momentos los reconozco, los he vivido antes y son los mejores,

los más entrañables; cuando estás indecisa, cuando vives una expectativa, cuando sabes lo que viene, cuando tienes un poco de miedo.

Yo, confieso, no lo miré a los ojos, sino los labios.

Tomamos el Metro Bus hasta la estación La Paz y en minutos abordamos el tren rumbo Maternidad. El Metro, vaya idea, ¿cómo no se me ocurrió antes? ¿Estará La Rara en capacidad de dar ataques subterráneos?

En esta primera prueba, parecía que no.

Subimos corriendo las escaleras de las residencias Marylen hacia su apartamento y mientras lo hacíamos, con ese ritmo infantil de subir saltando los escalones de dos en dos o a veces corriendo de uno en uno, recordé las galopadas que pegaba cuando era niña en las escaleras de mi casa en la Calle 5.

—¡Vamos a bajar y subir otra vez, pero ahora agarrados de las manos! —le pedí, cautivada con la sensación.

—Así lo hacía yo por estos escalones con mamá.

Encantada por su respuesta, no dejé de hablar, como una perica en éxtasis, como una radio encendida hasta el tope. Hablaba como no lo había hecho en meses, agitada, con ilusión, como si acabara de cumplir los diez años y hubiera descubierto el lenguaje dentro de un tarrito con agua que tenía guardado para el día en que me diera sed de verdad.

—¡Vamos a bajar y subir las escaleras otra vez!

—Pero, Lucía, en algún momento tenemos que llegar, ¿no?

—Es que me siento como si yo viviera aquí.

—Por eso. Lo podemos volver hacer luego. Vente, vamos, que mamá está sola y me espera.

Antes de pasar a su casa advirtió que estaba limpia aunque desarreglada, más que la primera vez que estuve ahí. Sobre todo la cocina, con muchos platos sucios, alguna comida que no había tirado a la basura, quizás la ropa sin recoger.

—Pero si ahora no estás trabajando y tienes más tiempo libre, ¿por qué tienes la casa así?

—Es que paso todo el tiempo con mi madre.

Y luego de una pausa corta, agregó:

—Y mucho tiempo sin recibir visitas.

Es que tenía tiempo sin verte, quiso decir.

Entramos y me detuve en la sala mientras José Antonio llamaba a su mamá. Seguro que estaba durmiendo la siesta, le gusta hacerlo a esa hora. Se asomó en su cuarto y desplegó una sonrisa tierna.

—Duerme como una niña, con el gato a su lado, como si no tuviera nada, como si al despertarse lo recordará todo y tal vez me llame por mi nombre y me pregunte por mi vida, y hasta te salude a ti evocando lo linda que eres y lo mucho que hiciste para que ella no se perdiera.

—¿Tiene el gato del teatro entre los brazos?

—Desde que lo tenemos viviendo con nosotros ella está más tranquila. Se pasa el día acariciándolo. Y él se queda ahí con mamá, moviendo la cola, como si estuvieran intercambiando pensamientos.

Medio cerró la puerta de su cuarto, dejando un espacio para que pudiéramos oírla si se despertaba. Corrió recogiendo la ropa y los platos dejados a discreción sobre la televisión, la alfombra, la ventana, hasta detrás de la puerta. ¿Cómo llega una caja de pizza a mantenerse bailando en el tope del balcón?

Pero la gracia terminó cuando comencé a sentir mi tensión con La Rara que, de un momento a otro, parecía que podía tomar el control de los acontecimientos y expulsarme de la casa de José Antonio.

Lo que sea, Rara del demonio, pero eso no. ¡Eso no!

Él no se daba cuenta de mi batalla; recogió más o menos todo lo que afeaba la sala y parecía satisfecho. Así, mientras yo esperaba resignada el embiste de esa Dromofilia Modadiko Miserable, dijo:

—¿Sabes desde cuándo no he dejado de pensar en ti?

Me quedé callada, no solo por lo que sugería la pregunta sino porque comencé a dejar de sentir el acoso raro.

—Desde que casi te caes en el pasillo del consultorio. Te ibas contra el suelo y, sin saber cómo, me di cuenta de que aunque estaba lejos de ti y mirando hacia otro lado, debía

ayudarte. Como si tu desmayo hubiera venido con alarma, con sirena de emergencia, con una orden dada para correr hacia ti y evitar que te cayeras. Luego, me dije: hay algo inquietante en estos dos nombres juntos, Lucía y José Antonio, como si fueran dos personas que han vivido setenta años en dos países y climas distintos, como si habitaran en dos planetas con un único destino catástrofe, como si fueran dos nombres que solo podrían encontrarse en una lista de direcciones alterna. Lucía y José Antonio, Vista Alegre y Maternidad, nombres que han estado ahí con un solo propósito: encontrarse, estrellarse, pegarse uno contra el otro.

Terminando la última frase fui hacia él y lo besé.

Sus labios eran mansos, tendidos, como si no supieran besar o como si fuera la primera vez que besaban de verdad.

José Antonio me tomó con cariño por la cabeza, me volteó, me acostó sobre la alfombra y nos volvimos a besar.

Entonces me di cuenta de que la que estaba besando por primera vez era yo.

—¿Sabes qué? Tus labios y tu cuerpo son distintos. Parecen más bien como una propuesta, como una entrada sin salida, como la preparación antes de una operación quirúrgica. Contigo mi enfermedad rara se revierte, se disipa, José Antonio. De repente siento que puedo tomar el riesgo de conquistar mi tiempo y de ocupar un espacio de manera definitiva.

Todo ocurrió como una alucinación que se desplaza en cámara lenta; como dos algas que se encuentran en el fondo del mar; como quien sigue con precisión un guion que siempre estuvo en blanco; como dos fantasmas vivos reflejados en un espejo de antaño.

¿Quién ha poseído a quién? ¿Nos invadimos uno al otro o he sido yo la que te ha arrebatado de todo tu territorio?

Y más preguntas te hago:

¿Por qué no tomamos esta decisión de los labios hace semanas? ¿Cómo es posible que no fueras tú mi primer beso? ¿Cómo es que nos hemos dejado así?

José Antonio pidió que fuéramos a su cuarto. En la sala no le gusta pasar mucho tiempo, confesó. Su madre podía levantarse y vernos y no sabe cómo reaccionará.

—Y no olvides que los vecinos están pendientes de todo. No para ayudar, sino más bien para joder.

Recordé la búsqueda que mamá había hecho sobre las enfermedades raras y comenté que quizás esta ciudad sufre también de una enfermedad extraña, tal vez de la *Analgesia Congénita*, la insensibilidad al dolor.

Caracas, La Rara.

—Debes saber que yo voy a estar siempre con mamá.

—Y yo, si fuera ella, no querría otra cosa que estar contigo a cada instante.

—Te cansarás de mí a los dos días.

—No lo creo.

—¿Cómo sabes?

—Porque tocarte es un antídoto contra el fin.

Contento con el diagnóstico y nervioso, pero adorable, José Antonio me pidió que le diera un instante para arreglar su cuarto también y en particular la cama, que estaba en pésimo estado. Por poco le digo que así me gusta más, pero él estaba tan agitado que cedí con un “no te preocupes, me llamas cuando estés listo”.

Me dejó sola en la sala y saqué mi teléfono. El resto del día, y la noche, prometían mucho y lo mejor era avisar a mamá. Ella se encargaría de informar a la tía Virginia sobre mi ausencia.

—Mamá, estoy en casa de José Antonio. Solo quería decirte que esta noche no voy para la casa de la tía. Sí, me quedo con él. En su casa.

Cuando terminé la llamada, de inmediato el teléfono volvió a sonar. Pensé que mamá que había olvidado decirme algo, tal vez el canturreo obligado cuando sabe que pasaré la noche

fuera de casa. pero no. El día tenía envasada una sorpresa arisca, insufrible, excesiva.

Era él.

Bastó con ver la frase que lo identificaba en la pantalla de mi teléfono para que una irritación planetaria, de colisión interestelar, una energía oscura inusitada me sacudiera. Le respondí de inmediato, con tanta violencia que casi rompo la pantalla del iPhone de un solo dedazo.

—¡No me llames nunca más, imbécil! — le dije alto, rotunda, ofensiva.

—Pero, Lucía yo... —apenas pudo mascullar.

Y de nuevo, con un *misilazo* exterminador de mi índice, corté la llamada y borré su número para siempre con un solo movimiento, como si de un disparo se tratara.

José Antonio se reía detrás de mí mientras yo soplaba el humo residual de mi dedo magnum 44.

—¿Alguna enemiga mortal?

—Se trata de un profesor de la universidad.

—¿Profesor de qué?

—Lógica Marrana y Ética Viciosa.

—¿Y el odio? ¿Quién era ese muerto?

— Un imbécil al que antes no podía nombrar.

—¿Y eso?

—No lo podía nombrar porque yo no sabía mi propio nombre.

—¿Y qué quería el que no podías nombrar?

—Encontrarse con una necia rara que ya no soy yo.

—«La verdad, sin amor, es insoportable».

—¿Y eso?

José Antonio no respondió. Se me acercó, me tomó por la cintura y esta vez me dio un beso largo, urgente, de esos que no sabes cuándo terminan.

—No eres necia. Eres un bosque, mi amor.

Entonces fue a la cocina a lavar un par de vasos y no pude apartar la mirada de su balcón que, aunque pequeño y sin flores, se parecía al de mi casa. Y mientras lo veía recordé mi

enfermedad extraña y en lo lejos que la sentía. Hice un silencio absoluto. Dejé de moverme y hasta de respirar para ver si la convocaba, para cerciorarme de que podía venir en cualquier instante.

Pero no.

La Rara parecía no estar ahí.

El bosque era impenetrable.

Lo único que advertí fueron los ruidos de José Antonio lavando platos y ordenando la cocina, quejándose y llamándose la atención a sí mismo por su desorden.

Y de fondo el ruido del viento moviendo los árboles del bosque con excitación; pájaros volando enloquecidos y multiplicándose según las velocidades que alcanzaban; rocas cambiando de sitio en un terremoto sostenido de casi ochenta años; agua azul marino cayendo irascible del cielo tiñendo el bosque y mezclándolo con el cielo; en fin, una tormenta autóctona incapaz de abandonar los límites de la selva personal que ahora no soy solo yo, sino nosotros.

Y pensé: en minutos voy a acostarme con él.

¿Vendrá finalmente La Rara estando con José Antonio?

¿Se atreverá?

No, quizás ya no.

A lo mejor la enfermedad había funcionado como un imán, como una brújula que apunta a la arboleda nueva y franca. La Rara me había empujado hacia un tiempo renovado, a huir de los labios enajenados, a desaparecer de los lugares impuestos, a escaparme del dolor de los hospitales y de mi casa de niña única intratable.

—Tanto tiempo creyendo que me expulsaba para venir a darme cuenta de que me estaba rescatando —dije en voz alta.

José Antonio me oyó y puso cara de espanto.

—¿A qué te refieres?

Lo tranquilicé.

Mi rescate no tiene que ver contigo, aunque ahora que estamos juntos tú eres mi ciudad, mi área verde, mi enfermedad controlada. Pero no mi restitución.

—Creo, casi con certeza, que la redención ha estado en mí todo este tiempo.

Me tomó en sus brazos y dijo, como recitado:

—*Caracas, todas las bocas secas son tuyas.*

Y se echó a reír como nunca.

Con esa carcajada de alto volumen tan suya, José Antonio se presentó como *mi raro*, ese que no puedo dejar de nombrar, capaz de detener por un instante al Tigre Mariposa que desde la montaña volteó a vernos sorprendido por las magnitudes y cifras del universo en esta ciudad.

Mientras nos reímos de todo, nos reconocimos, como viéndonos reflejados en un espejo.

—Así soy yo —casi decimos al mismo tiempo, señalando esa imagen nuestra tan rara y al tiempo, común y corriente.

Vente, vamos. Aquí nos dormimos. Y me despertaré a tu lado, y prepararé el desayuno y haré una lista de víveres y cosas que debemos ir a comprar al mercado. Cuidaremos a tu mamá, al gato, a los vecinos que lo necesiten, a la ciudad que lo reclama y al mismo país si se pierde. Me gustas mucho, José Antonio, muchísimo, como si fueras un espacio verde permanente al que acabo de conocer, un bosque que me protege y me cura, un espacio libre de peligros raros al que me le he tenido que presentar para poder entenderlo.

Hola, soy Lucía. La Rara. A mucha honra.

Comienza como un sueño pero luego se hace presente, como esas pesadillas que te afectan el corazón, que lo agitan como si estuvieras corriendo, huyendo, saltando, a veces flotando. Sueños que te obligan a reaccionar físicamente; si corres estas cansada, si te persiguen estas asustada, si alguien te está tocando, te excitas. Y al despertarte todavía mantienes la sensación del sueño.

En ese momento te das cuenta de que la quimera es verdad, tiene consecuencias. ¿Acaso puedes decir que nada ha sucedido y que sólo fue fantasía?

¿Lo puedes creer?

Pedro viene temprano. Llega caminando lento hasta la puerta de la casa. Le tiembla la mano y de nuevo apenas encuentra las llaves para abrir la reja.

Al entrar no me mira y sin decir nada suplica que no le pregunte lo que le sucede. De todos modos no lo iba a hacer, en realidad me molesta verlo tan temprano, se supone que se tarda lo suyo y siempre llega pasada la medianoche.

Había salido en la mañana con Lucía. La llevó al planetario pero algo sucedió en el trayecto que lo derrumbó. No dudo que mi sobrina lo haya hecho salirse de sí mismo, ella tiene su encanto siniestro, pero esta vez parece más profundo; como si alguien hubiera cavado un hueco, echó allí a mi marido, y luego lo cubrió con tierra.

Y ni siquiera contaron conmigo.

Digo, algo grave sucedió, más doloroso que el desprecio de Camille de Rodríguez, porque Pedro regresó siendo otro, envejecido, derrotado, rechazado.

Y un hombre como él, acostumbrado a despachar y volver trizas el cariño de los demás, que nunca ha sufrido el rechazo

en carne propia, no es capaz de enfrentar la destrucción despiadada de la mujer que desea.

Desde mi cuarto vi su silueta y reconocí el proceso. Yo he estado ahí, claro que sí; lo que le pasa a él ya me ha sucedido a mí.

Pedro ha comenzado a caminar por el mismo empedrado de mi aleteo contracorriente

Quiero decir que también él comienza a desaparecer.

Y lo sabe.

No se inicia este paso hacia el desvanecimiento sin que la mente lo alerte y el alma se eche a tus pies.

¿Cómo ha sucedido?

¿Cuál ha sido su detonante?

¿Lucía?

¿Su enfermedad?

Mi cuñada me advirtió que la *Dromofilia Modadiko* de Lucía se manifestaba no solo entre los espacios, sitios y hasta áreas completas, sino que también logra darse con personas; una vez que has estado con alguien, no puedes volver con ella.

Admito que cuando ella describe los síntomas de mi sobrina siento envidia. ¿Acaso podríamos los fantasmas copiar ese padecimiento en nuestro mundo de sombras? Se puede decir que eso hacemos con la luz y la realidad: una vez probadas, ya no podemos volver a ellas.

Como con el amor, me gustaría agregar.

—Lucía llegará más tarde. Se ha ido con el chico moreno.

—dijo inseguro, como si fuera la confesión del detenido luego de una muy profesional sesión de tortura.

—¿El chico moreno?

Pregunto sin muchas ganas, porque la duda puede generar demasiadas palabras y yo, para hablar, no estoy disponible.

Es que acabo de comenzar mi preparación nocturna de espectro.

Él se va directo hacia la cocina, saca una cerveza de la nevera, se arroja al sofá, se quita los zapatos, abre la cerveza, se la toma completa en un solo intento y ahí se queda, viendo

la tele. Me refiero a que se pierde observando el aparato de la televisión apagado, con su imagen reflejada como si fuera un programa en blanco y negro que transmiten los canales del espacio; una serie especial, una película inusual, un comercial detenido para que todos vean el producto, también detenido, el único capaz de colocarle manchas a la ropa. Eso es lo que hay en la tele hoy: la cara de Pedro congelada, viendo la pantalla con sus ojos goteados, lagañosos, con cataratas; dos ojos o menos que eso, dos metras partidas, podridas y empolvadas con las que apenas puede ver.

Y con esos ojos que ya no sirven ni de adorno, Pedro se encuentra de repente con una pierna rota, con su bastón de madera, con su carrito que lo ayuda a ir al baño, con su escuadrón de pastillas, y con la plancha que le mantiene las encías de anciano.

Pedro dormirá en el sofá esta noche y todas las noches que le quedan de vida, que no serán muchas más. Ha encanecido, se ha arrugado, luce consumido, y su desaparición de la realidad es cuestión de minutos en una vida que además apenas le ha durado un día.

Dejo de observarlo y me meto en mi cuarto.

Cierro la puerta y no paso la llave, no hace falta, aquí yo vivo sola o por lo menos soltera. Pero el gesto me hace pensar en los encargados de la funeraria cuando ha llegado la hora de cerrar el féretro para siempre.

Una vez más dejo la puerta medio abierta, como si su lado de la casa fuera un ataúd franco en capilla ardiente para que lo puedan ver los que quieran y los que lo han querido. Alguna persona querrá despedirse de él, quizás Andrea de los Cielos Estrellada o Camille Sin Rodríguez ni Francés, aunque lo dudo.

O tal vez sea Lucía Rara Milano quien querrá volverlo a ver, como aquella que no puede resistir observar los cristales que ha roto, el incendio que ha creado, como el criminal que se acerca al funeral de su víctima para constatar el resultado final de su obra.

En mi cuarto trato de mirarme en el espejo pero apenas veo reflejado un poco el pelo y las manos, aunque difusas. Desaparezco una vez más, pero no como él, porque yo soy una fantasma que regresa, que se restituye, que se vuelve joven. Mientras más espectro, más años de vida parece que tengo por vivir en esta apuesta indefinida por la eternidad. Si hasta se me ha vuelto la cara más lozana, he perdido arrugas, los ojos se me antojan más intensos.

Pienso que me veo sugestiva y me lanzo un beso a la nada.

—Tú, mi Virginia. Feroz amiga mía.

Imagino que el gesto da contra la lámpara que se refleja porque lo que soy yo no tengo imagen en el espejo.

Soy, lo que se dice, una fantasma a todo dar.

Me echo a un lado de la cama y de pronto noto que alguien se ha sentado al lado.

¿Pedro? ¿Qué querrá?

A lo lejos oigo la tele encendida y el ruido que él hace con la lata de cerveza, que aprieta y arruga. Pedro está despierto en la sala, lo puedo sentir, y nadie ha pasado por la puerta de mi cuarto. Estoy sola y apenas me queda una explicación a lo que está sucediendo: la persona sentada al lado de mi cama es alguien que ha entrado por la ventana.

He oído de criminales, asesinos en serie y ladrones a granel que echan raíces en las noches de Caracas, que entran de noche a las casas. En esta ciudad es más que posible que el que está conmigo, sentado al borde de la cama, es un homicida.

O de repente se trata de Pedro, que al fin lo hará.

Matarme, claro.

A pesar de que lo oigo en la sala, puedo imaginar que luego se sentará en la cama, a mi lado, con la intención de sacrificarme. O culparme, que en nuestro caso es lo mismo. En varias oportunidades se me ha ocurrido que Pedro, en medio de sus abismos y descabros, pulsando las desilusiones de su vida atormentada pero sin tormentas, ha pensado que, luego de un cierre de capítulo, se animará a asesinarme. Que me odie lo dudo, pero para matar no es necesario el odio. Basta con la

aspiración a la transformación, o la ambición al viaje por el conocimiento. De pronto los recuerdos de infancia y adolescencia se apoderan de nosotros y nos hacen llegar a *la edad de la madurez* y, por ende, al camino de la fatalidad.

En la escultura de Camille Claudel el hombre parece que deja a la joven y decide ir con la mujer mayor. Pero también hay quien cree que le pide a la joven que lo espere, porque luego de matar a su esposa, regresará a ella, hacia la búsqueda de su destino compartido. Cuando vi la escultura por primera vez en un catálogo que trajo Pedro del Museo Rodin de París noté que el hombre en medio de las dos mujeres estaba pensando en homicidio. ¿A cuál de las dos debo matar para poder saber quién soy? Digo, para darme cuenta, para dejar de pretender.

Eso le oí que pensaba.

De pronto, la idea liberadora central es matarnos a las tres.

Esa es, creo, la fuerza que lo coloca en el medio del bronce de *L'Age mûr*. No la llamamos *Madurez* por pura nomenclatura.

Sigo sintiendo la presencia a mi lado y en vez de decir algo, de preguntar quién está ahí o de abrir los ojos, decido que lo mejor es hacerme la dormida por un instante mientras, en medio de ese pánico desconocido, organizo un plan de escape, o por lo menos de cómo voy a reaccionar frente a ese extraño o mi esposo, que es también un extraño, sentado al lado mío con la intención de llevarme con su propia muerte.

Es cuando resuelvo: voy a levantarme por el otro lado de la cama, como si fuera al baño, como cosa normal, y de repente correré hacia la puerta y pegaré todos los gritos que pueda. Y me encerraré en el baño. Si se trata de un extraño, Pedro notará algo y vendrá en mi auxilio. Pero si el intruso es Pedro, estaré perdida, aunque atrincherada. Desde la ventana podría comenzar a gritar para que me oigan los vecinos. Digo, porque se me antoja que los fantasmas gritan duro, durísimo, los gritos de fantasma son como gruñidos de lobo. Los aullidos de fantasma son visuales como un parpadeo de luz. Las llamadas

de fantasma huelen a cocina de gas que se dejó con las hornillas abiertas.

Sí, eso haré, correr y gritar.

Pero no puedo moverme de la cama.

Estoy paralizada, no por el miedo, que sí tengo y mucho, sino inmovilizada como si mi mente ya no tuviera control sobre los músculos de mi cuerpo.

Abro los ojos y no veo nada, pero me estremezco cuando me doy cuenta de que ese es el único movimiento que puedo hacer: abrir y cerrar los ojos.

Y ya.

Pienso que me ha inyectado, sin darme cuenta, la droga que utilizan en los hospitales como anestesia y que, según he leído, es la preferida de los perversos y asesinos. Una droga que te deja sin movimiento pero viendo todo lo que va a suceder. Y como el dolor es también suprimido, te mueres poco a poco sin saber por qué, pero viendo directo a la cara de tu verdugo.

O tal vez, aunque yo no duermo de noche sino de día, esto no es una muerte inyectada por mi marido sino que estoy en medio de un sueño escapado, un sueño que no debía ser pero que ocurre. Quizás la actitud de Pedro me durmió, eso sucede mucho; cuando alguien está triste, yo me abandono.

Pero nunca de noche en mi hora fantasma.

Quizás se trata de una especie de siesta.

Eso es lo que parece y decido que debo despertarme.

¿Cómo hacerlo?

Sencillo, me digo, abre los ojos y ciérralos, varias veces.

Lo hago, no muy rápido, aunque de manera notable.

Pero la parálisis, el estado de trance y la oscuridad continúan.

Esto, claro, se pone peor.

Si fuera un sueño daría espanto, un fantasma con espanto, digamos, es de esperar, pero que te hayan drogado o que hayas sufrido un ataque al cerebro o una parálisis, eso sí que tiene gravedad.

Recuerdo lo que mi cuñada contó sobre las patologías extrañas o raras. La que me quedó grabada fue aquella de *La Ilusión de Cotard*, «la sensación de que un día, sin causa alguna, el paciente se despierta con la seguridad de que está muerto».

¿Será que tengo Cotard?

¿Qué tengo una ilusión?

¿Una ilusión como una esperanza, aunque sea la de estar muerta? No sería nada extraño para una fantasma en training como yo, aunque sí una contrariedad inesperada.

Porque yo quiero ser fantasma, pero no morirme.

Después de pensarlo un poco me doy cuenta de que no puede ser *Cotard*, ni anestesia, porque sigo sintiendo la realidad y mucho. Puedo notar el frío, advertir el roce de las sábanas con mis brazos, percibir los ruidos de Pedro en el sofá de la sala, y tengo la seguridad de que él está allá y no aquí.

Además, puedo sentir su amargura, su capitulación. Si hago un esfuerzo, consigo ver las razones de su desplome, de su vejez insólita, inmediata. Si me preguntan podría narrar completa y con detalles la situación en el planetario, la Pepsi Cola Light, la distancia inabordable entre las filas K y T, Lucía y José Antonio. Así es, claro que sí, que esto de los fantasmas es muy conveniente para viajar por el tiempo y el espacio y desentrañar los secretos de la ruina.

No, no se trata de Cotard, no tengo la sensación de estar muerta.

Pero lo que sí está claro es que no puedo moverme y que a mi lado hay alguien que empieza a tocarme los muslos con una delicadeza que alarma.

Y es por eso que estoy sofocada, como si el aire se ha reducido. Ahora también siento otra mano que me acaricia la cara a pesar de que con los ojos bien abiertos puedo ver que no hay nadie a mi lado.

Solo tengo claro que yo estoy sola, acostada en mi cama, paralizada y manoseada por alguien.

De pronto escucho el sonido de agua y hasta risa me da por el cliché de la masturbación.

Pero la risa termina cuando siento que se me mojan los pies. Sin duda, *hay agua* a mi alrededor, y mucha. Tanta, que puede oírse el golpeteo del líquido contra la cama como si se tratara de un barco parado en el muelle.

Oigo entonces una voz, susurros de una voz, un llanto disipado de una voz, que me dice:

—Todo sucede tarde. Mi amada, mi amor, lo que te recuerdo, ¡cuánto te recuerdo...! Con tu lealtad a mi lado, el único enemigo que me queda es la muerte...³

Se trata, esta vez sí, de *la conversación disparo*.

Ha llegado.

Su voz no es conocida pero la sensación de conocerla sí.

Y sin verla, sé que es ella.

Camille, abandonada en el asilo, enloquecida por Rodin, decapitada por el autobús, ha decidido estar conmigo de manera definitiva. Mi piedad la alcanza, mi recuerdo constante la ha seducido. ¿Cuánto tiempo has estado así, con ganas de hablarme? ¿Desde el accidente? ¿Lo has visto todo, Camille? ¿Es el tiempo de los muertos el mismo que el nuestro, el de los fantasmas vivos? Y sobre todo: ¿cuál de las dos mujeres es la que tiene mi cara en *L'Age mûr*?

No espera a darme respuestas y se acuesta sobre mí.

—Quiero que sepas que fue tu cara lo último que vi. Y te reconocí: eras tú, la misma que había estado frente a mi taller en el castillo de la I'Islette y me inspiró los primeros bocetos de *Madurez*. Estabas en tu Honda Civic y desde mi distancia y mientras moría, o luego de muerta, segundos después de la muerte, te observé y sentí tu angustia, tu dolor o más, tu solidaridad. Pensabas que eras yo, que eras como lo que yo era. No una mujer bonita que esperaba su primer día de trabajo, sino como una mujer que ha muerto, una artista que ha dejado de trabajar. Sufriste por mí y conmigo. Y me monté en tu

³ “El único enemigo es la muerte” Virginia Wolf, *Cartas*.

Honda y vine hasta tu casa. Y lo hice porque me sentía bien haciéndolo. Fue la única acción que me consoló; la idea de que tú dabas fe no solo de que yo había existido, sino también de que no he muerto. No me quedaba arrojada sin cabeza sobre el pavimento de la avenida principal de Las Mercedes, no me dejabas con los policías, ambulancias, y curiosos que me miraban con lástima. No me abandonaste en el asilo de *Montdevergue*; no usurpaste mis ideas cuando descubrí que el cochero era un doble de Balzac; no intentaste firmar *L'Age mûr*. Me viste con lealtad, amor, como nadie lo ha hecho antes.

Hay un momento en el sexo en el que vas perdiendo contacto con la realidad, en el que abandonas la idea de quién eres y dejas de ser tú, como si dentro de ti despertara otra persona que apenas conoces; como si te sorprendieras con lo que ella sabe y puede hacer; como si alguien manejara los hilos de tu cuerpo como una muñeca de tinglado, como un títere desvivido, como una marioneta insospechada; como si la que está ahí hundida en la pasión no eres tú sino otra que también has sido tú, esa que viene de lejos y que con el deseo evocas.

Al final, y luego de un rato abrazadas, ella se va pero yo sigo despierta.

Cansada y complacida me dejo tumbada en la cama un rato, quizás una hora más. Luego, me quedo dormida. Eso es lo inesperado aunque apenas duermo unas tres horas más. Abro los ojos y siento las sábanas arrugadas, mojadas y olorosas a sexo. No hay dudas, lo que ha sucedido es la realidad, me han poseído. Y estoy relajada y tranquila, aunque con sed, eso sí, como siempre después de tanto movimiento y placer.

Me levanto y noto que estoy desnuda. Claro que sí, me dije, acabo de tener una noche de sexo extasiada e indetenible con un espectro antiguo, una fantasma historiada.

Me coloco encima la sábana arrugada y húmeda y salgo del cuarto sin encender la luz.

La claridad de la tele ilumina casi toda la sala y antes de verlo oigo los ronquidos llorosos de Pedro durmiendo en el

sofá. Paso a un lado, lo arropo, y cierro la ventana para ver si mejora esa sensación de que, si no estoy en mi cama y con Camille, la verdad es que ningún otro espacio parece vivible.

Y pensando en ser expulsada, me acuerdo de Lucía.

Voy hasta su cuarto y compruebo que no está ahí. Lo último que supe fue que estaba con José Antonio, todavía estará con él, imagino.

Camino hasta la cocina cuidando mis movimientos para no causar ruidos y abro la nevera. Tomo el agua directo de la jarra como lo hace él. No me gusta hacerlo pero reconozco que tiene su placer. Descanso de los primeros tragos y luego tomo más. La noche de pasión me ha vuelto una sedienta enfermiza. Dejo la jarra apenas vacía, cierro la nevera, se me cae un poco la sábana pero la recojo con gracia y hasta me rio. Soy una pecadora que ha tenido relaciones sexuales sublimes con otra persona a unos metros de su marido. Y él no se ha enterado de nada porque estaba viendo televisión.

Regreso a mi cuarto y en la oscuridad hago el intento de buscarla a ella. Pero ya no está ahí. Quizás Camille vuelva mañana, ojalá. Su hora fantasma es temprana y la mía, imagino que a partir de ese momento, también lo será.

Cuando cierro la puerta de mi cuarto y esta vez sí, paso la llave, pienso en dos ideas que me emocionan.

La primera, que ella puede venir cuando quiera, pasar por la puerta o a través de las paredes, acostarse conmigo y poseerme cuando le plazca, si estoy despierta o dormida, como ella lo pida, que de todas maneras la estaré esperando. Intentaré estar siempre lista y hasta cuando no quiera y esté cansada haré el esfuerzo, que luego de los primeros segundos de sentir su mano espectral tocándome el cuerpo desnudo, jugando con mi sexo, chupándome los pechos, ya estaré preparada para lo que ella reclame.

Porque desde esta noche yo ando viva, qué digo viva, ando excitada todo el tiempo.

La segunda idea es más preocupante y hasta conmovedora, así que la digo en voz alta:

—Creo, sin dudas, que estoy enamorada. Después de todo, «toda historia de amor es un cuento de fantasmas»⁴

Calmada, regreso a la cama.

Ya no tengo sed y mi cuerpo está relajado.

Veo hacia la penumbra por si acaso ella está ahí mirándome, pero no. Entonces miro el espejo y sucede lo que no esperaba que sucediera. Un fenómeno extraordinario, una conjunción de fuerzas. Lo que pensé que estaba prohibido, que ya no pertenecía a mi naturaleza, lo que debía olvidar como parte de mi nueva vida, está pasando.

En el espejo me veo completa, con todos mis bordes.

Soy yo, sin desaparecer.

Vendría a ser algo así como la *Desilusión de Cotard*; que de un momento a otro, luego de tener sexo con una fantasma preciosa, la paciente se despierta con la absoluta seguridad de que está viva.

Me observo por un rato alarmada, sorprendida y con curiosidad. Desde hace casi dos años yo no aparecía completa en mi reflejo del espejo.

Quedo viéndome por un rato y entonces, con dignidad, lo acepto. He vuelto a ser, pero sin desvanecerme, más fuerte y fértil.

¿Embarazada?

¿Es eso?

¿Me siento embarazada?

Porque en este momento tengo esa cara de brillo de la que espera.

En el espejo descubro además la sonrisa pícara de la que sabe que esa noche ha sucedido algo que no parecía posible: su noche ovulada guarda una sorpresa desmedida.

¿Será posible?

No lo sé.

⁴ David Foster Wallace

Pero lo que está claro es que mi tránsito fantasma ha sido suprimido.

Antes de acostarme me lanzo un beso a la imagen brillante y feliz del espejo y esta vez, de manera inédita, me llega.

—Buenas noches, proyección mía, encantada de volver a verte. Luces bien, me gustas, y hasta te podría decir que parece que has comenzado a permanecer.

Una cosa a recordar antes de que me desmaye en la cama:

Que a nuestra hija la llamaremos Camille, claro que sí.

Y dulces sueños, amor mío.

FIN

GUSTAVO OTT

Novelista y autor teatral, participante en el International Writing Program de la Universidad de Iowa (1993), Residence Internationale Aux Recollets in Paris (2006), y Cité Internationale des Arts de Paris (2010). Como novelista recibió el Premio Salvador Garmendia de Novela (Venezuela, 2011) por *Ella no merece ninguna piedad (El gordo que vuela)* editada por La Casa de Bello en 2012 y Maggots Publishers en 2018. Fue finalista del Premio Azorín de Novela (España, 2005) con *Yo no sé matar pero voy a aprender*, publicada en Caracas (Monte Avila, 2011) y Maggots Publishers (EE.UU, 2017). También ha publicado novelas de género negro como *La Lista de mis enemigas mortales* (EE.UU, 2017) y *Droga Caníbal* (Maggots, 2022). Como autor teatral ha recibido el Premio Tirso de Molina (1998), Premio Ricardo L. Aranda (España, 2003) por *Tu Ternura Molotov*. Fue nominado al Helen Hayes Award (EE.UU, 2009) por *Momia en el Closet* y Premio 4ème Prix Ville de Paris (2009) por *Señorita y Madame*, así como Tercer Premio BID Hispanos en USA (2010) por *Juanita Claxton*, Premio FATEX (España, 2012) por *A un átomo de distancia*. En 2017 obtuvo el Premio Aguijón Theater/Instituto Cervantes de Chicago por *Brutality* y el Premio de Dramaturgia Trasnocho (Caracas, Venezuela) por *La Foto*.

OTRAS NOVELAS DE GUSTAVO OTT
DISPONIBLES EN MAGGOTS
amazon.com

SERIE NOVELA

EL GORDO QUE VUELA

Sergio Camacho, latino, gordísimo y soltero, trabaja como taxista en Nueva York al tiempo que regenta, con su hermano Iván Camacho, un hotel de muy mala muerte en los Washington Heights. Sin embargo, y a pesar de su situación física y económica, el gordo Sergio se casa con Marina, una mujer dura y hermosa. Veinte y cuatro horas después de la noche de bodas, su hermano Iván le confiesa, no sin terror, que está siendo perseguido peligrosamente por una palabra que se aparece por todos lados. Así, los dos hermanos inician una serie de desplazamientos hacia la búsqueda del amor como paisaje y salvación. "El gordo que vuela" (Premio de Novela Salvador Garmendia, Caracas 2011, con el título "Ella no merece ninguna piedad") es una novela romántica, de viajes, neurótica, y hasta thriller político que nos lleva alrededor del mundo con una historia de dos hermanos, cinco amores y trescientas libras de sobrepeso.

OTRAS NOVELAS DE GUSTAVO OTT
DISPONIBLES EN MAGGOTS
amazon.com

SERIE NOVELA NEGRA

LA LISTA DE MIS ENEMIGAS MORTALES

El asesino confecciona una lista con su kit para asaltar, torturar y matar mientras un camarógrafo apasionado, un histérico periodista y un irritante policía coinciden en el número 5B de las residencias Pedernales frente al cuerpo sin vida de Eneida de Torres. Ahí hallan otra lista, pero esta vez se trata de un inventario de presuntas *enemigas mortales* que la misma señora Torres ha dejado dentro de un libro y que apunta a varias personas como principales sospechosos de su homicidio. Y si bien en Caracas estos crímenes ya no son noticia, las condiciones especiales en las que fue encontrada la víctima sugieren que esta historia no solo apenas comienza, sino que además alguien muy cercano al Pedernales guarda un secreto. El lector irá desentrañando en esta novela una trama que va de lo criminal a lo político y un poco más allá. Y entre crímenes que se suceden, la búsqueda del asesino, la atención mediática y las listas de las enemigas mortales, surge una duda crucial para resolver el misterio: ¿tiene todo esto que ver con el cáncer terminal que ha anunciado ese día al país el presidente de la república, Hugo Chávez Frías?

OTRAS NOVELAS DE GUSTAVO OTT
DISPONIBLES EN MAGGOTS
amazon.com

SERIE NOVELA NEGRA

YO NO SÉ MATAR PERO VOY A APRENDER

Famosa, bonita y mentirosa, *Miss Universo por siete minutos* es asesinada de tres disparos en la sala de su casa. Un hombre estuvo con ella esa noche, una sombra que le disparó y huyó. Pero el misterio más popular por esos días de presión política es: ¿Quién sería el héroe nacional que tuvo el valor de matarla? *Yo no sé matar pero voy a aprender*, novela finalista del Premio Azorín 2005, es un policial lírico sobre los símbolos del perverso colectivo en un continente enamorado de la violencia. Con un despliegue de situaciones hilarantes y fantásticas, Gustavo Ott desarrolla aquí una prosa fresca al ritmo del bolero, la ranchera y la salsa que acompañan, a manera de clave, esta historia inolvidable.